ALBERTO BUELA

LOS MITOS PLATÓNICOS VISTOS DESDE AMÉRICA

PRÓLOGO
CLAUDIO DÍAZ

EDITORIAL THEORIA

Aire puro para descontaminar la atmósfera del pensamiento ilustrado

Hace más de 2.500 años, los grandes filósofos griegos enseñaron el camino. Con Sócrates, Platón y Aristóteles, la tríada más influyente de aquel pensamiento, procuraron dar respuesta a las incógnitas que plantea la existencia humana.

Pero corrió mucha agua bajo el puente de la historia. Si en su hora más vital los principios de raíz griega determinaron que los atributos naturales del hombre eran la libertad y la inteligencia (más allá de que el pueblo quedaba excluido); la Edad Media postuló la idea de aquel como siervo de Dios. Y el siglo XVIII, el siglo de la Ilustración, fue más allá aún: la concepción teocéntrica fue apartada por una nueva cosmovisión, individualista y material, negadora de la trascendencia del hombre y de Dios como autor y centro del universo.

Como en otras tantísimas oportunidades en que salió al escenario a enseñarnos su oficio de arkhegueta (un eterno comenzante que le busca sentido a la vida), Alberto Buela se toma el trabajo de retomar la necesaria hoja de ruta de aquellos pioneros que viajaron por el

mundo de las ideas para hallar respuestas. Para ello, nos invita a descubrir en los mitos de Platón la riqueza de un pensamiento que, a más de simple y práctico, centró su búsqueda en el ejercicio de la virtud, que vendría a ser algo así como el método para practicar el sentido común.

De esta manera, en cada mito encuentra una «verdad de vida». Y con la potencia reflexiva y reflectora de un faro, ilumina el camino de los interrogantes ayudándonos a «desprogramar» de nuestra mente muchas cosas que no son… A pensar «en natural»… A tener criterio para impugnar –si se permite la expresión- las berretadas ideológicas que en los últimos siglos coparon el mercado del pensamiento occidental.

Buela quiere y consigue en esta obra volver a ubicar las condiciones esenciales para alcanzar sabiduría en lugar de conocimiento. Lo hace a través de un recurso muy entretenido. Y, sobre todo, con la mirada de alguien que es de «esta parte del mundo», lo que convierte a su ejercicio intelectual en una exploración auténtica y valiosa, totalmente antagónica a la explotación de los concesionarios del pensamiento que buscan alienar con sus chafalonías importadas.

La riqueza de su trabajo reside en haber extraído la vigencia que mantienen aquellos mitos en el presente, *enseñanzas de eternidad* que lucen como magníficos frescos contemporáneos aunque hayan sido pintados hace 25 siglos.

Así, nos hace ver la tremenda actualidad que conserva el mito del Andrógino ante el avance de las «nuevas opciones» sexuales traídas por la posmodernidad, como si el género del hombre y la mujer debiera responder a cuestiones culturales o de moda y no fuera imposición de la naturaleza. Lo mismo que en el mito del Juicio Final: los hombres no deben ser juzgados por parcialidades sino de manera integral, de principio a fin, algo que como sabemos no suele ocurrir como es el caso de tantos prohombres de la política hechos próceres antes de tiempo.

Después interpreta cabalmente la ética del hombre bueno y su contracara: la impunidad de los que hacen el mal sin temor al castigo,

que es el sustento del mito de Giges. Traza una hermosa metáfora, en el mito de la caverna, sobre las paradojas de la actividad política contemporánea, que salvo contadas excepciones no es vista como esa luminosidad interior que sólo va a sacarnos de las sombras si aceptamos que la única manera de ejecutarla es como parte de un proceso liberador del hombre en forma integral.

En varios pasajes del libro sobresalen evidentes guiños a la figura de Perón. O, más que a la persona, a los preceptos filosóficos que llevaron al líder argentino a conformar un movimiento de características inéditas en el mundo del siglo XX, con plena vigencia si se analiza el fenómeno de la crisis mundial-moral de este tiempo.

Por ejemplo, en el mito de las cigarras Buela expone nítidamente la armonía que debe existir entre lo material y lo espiritual, dos estadios en apariencia antagónicos que en verdad no lo son, y que se corresponden el uno con el otro desde el cultivo del esfuerzo hasta el disfrute de las cosas que nos dan placer o bienestar.

En igual sentido habría que leer su reflexión acerca del mito de los ciclos invertidos del cosmos, que refiere a la virtud de los grandes conductores de comunidades que hacen de la persuasión su regla de oro para dirigir y guiar a un pueblo en su búsqueda redentora.

Efectivamente, lo que el texto me dice en mi condición de lector es que a Perón no le interesaba tanto el hoy como el mañana: quería sembrar para cosechar a su debido tiempo; tenía un proyecto y sabía que, como tal, no se concreta de un día para otro. No quería el poder por apetito material, sino que buscaba la virtud. Con actitudes de docencia: en su doctrina deja una enseñanza para los que le seguirán después. El quería llegar a la conquista de alguien o de algo convenciendo. Pero además quería que estén convencidos. Porque una vez que la idea se hizo carne, no hay vuelta atrás, no hay forma de que la voluntad quiera retroceder. *«El hombre puede desafiar cualquier mudanza si se halla armado de una sólida verdad»*, dice en 'La Comunidad Organizada'. Lo otro no sirve, son burbujas en el aire que se disuelven rápido.

Buela nos hace ver todas estas cosas con una claridad conceptual infrecuente en el mundillo intelectual de hoy, donde pululan los derviches que hablan «en difícil» para que no podamos entender nada… ¿O será que son ellos los que no saben interpretar lo que nos pasa?.

Y es que son muy pocos los lugares de nuestra Iberoamérica, por no decir ninguno, que hoy tienen la posibilidad de respirar el aire puro y refrescante de Alberto. Virtud que le da una estatura enorme como pensador al servicio del hombre común y de los pueblos que comprenden que si los filósofos se han preocupado por interpretar al mundo, a ellos les corresponde ahora cambiarlo. Por eso hay que abrir la ventana y dejar entrar el viento campero que desde el Sur nos trae este Gaucho.

Claudio Díaz

Prólogo Galeato

Iniciamos ya hace unos cinco años, una serie de artículos sobre los mitos platónicos y su interpretación a partir de las necesidades y vivencias de nuestra sociedad y entorno actual.

Nuestra intención expresa fue dejar de lado las anotaciones eruditas, no porque las despreciemos, sino para que no nos oscurezcan el camino a la comprensión del texto, por aquello que sostenía don Miguel Reale, el viejo maestro brasileño en el sentido que: *cultura es aquello que queda cuando se desmorona el andamiaje de la erudición*.

Ello se transformó luego en un seminario que dictáramos en la localidad de Saladillo, provincia de Buenos Aires en el marco del CURS (Centro Universitario Regional Saladillo) durante los meses de mayo, junio y julio de 2007.

Queremos agradecer al secretario de Cultura de la Municipalidad, Claudio Massaccesi, que lo hizo materialmente posible y al *alma mater* de este seminario, la señora Guillermina Saggión, quien puso todo de sí para llevar a feliz término esta iniciativa que nació de los propios estudiantes, y a quienes les dedicamos este trabajo.

Queremos dejar constancia que varios de estos, nuestros estudios, han sido levantados por prestigiosos profesores europeos pertenecientes a, aún más, prestigiosas universidades como la de Navarra, Aix en Provence y Perugia.

Nos queda a nosotros la satisfacción de poder afirmar sin temor a equivocarnos que también el espíritu filosófico alumbra del otro lado del Salado, del Salado exterior como se decía en antiguo. A partir del cual comenzaba la verdadera Pampa, la tierra del indio, el desierto como decían nuestros abuelos.

Con lo cual ofrecemos un mentís real y efectivo a la afirmación de Hegel que en la América española no había alumbrado aún el Espíritu.

Es de esperar que los gobernantes locales recojan esta iniciativa que no se mide con cantidades, sea de dinero o *rating,* pero que muestran la calidad espiritual, la enjundia intelectual y la profundidad crítica de sus vecinos de todos los días.

La mejor resistencia al pensamiento único y políticamente correcto nace a partir de la profundización seria de los temas, cuestiones y problemas, y no escondiendo la cabeza como el ñandú para desentenderse de los mismos.

En definitiva, la realización con éxito de este seminario muestra que Argentina tiene reservas espirituales inconmensurables.

Noticia bio-bibliográfica

Aristocles, cuyo pseudónimo era Platón, el de espaldas anchas, fue hijo de Aristón y de Perictione, aristócrata ateniense que venía del linaje de Solón, uno de los antiguos siete sabios. Nació en el 428 a.C. Desde su niñez hasta su juventud se desarrollan las Guerras del Peloponeso(431-404) entre Atenas y Esparta que terminaron con el triunfo de Esparta. Su primer maestro fue Cratilo, discípulo de Heráclito, y a partir de la edad de veintiún años, en el 409, conoce a Sócrates que en ese entonces tenía sesenta y tres años, a quien acompaña por diez años hasta su muerte en el 399.

Al término de las Guerra del Peloponeso(404) cae la democracia y se instala en Atenas el gobierno de los Treinta Tiranos, dos de los cuales, Cármides y Critias, eran tíos suyos. Además Platón entiende la política y sus formas como un proceso de paulatina decadencia que va desde la sociedad natural hasta la tiranía, a través de la descomposición, por perversión, de las distintas formas políticas.

Con semejantes parientes y preconceptos Platón no pudo nunca hacer política en Atenas. Es por eso que la quiso hacer en Sicilia con los tiranos Dionisio el Viejo (en 388) y Dionisio el

Joven (en 367), pero el primero terminó vendiéndolo como esclavo (tuvo la suerte que lo compró su discípulo Anníkeris) y el segundo lo encarceló y tuvo que ser liberado con el envío de una nave de guerra por parte de su amigo y discípulo Arquitas, el tirano que gobernaba la ciudad de Tarento.(Cfr. Paul Notorp: *Platos Ideenlehre*)

En el 387 funda la Academia, que tendrá una duración de 916 años, pues fue cerrada recién en el año 529 d.C. por Justiniano. En el año 367 ingresa como alumno Aristóteles, que lo será por veinte años hasta la muerte de Platón en el 347.

Platón escribió en forma de Diálogo y se destacan cuatro períodos: *De juventud (del 393 al 389)*: Apología(sobre la virtud); Ión(sobre la poesía),Critón (sobre el deber cívico), Laques (sobre la valentía), Protágoras (sobre la virtud y la educación), Lysis (sobre la amistad), Cármides(sobre la temperancia) y Eutifrón (sobre la piedad), Libro I de la República.

De Transición (del 388 al 385): Gorgias (sobre la retórica), Menón (sobre la virtud), Eutidemo (contra la erística), Hipias Menor (sobre lo falso), Cratilo (sobre los nombres), Hipias Mayor(sobre lo bello), Menexeno (sobre los oradores).

De la Madurez (385 al 370): Banquete (sobre el amor), Fedón (sobre el alma), República (sobre lo justo) y Fedro (sobre el amor).

De la Vejez (369 al 347): Teeteto (sobre la ciencia), Parménides(sobre las ideas), Sofista (sobre el ser), Político (sobre el poder), Filebo (sobre el placer), Timeo (sobre la naturaleza), Critias (sobre la guerra), Leyes (sobre la legislación), Epínomis (sobre el número y la diferencia).

Introducción

Hablar o escribir sobre Platón y su filosofía es una tarea infinita que se viene haciendo desde hace 2600 años, de modo tal que está lejos de nuestra intención decir algo novedoso sobre el maestro de Atenas.

Si encaramos esta tarea de interpretación de todos los mitos platónicos es porque no tenemos noticias que se haya hecho aún sobre todos y cada uno de los mitos que Platón trata en sus diálogos. Se ha hecho parcialmente, con los más significativos y conocidos pero no sobre todos absolutamente como en este caso. Incluso el último trabajo de que tenemos noticias, el de Genevieve Droz: *Les mythes platoniciens* (1992) obvia al menos dos mitos. Y también los trabajos de nuestro buen compañero de la Sorbona y mejor estudioso de los mitos platónicos, Luc Brisson, que no han llegado a ser extensivos a todos.

Solo nos restaría ordenarlos cronológicamente para que su lectura sucesiva muestre al mismo tiempo la evolución de las ideas en el propio Platón.

Grosso modo podemos afirmar que Platón parte de la base que existe un mundo ideal de formas (eidos=ideas) perfectas y acabadas de las

cuales participan las cosas para ser, para existir en la realidad ontológica del mundo, y que el mayor o menor *quantum* de participación indica la mayor o menor plenitud de ser de las cosas. La idea de bien es la que se encuentra en el sitial más elevado y a partir de ella y en vista a ella se deriva el resto.

Platón entiende la política y sus formas como un proceso de paulatina decadencia que va desde la sociedad natural hasta la tiranía, a través de la descomposición, por perversión, de las distintas formas políticas. Sueña siempre con la restauración más que con la creación de un nuevo régimen de gobierno.

Y para él, el mejor es el gobierno de uno, el del déspota ilustrado o el del monarca filósofo.

En cuanto a los mitos se entiende por tales, relatos que no se encuentran expresados en estructuras conceptuales lógicas y precisas sino que tienen una cierta tradición popular. Poseen tres características esenciales: a) no son argumentativos, b) son eficaces y c) no son verificables. La diferencia con las alegorías también utilizadas por Platón, como la de la línea o la del Sol, es que estas últimas son un puro invento del que las expone para decir las cosas de otro modo o con otras palabras. Las alegorías tienen un autor, en cambio los mitos son impersonales, de allí que comiencen siempre con «se dice»(*légetai*).

La otra característica de los mitos platónicos es que van casi siempre al final de los diálogos, es decir, cuando ya se dieron por terminados los diferentes argumentos racionales.

El método que empleamos fue el fenomenológico-hermenéutico y consistió en la lectura comentada total de cada uno de los mitos que Platón trata a través de todos sus diálogos. El método es fenomenológico porque va « a los mitos mismos» sin intermediarios y «los describe» tal cual se presentan sin agregar ni interpretaciones históricas ni apreciaciones subjetivas. Y además es hermenéutico porque buscamos el sentido del mito a través de su «comprehensión» e intentamos una «explicación» del mismo mediante el estudios de sus referencias.

El mito del Andrógino (I)

Ubicación

En el diálogo *Simposium* también conocido bajo el nombre del *Banquete* se encuentra este mito del Andrógino, también denominado como mito de Aristófanes, por ser el personaje de este nombre quien lo relata. Sus coordenadas son 189 c2 a 193 e1.

Este diálogo junto con el *Lisis* y el *Fedro* tiene por objeto el tema del amor(eros), y se desarrolla justo después de la comida, en el momento de la bebida o simposio propiamente dicho.

En cuanto a su denominación de andrógino se debe al contenido, dado que bajo ese nombre se designan a seres que reúnen los dos sexos.

En el turno que le toca hablar a Aristófanes, éste afirma que los hombres no se dan cuenta del poder del amor. Y como Amor es, de entre los dioses, el más aliado de los hombres y el médico de sus males, va a intentar explicar mediante el mito de Andrógino su esencia a través de las modificaciones que sufrió la naturaleza humana a lo largo de su historia.

Texto

«En primer lugar, tres eran los sexos de los hombres, no dos como ahora, masculino y femenino, sino que había además un tercero que era común a esos dos, del cual perdura aún el nombre, aunque él mismo haya desaparecido. El andrógino(hombre-mujer), en efecto, era entonces una sola cosa en cuanto a figura y nombre, que participaba de uno y otro sexo, masculino y femenino, mientras que ahora no es sino un nombre que yace en la ignominia. En segundo lugar, la figura de cada individuo era por completo esférica, con la espalda y los costados en forma de círculo; tenía cuatro brazos e igual número de piernas que de brazos, y dos rostros sobre un cuello circular, iguales en todo; y una cabeza, una sola, sobre estos dos rostros, situados en direcciones opuestas, y también cuatro orejas, dos órganos sexuales y todo lo demás según puede uno imaginarse de acuerdo con lo descrito hasta aquí. Caminaba además erecto, como ahora, en cualquiera de las dos direcciones que quisiera; mas cada vez que se lanzaba a correr rápidamente, del mismo modo que ahora los saltimbanquis dan volteretas haciendo girar sus piernas hasta alcanzar la posición vertical, avanzaba rápidamente dando vueltas, apoyándose en los ocho miembros que tenía entonces.

Eran tres los sexos y de tales características por la siguiente razón: lo masculino era en un principio descendiente del sol, lo femenino de la tierra, y lo que participaba de ambos de la luna porque también la luna participa de lo uno y de lo otro. Y precisamente eran circulares ellos mismos y su manera de avanzar por ser semejantes a sus progenitores. Eran, pues, terribles por su fuerza y su vigor y tenían gran arrogancia, hasta el punto de que atentaron contra los dioses. Y lo que dice Homero de Oto y Esfialtes; se dice también de ellos, que intentaron ascender al cielo para atacar a los dioses. Entonces Zeus y los demás dioses deliberaron lo que debían hacer con ellos, y se encontraban ante un dilema, ya que ni podían matarlos ni hacer desaparecer su raza, fulminándolos con el rayo como a los gigantes –porque entonces desaparecerían los honores y sacrificios que los hombres les tributaban-, ni permitir que siguieran siendo altaneros. Tras mucho pensarlo, al fin Zeus tuvo una idea y dijo: «Me parece que tengo una estratagema para que continúe habiendo hombres y dejen de ser insolentes, al hacerse más débiles. Ahora mismo, en efecto -continuó-, voy a cortarlos en dos a cada uno, y así serán al mismo tiempo más débiles y más útiles para nosotros, al haber aumentado su número.

Caminarán erectos sobre dos piernas; pero si todavía nos parece que son altaneros y que no están dispuestos a mantenerse tranquilos, de nuevo otra vez -dijo- los cortaré en dos, de suerte que avanzarán sobre una sola pierna saltando a la pata coja». Dicho esto, fue cortando a los hombres en dos, como los que cortan las yerbas y las ponen a secar o como los que cortan los huevos con crines. Y a todo aquél al que iba cortando, ordenaba a Apolo que le diera la vuelta al rostro y a la mitad del cuello en el sentido del corte, para que, al contemplar su seccionamiento, el hombre fuera más moderado, y le ordenaba también curarle lo demás. Apolo le iba dando la vuelta al rostro y, recogiendo la piel que sobraba de todas partes en lo que ahora llamamos vientre, como ocurre con las bolsas cerradas con cordel, la ataba haciendo un solo agujero en mitad del vientre, precisamente lo que llaman ombligo. En cuanto al resto de las arrugas, la mayoría las alisó, y conformó el pecho sirviéndose de un instrumento semejante al que emplean los zapateros para alisar sobre la horma las arrugas de los cueros. Mas dejó unas pocas, las que se encuentran alrededor del vientre mismo y del ombligo, para que fueran recordatorio de lo que antaño sucedió.

Así pues, una vez que la naturaleza de este ser quedó cortada en dos, cada parte echaba de menos a su mitad, y se reunía con ella, se rodeaban con sus brazos, se abrazaban la una a la otra, anhelando ser una sola naturaleza, y morían por hambre y por su absoluta inactividad, al no querer hacer nada los unos separados de los otros. Y cada vez que moría una de las mitades y sobrevivía la otra, la que sobrevivía buscaba otra y se abrazaba a ella, ya se tropezara con la mitad de una mujer entera -lo que precisamente llamamos ahora mujer-, ya con la mitad de un hombre; y de esta manera perecían. Mas se compadeció Zeus y se ingenió otro recurso: trasladó sus órganos genitales a la parte delantera (porque hasta entonces los tenían también por fuera, y engendraban y parían no los unos en los otros, sino en la tierra, como las cigarras).Los trasladó, pues, de esta manera a su parte delantera e hizo que por medio de ellos tuviera lugar la concepción en ellos mismos, a través de lo masculino en lo femenino, a fin de que, si en el abrazo se encontraba hombre con mujer, engendraran y siguiera existiendo la especie, mientras que si se encontraba hombre con hombre, hubiera al menos plenitud del contacto, descansaran, prestaran atención a sus labores y se ocuparan de las demás cosas de la vida.

Desde hace tanto tiempo, pues, es el amor de unos a otros innato en los hombres y aglutinador de la antigua naturaleza, y trata de hacer un solo individuo de dos y de curar la naturaleza humana. Cada uno de nosotros es, por tanto, una contraseña[1] *de hombre, al haber quedado seccionados, como los lenguados, en dos de uno que éramos. Por eso busca continuamente cada uno su propia contraseña. En consecuencia, cuantos hombres son sección del ser común que en aquel tiempo se llamaba andrógino, son aficionados a las mujeres, y la mayoría de los adúlteros proceden de este sexo; y, a su vez, cuantas mujeres son aficionadas a los hombres y adúlteras proceden también de este sexo. Pero cuantas mujeres son sección de mujer, no prestan mucha atención a los hombres, sino que se interesan más bien por las mujeres, y las lesbianas proceden de este sexo. En cambio, cuantos son sección de varón, persiguen a los varones, y, mientras son niños, como son rodajitas de varón, aman a los hombres y disfrutan estando acostados y abrazados con los hombres, y son éstos los mejores de los niños y muchachos, por ser los más viriles por naturaleza. Hay quienes, en cambio, afirman que son unos desvergonzados, pero se equivocan, pues no hacen esto por desvergüenza, sino por audacia, hombría y virilidad, porque desean abrazarse a lo que es semejante a ellos. Y una clarísima prueba de ello es que, cuando llegan a su completo desarrollo, los de tal naturaleza son los únicos que resultan viriles en los asuntos políticos. Y cuando se hacen hombres, aman a los muchachos y no se preocupan del matrimonio ni de la procreación de hijos por inclinación natural, sino obligados por la ley, pues les basta pasarse la vida unos con otros sin casarse. En consecuencia, la persona de tal naturaleza sin duda se hace amante de los muchachos y amigo de su amante, ya que siempre siente predilección por lo que le es connatural.*

Así pues, cuando se tropiezan con aquella verdadera mitad de sí mismos, tanto el amante de los muchachos como cualquier otro, entonces sienten un maravilloso impacto de amistad, de afinidad y de amor, de manera que no están dispuestos, por así decirlo, a separarse unos de otros ni siquiera un instante. Y

---

1. El término griego es *symbolon* que ha sido traducido por contraseña, para indicar una tablilla o taba partida en dos. Entre los romanos se denominó *tessera hospitatis*, cuyas mitades guardaban los individuos unidos por el vínculo de la hospitalidad para reconocerse mutuamente cuando al juntarlas coincidían. Símbolo es el término opuesto a diábolo. Así el símbolo indica unión y el diábolo división.

los que pasan la vida entera en mutua compañía son éstos, que ni siquiera sabrían decir lo que quieren obtener unos de otros. Nadie, en efecto, podría creer que lo que pretenden es la unión en los placeres sexuales, y que es ése precisamente el motivo por el que el uno se complace en la compañía del otro con tan gran empeño. Al contrario, el alma de cada uno es evidente que desea otra cosa que no puede decir con palabras, sino que adivina lo que desea y lo expresa enigmáticamente. Y si cuando están acostados juntos se les presentara Hefesto con sus instrumentos y les preguntara: «¿Qué es lo que deseais, hombres, obtener el uno del otro?»; y si, al no saber ellos qué contestar, les volviera a preguntar:«¿Acaso lo que anheláis es estar juntos lo más posible el uno del otro, de suerte que ni de noche ni de día os faltéis el uno al otro? Porque si es eso lo que anheláis, estoy dispuesto a fundiros y a unir vuestras naturalezas en una misma, de forma que siendo dos lleguéis a ser uno solo y, mientras viváis, como si fuerais uno solo, viváis los dos en común, y, cuando hayáis muerto, allí también, en el Hades, en lugar de dos seáis uno, muertos ambos en común. «¡Ea! mirad si es esto lo que anheláis y si os dais por satisfechos con conseguirlo». Al oír esto, sabemos que ni siquiera uno solo se negaría ni dejaría ver que desea otra cosa, sino que sencillamente creería haber escuchado lo que anhelaba desde hacía tiempo, es decir, unirse y fundirse con el amado y llegar a ser uno solo de dos que eran. Pues la causa de esto es que nuestra antigua naturaleza era ésa que se ha dicho y éramos un todo; en consecuencia, el anhelo y la persecución de ese todo recibe el nombre de amor. Antes, como digo, éramos un sólo ser, pero ahora, por la falta cometida, hemos quedado separados por la divinidad, como los arcadios por los lacedemonios. Existe, pues, el temor de que, si no somos ordenados en nuestras relaciones con los dioses, seamos de nuevo divididos y vayamos de acá para allá a la manera de los que están esculpidos de perfil en las estelas, aserrados en dos por las narices, convertidos en medias tabas[2].

Por eso todo hombre debe exhortar a los demás a mostrarse piadosos en todo con los dioses, a fin de que evitemos unas cosas y consigamos otras, teniendo a Eros como guía y caudillo nuestro. Que nadie obre contra él -pues obra contra él cualquiera que se enemiste con los dioses -, porque si nos hacemos amigos y nos

---

2. El término griego es *lispas* que eran astrágalos o tabas serruchadas por la mitad y cuya finalidad era la misma que la de los símbolos o las téseras.

reconciliamos con el dios, descubriremos y nos encontraremos con nuestros amados correspondientes, cosa que ahora logran sólo unos pocos. Y que no me interrumpa Erixímaco y se burle de mi discurso, pensando que me refiero a Pausanias y Agatón - pues tal vez dé la casualidad de que ellos sean de ésos y ambos varones por naturaleza - sino que, claro está, yo me estoy refiriendo a todos, hombres y mujeres, cuando digo que nuestra raza sólo podría llegar a ser feliz si lleváramos a su culminación el amor y cada uno encontrara a su propio amado, retornando a su antigua naturaleza. Y si esto es lo mejor, forzosamente, en las circunstancias actuales, lo mejor ha de ser lo que esté más cerca de ese ideal, esto es, encontrar un amado cuya naturaleza corresponda a nuestra índole. Por consiguiente, si queremos celebrar al dios causante de esto, con justicia celebraríamos a Eros, que en el presente es nuestra mayor ayuda, conduciéndonos hacia lo que nos es afín, y para el futuro nos proporciona las mayores esperanzas de que, si mostramos piedad para con los dioses, nos restablecerá en nuestra antigua naturaleza y nos curará, hasta hacernos dichosos y felices.

Este es, Erixímaco -concluyó Aristófanes-, mi discurso acerca de Eros, diferente del tuyo».

Comentario

Este mito platónico nos muestra una vez más la apertura intelectual y espiritual de los griegos del siglo V antes de Cristo.

La homosexualidad, el lesbianismo y la bisexualidad están fundadas sobre bases prelógicas como son las del mito y las antiguas leyendas.

Existe al respecto toda una tradición primordial que se encuentra en la base de todos estos relatos mitológicos, que ha sido sepultada, tanto por el paso del tiempo, como por el paso del mito al logos que produjeron los filósofos jónicos, en el albor de la filosofía occidental.

En este paso del tiempo y en esta visión eminentemente racional del hombre mucho han tenido que ver los dos mil años de cristianismo, con su visión restringida de la sexualidad. La reacción en estos últimos tiempos, con un marcado tinte anticristiano, se ha hecho oír a través de la denominada «cuestión del género».

La palabra «género», del latín *genus*, observa el politólogo Luis María Bandieri, *«ha sido retomada por la progresía en el sentido de sexo (cultural), a partir de la voz inglesa genre. Los ingleses la tomaron, a su vez, de los franceses. Lo que ocurre es que el inglés perdió los géneros gramaticales, que subsisten en nuestro idioma. La pudibundez victoriana impedía hablar llanamente de sex, y entonces comenzó a utilizarse en su lugar el galicismo genre. De donde se ve el curioso origen pacato de un vocablo progresista».*

Así se viene escuchando durante estos últimos años la expresión «género» y muchos se imaginan que es sólo otra manera de referirse a la división de la humanidad en dos sexos, masculino y femenino, pero detrás del uso de esta palabra se esconde toda una ideología que busca precisamente hacer salir el pensamiento de los seres humanos de esta estructura bipolar.

Los proponentes de esta ideología quieren afirmar que las diferencias entre el varón y la mujer, fuera de las obvias diferencias anatómicas, no corresponden a una naturaleza fija que haga a unos seres humanos varones y a otros mujeres sino que piensan más bien que las diferencias de manera de pensar, obrar y valorarse a sí mismos son el producto de la cultura de un país y de una época determinados, que les asigna a cada grupo de personas una serie de características que se explican por las conveniencias de las estructuras sociales de dicha sociedad.

Se deja a la libre elección de cada uno el tipo de «género» al que quiere pertenecer, todos igualmente válidos. Esto hace que los heterosexuales, los homosexuales y las lesbianas, los bisexuales y los zoosexuales sean simplemente modos de comportamiento sexual producto de la elección de cada persona, libertad que todos los demás deben comprender y aceptar. De lo contrario son tildados de *discriminadores*, concepto que luego de *les lois liberatrices* tipo Gayssot en Francia, Mancino en Italia y de la Rúa en Argentina, equivale al de racista.

No se necesita mucha reflexión para darse cuenta de lo errónea que es esta posición, y las consecuencias perniciosas que tiene la negación de que haya una naturaleza dada a cada uno de los seres humanos por su capital genético.

Se afirma la diferencia entre los sexos como algo convencionalmente establecido por la sociedad y se diluye así la diferencia entre los sexos como un hecho de naturaleza, y cada uno puede «inventarse» a sí mismo el sexo que quiere y justificarlo moralmente. Toda la moral queda librada a la decisión del individuo y desaparece la diferencia entre lo permitido y lo prohibido en esta materia. Las consecuencias religiosas, políticas y sociales son obvias.

Los proponentes de esta ideología usan sistemáticamente un lenguaje equívoco (libertad de vientres para significar aborto; disponibilidad del género para significar desviaciones, etc.), y así poder infiltrarse más fácilmente en los ambientes medianamente cultos, lugar donde se instala este tipo de discusión y discurso.

Existen muchos trabajos sobre el tema pero recomendamos el de Dale O'Leary*: La deconstrucción de la mujer* que puede ayudar mucho a precisar conceptos, pues al ser una norteamericana ha participado desde el principio en el debate sobre el género. No hay que olvidar que la polémica filosófica sobre el tema es un invento del pensamiento único y casi exclusivo del establishment feminista norteamericano. Resumido el tema es así: En la conferencia de mujeres en China hace cinco años, conocida como la conferencia del aborto, bajo el título «Repensar la cuestión del género» sostuvo la delegación norteamericana que el género no es una distinción que sea dada por la naturaleza(masculino y femenino), sino que es una distinción simplemente cultural. El ser humano elige el género que quiere.

Observamos cómo la diferencia entre los griegos y las modernas feministas es sustancial. Así, aquéllos fundamentaban el tercer sexo en una tradición primordial; el mito de andrógino, evitando el error de desustancializar al hombre conviertiéndolo sólo en un producto cultural, tal como hacen estas últimas.

El hombre (y la mujer, se entiende) es portador de una índole que lo acompaña desde el fondo de la historia, negar su *physis,* su *natura*, es negarlo a él mismo. Los griegos lo percibieron y por eso buscaron denodadamente las *physeis* de los seres. Evitando, así, el error de negar que el hombre tenga una naturaleza para poder explicar las diversas

atracciones sexuales, error cometido por las modernas feministas. Estas últimas, niegan la existencia de una «naturaleza humana» para poder explicar la sexualidad polimorfa que proponen por una elección cultural.

Las atracciones sexuales varias, la explicaron los griegos a través del mito del Andrógino, y su criterio último está en la afirmación, en el hermoso párrafo final: *«claro está, yo me estoy refiriendo a todos, hombres y mujeres, cuando digo que nuestra raza sólo podría llegar a ser feliz si lleváramos a su culminación el amor y cada uno encontrara a su propio amado, retornando a su antigua naturaleza. Y si esto es lo mejor, forzosamente, en las circunstancias actuales, lo mejor ha de ser lo que esté más cerca de este ideal, esto es, encontrar un amado cuya naturaleza corresponda a nuestra índole».*

¡Qué sublime!

El mito de Giges (II)

Ubicación

El diálogo de la *República* también conocido bajo el nombre griego de *Politeia* ha sido considerado como la obra maestra de Platón, quien al comienzo del libro II relata el mito de Giges. Sus coordenadas son, en la numeración de Henricus Stephanus, 359 d a 360 b.

Este diálogo junto con el *Político* y las *Leyes* desarrollan la temática política de Platón.

El mito se plantea a propósito de la naturaleza del hombre quien en caso de tener el poder de actuar con impunidad va a obrar, según la experiencia general, en beneficio propio y en forma injusta.

En Esparta se castigaba a los niños, cuentan Jenofonte y Cicerón, no por robar, sino por no haber sabido ocultar el robo. En definitiva, el hombre no robaba por ser honesto sino por temor a que lo descubran. Esta concepción es la que está en la raíz del mito de Giges.

Texto

«El mejor medio de darles el poder a que me refiero es concederles el privilegio que en otros tiempos, según dicen, tuvo Giges, antepasado del lidio. Giges era pastor al servicio del rey de Lidia. Un día después de una violenta tempestad y de un temblor de tierra, se agrietó el suelo y se abrió un abismo en el sitio donde Giges hacía pacer sus rebaños. Asombrado, cuentan, Giges descendió al abismo y allí vio, entre otras maravillas, un caballo de cobre, hueco, con multitud de aberturas pequeñas, por una de las cuales introdujo Giges la cabeza y alcanzó a ver en su interior un cadáver de talla superior a la humana, que no llevaba sobre sí más que un anillo de oro en un dedo. Giges tomó el anillo y se fue.

Los pastores solían reunirse todos los meses para enviar un informe al rey sobre el estado de los rebaños. Giges concurrió también a esa asamblea, llevando consigo el anillo, y tomó asiento entre los pastores. Por casualidad volvió hacia adentro, hacia la palma de la mano, el engarce de la sortija y al punto se hizo invisible para los demás pastores, que comenzaron a hablar como si él se hubiese retirado, lo cual lo llenó de asombro. Entonces volvió con suavidad el engarce hacia fuera y de nuevo se hizo visible. El hecho despertó su curiosidad, y a fin de saber si obedecía a una virtud propia del anillo, repitió la experiencia: cuantas veces volvió la sortija hacia adentro se tornó invisible, y siempre que la volvía hacia fuera, tornaba a hacerse visible. Seguro ya de la virtud del anillo, se hizo nombrar miembro de la comisión de pastores que debía rendir cuentas al rey. En cuanto llegó al palacio, sedujo a la reina, y entendiéndose con ella atacó y mató al rey, y se apoderó de su trono».

Comentario:

Platón sabe que, en posesión de ese anillo, pocas personas serían capaces de mantener una conducta justa. El mito de Giges quiere hacernos ver que nadie es justo por propia voluntad sino por obligación. Y esa obligación sin concesiones se educa a través de una disciplina que se va imponiendo a través de la educación, de la paideia,

desde los primeros años de vida. Es interesante notar que en griego educación y niñez tienen la misma raíz. Paidós significa niño y paideia educación y formación. Este ha sido un ideal vinculado más bien al realismo político que a la utopía.

Sin embargo nosotros creemos que debemos deshacernos de este mito dado que ha producido y produce grandes daños, pues llevado al extremo como ha sucedido y sucede con los totalitarismos, aquellos regímenes políticos que pueden obrar sin sanción, se han levantado y se levantan muros y alambradas, se encarcela y se veja, se tortura y se masacra a millones de seres humanos.

Así, por ejemplo, una prueba actual de ello son los asesinatos selectivos realizados por Israel contra los palestinos. Israel, que se nos presenta hoy como el justo, pero que al poder actuar con impunidad y sin temor a recibir ninguna sanción, actúa, siguiendo el mito de Giges, haciendo el mal sin temor al castigo.

Pero el mito de Giges hay que leerlo y entenderlo como la prueba máxima para el hombre justo, quien pudiendo obrar sin temor, sin que lo descubran, impunemente, prefiere hacer el bien y no el mal.

¿Quién de nuestros dirigentes hoy pasa la prueba?.

Hacer el bien y evitar el mal es la vieja norma general de la ética, pero hacerlo por deber y no por inclinación, hacerlo por obligación y no por elección nos marca la diferencia que existe entre un buen hombre y un hombre bueno.

El hombre justo tan bien caracterizado por John Rawls en su *Teoría de la Justicia* es aquel que obra no sólo por deber sino también con equidad (fairness) que es lo que permite estructurar una sociedad en donde las personas se sientan en plano de igualdad, tomando como punto de partida la libertad que es al mismo tiempo el contenido de la justicia.

Pero esta teoría tiene una limitación y es que muchas veces y en muchas situaciones el hombre para ser honrado, para ser justo, para seguir siendo un «buen hombre» debe ir más allá de la justicia, hecho no contemplado por Rawls. Así por ejemplo, quien es calumniado por no traicionar la confianza de un amigo. Quien no vuelve la espalda a

un hombre injustamente perseguido y le da cobijo. Quien da consejo en una disputa familiar a riesgo de ser odiado por las partes, va más allá de la justicia. Aquel «buen hombre» se transforma en un «hombre bueno».

Es que el bien tiene una primacía ontológica sobre el deber, sobre lo justo. Porque el bien tiene razón de causa final, de ahí que el agente moral deba obrar en vista a fines y que para alcanzarlos se encuentre obligado al ejercicio de la virtud, puesto que el fin no justifica los medios. *En una palabra, el hombre no es bueno porque realice actos buenos, sino que realiza actos buenos porque es bueno. El valor moral se realiza a espaldas de la acción*.

El mito de Giges nos deja como lección final, la superación del propio mito como meta a lograr por el hombre justo.

El mito de las Cigarras (III)

Ubicación

El *Fedro* compone junto con el *Banquete, Fedón* y *República* los diálogos de madurez de Platón. La riqueza temática del *Fedro* al tener no uno sino tres objetos primordiales de desarrollo: el amor, el alma y la retórica, lo vincula a los otros tres diálogos mencionados. Así, el amor lo vincula al *Banquete,* el alma a la *República* y al *Fedro*. Las coordenadas para la ubicación del mito de las Cigarras en la numeración de Stephanus son 259 a-d.

El mito de las Cigarras es, de entre todos los mitos que utiliza Platón en su extensa obra, una invención suya. No consta en la tradición anterior. Y tiene una cierta semejanza con el mito de los cisnes relatado en el *Fedón* 84e-85b. Platón lo utiliza aquí para indicar al hombre que no debe dejar de investigar, ni aún a favor del descanso.

Texto

«Sócrates - Bien, creo que tenemos tiempo. Y me parece además, como si, en este calor sofocante, las cigarras que cantan sobre nuestras cabezas, dialogasen ellas mismas y nos estuviesen mirando. Y si nos vieran a nosotros dos que, como la mayoría de la gente, que no dialoga al mediodía, sino que cabeceamos y nos dejamos encantar por ellas debido a nuestra pereza intelectual, se reirían a nuestra costa, tomándonos por esclavos que, como ovejas, habían llegado a este rincón, junto a la fuente, a echarse una siesta. Pero si acaso nos ven dialogando y sorteándolas como a sirenas, sin prestar oídos a sus encantos, el don que han recibido de los dioses para dárselo a los hombres, tal vez nos lo otorgasen complacidas.

Fedón. - ¿Y cuál es ese don que han recibido? Porque me parece que no he oído mencionarlo nunca.

Sócrates. - Pues en verdad que no es propio de un varón amigo de las musas, el no haber oído hablar de ello. Se cuenta que, en otros tiempos, las cigarras eran hombres de ésos que existieron antes de las Musas, pero que, al nacer éstas y aparecer el canto, algunos de ellos quedaron embelesados de gozo y se pusieron a cantar y se olvidaron de beber y de comer y murieron. De ellos se originó, después, la raza de las cigarras, que recibieron de las Musas ese don de no necesitar alimento alguno desde que nacen y, sin comer ni beber, no dejan de cantar hasta que mueren, y, después de esto, el de ir a las Musas a anunciarles quién de los de aquí abajo honra a cada una de ellas. En efecto, a Terpsícore le cuentan quién de ellos la honran en las danzas, y hacen así que los mire con más buenos ojos; a Érato le dicen quiénes la honran en el amor, y de semejante manera a todas las otras, según la especie de honor propio de cada una. Pero es a la mayor, Calíope, y a la que va detrás de ella, Urania, a quienes anuncian los que pasan la vida en la filosofía y honran su música. Precisamente éstas, por ser de entre las Musas las que tienen que ver con el cielo y con los discursos divinos y humanos, son también las que dejan oír la voz más bella. De mucho hay, pues, que hablar, en lugar de dormir la siesta al mediodía».

Comentario:

Sócrates sólo menciona cuatro de las nueve Musas: Terpsícore que lo es de la danza, Erato del amor, Calíope de la elocuencia y la épica, Urania de la astronomía. Las cinco restantes son: Melpómene del canto, Polímnia de la poesía lírica, Clío de la historia, Euterpe de la flauta y Talía de la comedia.

El canto de las cigarras es una introducción al asunto final de este diálogo sobre los lenguajes orales y escritos, en donde Platón va a recurrir a otro de sus mitos; el de Theut.

Es interesante notar como a las cigarras se les atribuye un origen humano; *«Se cuenta que, en otros tiempos, las cigarras eran hombres de ésos que existieron antes de las Musas»*. En nuestra tradición nacional también se las hace nacer como al hombre desde la tierra. Y así dice la chacarera: *«como el coyuyo(cigarra en quichua) cantor que nace desde la tierra»*. Desde niños hemos aprendido que a las chicharras(cigarras) no se las mata, hay que dejarlas que canten hasta que se pase el calor.

Trabajar e investigar incluso cuando canta la cigarra, en pleno calor, es la enseñanza final de este mito. Hegel dice en su *Filosofía de la historia* que no puede haber filosofía en *les petits pays chauds (los pequeños países cálidos)*; en cambio Platón, con este mito, viene a sostener que, a pesar del calor, se debe hacer filosofía.

Así pues, las cigarras que no son otra cosa que hombres que olvidaron su propio cuerpo: *«sin acordarse de comer y beber»,* por la ilusión del conocimiento, nos incitan con su canto a la investigación.

Y es a las musas Calíope, de la retórica, y Urania, de la astronomía, a quienes ellas les dicen cuales de los hombres, *«pasan la vida en la filosofía y honran su música»*. El esfuerzo pedagógico de Platón es extraordinario, porque no elige a los musas al tun...tun o porque sí, sino que elige a la musa de la retórica porque en el hombre hay que llegar al conocimiento de la verdad «por la persuasión». Y a la musa de la astronomía porque ésta, sinónimo de filosofía en aquella época, defiende al hombre de la charlatanería de los sofistas o falsos filósofos

que apoyados sólo en retóricas y discursos lo arrastran al camino de la «apariencia de la verdad», de las cosas, el mundo y sus problemas.

Este mito de las cigarras muestra la trabajosa disposición del hombre hacia la verdad. El hombre tiende a dormir, a pasarla bien, a no sacrificarse en detrimento de su propio cuerpo. *Este mito, es una loa al esfuerzo, pero no una apología del esfuerzo.* El hombre tiene que trabajar por el hecho de ser un animal deficiente pero su ser no se agota en el trabajo. Si lo leemos detenidamente vemos en él, esa mesura, ese sano equilibrio del espíritu griego, aquél que nos dice, sugiriendo y no imponiendo, aquello que debemos hacer.

El mito de Prometeo(IV)

Ubicación

El diálogo *Protágoras* donde se encuentra relatado el mito de Prometeo corresponde al período de juventud de Platón, sus coordenadas según la numeración de Stephanus son 320c a 328d.

El mito de Prometeo tiene innúmeras versiones desde la antigüedad hasta nuestros días. Desde Esquilo y su *Prometeo Encadenado*, pasando por este de Platón a través del relato del sofista Protágoras, hasta los Padres de la Iglesia y su comparación con Cristo, los filósofos ilustrados y su equiparación a la idea de progreso de la humanidad, para finalizar en el «desarrollismo industrialista» contemporáneo. Aquí el mito tiene lugar a partir de la cuestión, si la virtud puede enseñarse. A lo que va a responder, para nuestra extrañeza, que no.

Texto

«Hubo un tiempo en el que existían los dioses, pero no las especies mortales. Cuando a éstas les llegó, marcado por el destino, el tiempo de su nacimiento, los dioses las modelaron en las entrañas de la tierra, mezclando tierra, fuego y cuantas materias se combinan con fuego y tierra. Cuando se disponían a sacarlas a la luz, mandaron a Prometeo y Epimeteo que las revistiesen de facultades distribuyéndolas convenientemente entre ellas. Epimeteo pidió a Prometeo que le permitiese a él hacer la distribución «Una vez que yo haya hecho la distribución, dijo, tú la supervisas». Con este permiso comienza a distribuir. Al distribuir, a unos les proporcionaba fuerza, pero no rapidez, en tanto que revestía de rapidez a otros más débiles. Dotaba de armas a unas, en tanto que para aquellas, a las que daba una naturaleza inerme, ideaba otra facultad para su salvación. A las que daba un cuerpo pequeño, les dotaba de alas para huir o de escondrijos para guarnecerse, en tanto que a las que daba un cuerpo grande, precisamente mediante él, las salvaba.

De este modo equitativo iba distribuyendo las restantes facultades. Y las ideaba tomando la precaución de que ninguna especie fuese aniquilada. Cuando les suministró los medios para evitar las destrucciones mutuas, ideó defensas contra el rigor de las estaciones enviadas por Zeus: las cubrió con pelo espeso y piel gruesa, aptos para protegerse del frío invernal y del calor ardiente, y, además, para que cuando fueran a acostarse, les sirviera de abrigo natural y adecuado a cada cual. A algunas les puso en los pies cascos y a otras piel gruesa sin sangre. Después de esto, suministró alimentos distintos a cada una: a unas hierbas de la tierra; a otras, frutos de los árboles; y a otras raíces. Y hubo especies a las que permitió alimentarse con la carne de otros animales. Y les ofreció una exigua descendencia, y, en cambio, a los que eran consumidos por estos, una descendencia numerosa, procurando, así, salvar la especie.

Pero como Epimeteo no era del todo sabio, gastó, sin darse cuenta, todas las facultades en los brutos. Pero quedaba aún sin equipar la especie humana y no sabía qué hacer. Hallándose en ese trance, llega Prometeo para supervisar la distribución. Ve a todos los animales armoniosamente equipados y al hombre, en cambio, desnudo, sin calzado, sin abrigo e inerme. Y ya era inminente el día

señalado por el destino en el que el hombre debía salir de la tierra a la luz. Ante la imposibilidad de encontrar un medio de salvación para el hombre. Prometeo roba a Hefesto y a Atenea la sabiduría de las artes junto con el fuego (ya que sin el fuego era imposible que aquella fuese adquirida por nadie o resultase útil) y se la ofrece, así, como regalo al hombre. Con ella recibió el hombre la sabiduría para conservar la vida, pero no recibió la sabiduría política, porque estaba en poder de Zeus y a Prometeo no le estaba permitido acceder a la mansión de Zeus, en la acrópolis, a cuya entrada había dos guardianes terribles. Pero entró furtivamente al taller común de Atenea y Hefesto en el que practicaban juntos sus artes y, robando el arte del fuego de Hefesto y las demás de Atenea, se las dio al hombre. Y, debido a esto, el hombre adquiere los recursos necesarios para la vida, pero sobre Prometeo, por culpa de Epimeteo, recayó luego, según se cuenta, el castigo del robo.

El hombre, una vez que participó de una porción divina, fue el único de los animales que, a causa de este parentesco divino, primeramente reconoció a los dioses y comenzó a erigir altares e imágenes a los dioses. Luego, adquirió rápidamente el arte de articular sonidos vocales y nombres, e inventó viviendas, vestidos, calzado, abrigos, alimentos de la tierra. Equipados de este modo, los hombres vivían al principio dispersos y no en ciudades, siendo, así, aniquilados por las fieras, al ser en todo más débiles que ellas. El arte que profesaban constituía un medio, adecuado para alimentarse, pero insuficiente para la guerra contra las fieras, porque no poseían el arte de la política, del que el de la guerra es una parte. Buscaban la forma de reunirse y salvarse construyendo ciudades, pero, una vez reunidos, se ultrajaban entre sí por no poseer el arte de la política, de modo que al dispersarse de nuevo, perecían. Entonces Zeus, temiendo que nuestra especie quedase exterminada por completo, envió a Hermes para que llevase a los hombres el sentido moral o pudor(aidós) y la justicia, a fin de que rigiesen en las ciudades la armonía y los lazos comunes de amistad. Preguntó, entonces, Hermes a Zeus la forma de repartir la justicia(diké) y el sentido moral(aidós) entre los hombres: «¿Las distribuyo como fueron distribuidas las demás artes?».

Pues éstas fueron distribuidas así: Con un solo hombre que posea el arte de la medicina, basta para tratar a muchos legos en la materia; y lo mismo ocurre con los demás profesionales. ¿Reparto así la justicia y el sentido moral entre los

hombres, o bien las distribuyo entre todos?. «Entre todos, respondió Zeus; y que todos participen de ellas; porque si participan de ellas solo unos pocos, como ocurre con las demás artes, jamás habrá ciudades. Además, establecerás en mi nombre esta ley: Que todo aquel que sea incapaz de participar del sentido moral y de la justicia sea eliminado, como una peste, de la ciudad".

Comentario:

El mito se centra en el robo del fuego por parte de Prometeo a los dioses Atenea y Hefaistos. Prometeo es el más inteligente de los titanes y su nombre significa «pensamiento previsor».

El fuego es el origen de la técnica que junto con la justicia y el sentido moral o pudor le permiten al hombre vivir en comunidad. Así las técnicas del fuego le permiten fabricar utensillos para facilitar su trabajo y para la actividad cazadora.

Sin el fuego el hombre no hubiera podido sobrevivir al no poder adaptarse al medio ambiente ni poder satisfacer las diferentes necesidades que plantea cada región del mundo. El fuego, en definitiva, tiene algo de divino, que el hombre al poseerlo se diferencia de los animales y comienza a semejarse un poco a los dioses. El hombre mediante él puede transformar las sustancias y coce los alimentos, los dioses a gatas si pueden comer algo de grasa.

Esto se desprende de otra versión del mito que así nos lo hace saber. El primer desencadenante de la ira de Zeus contra Prometeo y los hombres fue la disputa realizada por los hombres y los dioses en Tesalia por las partes de los animales sacrificados. Prometeo dividió por un lado la carne y las entrañas ricas en grasa, ocultándolas dentro del estómago del buey en disputa. Por otro lado colocó, camuflándolos, los huesos de buey cubiertos con grasa blanca. Luego le pidió a Zeus que eligiese entre las dos divisiones, el dios optó sin dudar por el bulto más grande que resultó ser el de los huesos y la grasa al descubrir lo que ocultaba se encolerizó. A partir de ese momento sólo las grasas y

los huesos se entregaron a los dioses en sacrificio; mientras que la buena comida era utilizada para su consumo por los mortales. Motivo por el cual aún hoy se siguen encendiendo velas a Dios.

Zeus, dolido y resentido por el engaño que acababa de sufrir, decidió vengarse de ellos privando a los mortales del fuego, elemento fundamental no sólo para la cocción de los alimentos, sino también para sobrevivir de las heladas. Prometeo, realmente desesperado, robó la luz del fuego eterno utilizando una caña hueca donde introdujo la brasa robada, sabiendo que esta acción originaría un castigo por parte de Zeus. A pesar del riesgo, los mortales recuperaron el fuego gracias a su valentía. Cuenta la leyenda que los dioses primordiales Urano(cielo) y Gea(tierra) crearon la raza de los titanes. En principio eran seis varones y seis mujeres de los cuales Cronos (Saturno), el principal de entre ellos, símbolo de ambición y poder, destrona a su padre Urano, castrándolo con una hoz. Debido a esta acción suya y temiendo que le ocurriera lo mismo, devoraba a sus hijos recién nacidos, pero su mujer y hermana Rea, al nacer Zeus en lugar de entregárselo envuelve entre los pañales una piedra que Cronos ingenuamente devora, mientras ella esconde a Zeus en Creta. Luego Zeus derrota a su padre Cronos y entroniza en su lugar a los dioses olímpicos. Los titanes se sublevan contra Zeus y este los derrota enviándoles al Tártaro, a las profundidades de la tierra.

Así la figura del titán pasa a la historia como entidad violenta, de fuerza excepcional, caótica, taimada, asociada a las fuerzas hostiles de la naturaleza que recorren bajo el aspecto de gigantes u ogros diversas mitologías y leyendas populares. Suelen residir en sitios de difícil acceso (mares, montañas, etc.) desde donde desatan tempestades.

Se destacan en el mito platónico, más allá del «robo del fuego», dos elementos también significativos: a) El sentido ecológico, diríamos hoy, entendido como equilibrio entre las facultades y atributos que poseen los seres vivos(*«los animales armoniosamente equipados»)* unos respecto de otros y con relación a su medio ambiente y, b) El sentido político como rasgo específico del hombre, para lo cual todo aquel que quiera vivir en comunidad debe poseer el sentido moral y el de la

justicia («*todo aquel que sea incapaz de participar del sentido moral y de la justicia sea eliminado, como una peste, de la ciudad*”).

Y la cuestión que queda planteada y sin resolver es saber ¿Quién desata los males, si Zeus o Prometeo? Porque si bien Prometeo roba el fuego, es a causa de la ambición y angurria de Zeus que se lo quita a los hombres cuando se siente engañado. Pues para la tradición griega en un tiempo primordial (la Edad de Oro), anterior a la caída al igual que en el relato bíblico, los hombres vivían en una especie de paraíso terrenal lejos de los dolores del trabajo y de las enfermedades y en posesión del fuego. Zeus les quita este don divino al sentirse burlado por Prometeo con el saco de huesos y grasa mucho más grande que el ofrecido con carne. Además Zeus destronó a los titanes del poder y Prometeo como titán que es lo sabe. Esta tensión entre olímpicos y titanes recorre toda la hagiografía de la antigüedad y queda inconclusa. Incluso un autor de nuestros tiempo Ernst Jünger puedo afirmar: *«Tanto Zeus como Jehová se cuidan de que no le vaya demasiado bien al ser humano, de que no pueda alargar la mano al Arbol de la vida y del conocimiento. En este sentido la apropiación de la manzana en el Jardín del Edén y el robo del fuego del Olimpo son hechos que están emparentados*[3]. Esta misma analogía se repite también entre Prometeo y Cristo como liberadores de la raza humana, uno por el fuego y otro por la Palabra(*logos)* de vida eterna.

---

3. Jünger, Ernst: *La Tijera*, Barcelona, Tusquet, 1993,p.222.-

Mito de Theuth (V)

Ubicación:

El *Fedro* compone junto con el *Banquete, Fedón* y *República* los diálogos de madurez de Platón. La belleza de los mitos que encierra, el de las cigarras y el de Theut nos vienen a decir que hay que investigar a pesar de todo y que la verdadera escritura es la que llevamos grabada en nuestro interior a través de la experiencia que recoge nuestra memoria. Años después de estos mitos, Aristóteles nos va a decir al comienzo nomás de su *Metafísica* que, sin memoria no hay ni filosofía ni ciencia. Es sabido que la riqueza temática del *Fedro* al tener no uno sino tres objetos primordiales de desarrollo: el amor, el alma y la retórica, lo vincula a los otros tres diálogos mencionados. Así, el amor lo vincula al *Banquete,* el alma a la *República* y al *Fedro.* Las coordenadas para la ubicación del mito de Teuth en la numeración de Stephanus son 274c a 275c.

El mito de Theuth, también conocido como mito de Naúcratis, lleva el nombre de un antiguo dios egipcio supuesto inventor, entre otras cosas, de la escritura. Platón va a defender aquí la primacía del discurso hablado sobre el escrito.

Texto

«Sócrates: Hay una tradición, al menos que puedo contar, de los antiguos la verdad, son ellos los que la saben; pero si nosotros pudiéramos encontrarla por nosotros mismos, ¿seguiríamos acaso preocupándonos de las opiniones humanas?.

Fedro: Es ridículo preguntarlo. Vamos, cuéntame lo que afirmas haber oído.

Sócrates: He oído contar pues, que en Naúcratis de Egipto vivió uno de los antiguos dioses de allá, aquel cuya ave sagrada es la que llamaban Ibis, y que el nombre del dios mismo era Theuth. Este fue el primero que inventó los números y el cálculo, la geometría y la astronomía, además del juego de damas y los dados, y también los caracteres de la escritura. Era entonces rey de todo el Egipto Thamus, cuya corte estaba en la gran ciudad de la región alta que los griegos llaman Tebas de Egipto, y cuyo Dios es Ammón, y Theuth vino al rey y le mostró sus artes, afirmando que debían comunicarse a los demás egipcios. Thamus entonces le preguntó qué utilidad tenía cada una, y a medida que su inventor las explicaba, según le parecía que lo que se decía estaba bien o estaba mal, lo censuraba o lo elogiaba. Así fueron muchas, según se dice, las observaciones que, en ambos sentidos, hizo Thamus a Theuth sobre cada una de las artes, y sería muy largo exponerlas. Pero cuando llegó a los caracteres de la escritura: «Este conocimiento, ¡oh rey! - dijo Theuth -, hará más sabios a los egipcios y vigorizará su memoria: es el elixir de la memoria y de la sabiduría lo que con él se ha descubierto.» Pero el rey respondió: «¡Oh! ingeniosísimo Theuth! Una cosa es ser capaz de engendrar un arte, y otra es ser capaz de comprender qué daño o provecho encierra para los que de ella han de servirse, y así tú, que eres padre de los caracteres de la escritura, por benevolencia hacia ellos, les has atribuido facultades contrarias a las que poseen. Esto, en efecto, producirá en el alma de los que lo aprendan el olvido por el descuido de la memoria, ya que, fiándose a la escritura, recordarán de un modo externo, valiéndose de caracteres ajenos; no desde su propio interior y de por sí. No es, pues, el elixir de la memoria, sino el de la rememoración, lo que has encontrado. Es la apariencia de la sabiduría, no su verdad, lo que procuras a tus alumnos; porque, una vez que hayas hecho de ellos eruditos sin verdadera instrucción, parecerán jueces entendidos en muchas cosas no entendiendo nada en

la mayoría de los casos, y su compañía será difícil de soportar, porque se habrán convertido en sabios en su propia opinión, en lugar de sabios(sophós).»

Fedro: ¡ Qué fácilmente, Sócrates, compones fábulas egipcias o de cualquier país que se te antoje!».

Comentario:

La palabra escrita es planteada como un problema, porque ella de alguna manera oculta el ser de la cosa. Para Platón el ser está determinado por los entes con los cuales está relacionado (Sofista 257a, 259d, etc.), es decir depende del contexto. Pero, por otra parte, el ser de los entes solo es para nosotros en tanto se nos revela o desoculta.

Esto lleva a Platón a reflexionar sobre la verbalización, es decir, la representación verbal de lo desocultado, y en el Cratilo (439b) nos dice, que siempre hay que partir de las cosas mismas y no de los nombres, es decir, de las palabras. Esto justamente, porque las palabras son ya una interpretación de lo dado. De modo que al ser las ideas y no los nombres las que permiten captar el ser de los entes, entonces hay que tener cuidado con estos nombres, es decir con las palabras. Porque ellas ocultan, y sobre todo las escritas. Sólo la alta poesía o la oquedad del silencio dicen, a veces, algo sobre el ser de las cosas. Vemos como la crítica a la escritura es a los límites que la misma tiene.

¿Cómo evitar ocultar el ser (de lo que es) en la palabra escrita, que implica ya una interpretación («traducción») del ser del ente, la cual desliga a éste del contexto y de la coyuntura en el que se nos desocultó al pensamiento?

Es obvio que si al traducir en palabras se ha descontextualizado lo que al filósofo se le desocultó en el pensamiento cuando captó la idea, en el momento en que uno desea transmitir dicho conocimiento, debería tratar de recrear el contexto primero.

Así , para Platón, transmitir lo desocultado a los otros mediante el uso del lenguaje, sólo es posible a través de la dialéctica. Este es el

método elegido por el filósofo griego cuya forma de exposición es el diálogo verbal como lugar de la verdad. Pero Platón, a diferencia de los modernos, no separa el método de aquél que lo aplica, no existe ni cree en una neutralidad metodológica como nos han hecho creer desde Descartes para acá. El método está, pues, intrínsecamente vinculado al filósofo, de ahí que afirme en la *República «la mejor prueba que una naturaleza sea dialéctica o no, es porque el dialéctico tiene una visión de conjunto y el que no la tiene no lo es»*(537c 10-15).

Una digresión. Es esta una de las razones más profundas por la cual nosotros proponemos al disenso como método, pues el mismo, al romper con la neutralidad metodológica, exige la preferencia de nosotros mismos como el primer paso del camino para intentar una visión holística y quebrar al mismo tiempo la visión de los «especialístas de lo mínimo» a que nos llevan las metodologías aparentemente neutrales, como las científicas tecnológicas, aisladas del compromiso existencial del investigador.

¿Cómo puede estar uno seguro de que se está entendiendo con el otro? Sólo a través del diálogo, que es siempre hablado, con lenguaje hablante al decir de Merlau Ponty.

Es que el diálogo, en la medida en que avanza, mirándose a la cara y viendo los gestos, se contextualiza y el desocultamiento del asunto tratado (el ser del ente) se hace cada vez mayor y más preciso.

Este es el motivo último por el cual la toma de decisiones en todos los órdenes de la vida son siempre habladas. Incluso cuando las toma un solo hombre, son pensadas y conversadas con uno mismo. A esto llamaban los antiguos la verba impresa. Luego pueden o no pasar a la palabra escrita, al papel a la verba expresa.

Es por ello que en las reuniones de directorios o consejos son eso, lugares de deliberación oral porque allí no se puede descontextualizar los hechos, casos o asuntos sobre los que se va a decidir. Con los congresos y sus cámaras pasa lo mismo, los diputados son los que disputan, aquellos que a través (*dis; diá)* del pensamiento (*puto, putare*) buscan establecer leyes. Incluso en nuestro Congreso Nacional había una vieja norma que no permitía a los legisladores leer su exposición,

sino que tenía que ser oral. Porque la oralidad, como muestra el mito de Theuth implica la internalización y por ende un cierto compromiso personal con lo que se dice. Porque se lo ha podido pensar e incluso memorizar, lo cual está mostrando el esfuerzo previo del hablante. La cultura oral está intrínsecamente vinculada a la memoria, recuérdese la difusión del Martín Fierro entre el paisanaje a fines del siglo XIX.

El filósofo danés Soren Kierkegaard decía que cuando se sabe algo, se lo sabe explicar de muchas maneras y esto tiene que ver directamente con la oralidad, que exige siempre al menos otro, al que no le puedo decir cualquier cosa. Los otros, limitan mi arbitrariedad. Ello lo llamó Edmundo Husserl la «verificación intersubjetiva» como criterio de verdad, momento en el cual los otros junto con uno mismo, afirman o niegan que «esto sea esto y no otra cosa».

De modo tal que el mito de Naúcratis no sólo defiende la palabra hablada, sino que nos previene a no decir cualquier ocurrencia, nos evita caer en el error de confundir conocimiento con sabiduría, en ser sabios en nuestra propia opinión en lugar de ser sabios de verdad.

El mito de la caverna (VI)

Ubicación:

Desde el comienzo nomás del libro VII de la *República* realiza Platón la exposición del más conocido de sus mitos «el de la caverna».[4] Este mito es utilizado por el filósofo griego para explicar la alegoría «de la línea» expuesta al final del libro VI. Allí relata la situación en que se encuentra el hombre ante el tema del conocimiento. Las coordenadas para ubicar el mito de la Caverna en la numeración de Stephanus son: 514 a1; a 517d4.-

Hemos hablado de alegoría y mito y bien vale hacer su distinción. Alegoría viene de *allegoreúo* que significa decir las cosas con otras palabras y son creadas específicamente por Platón. Por el contrario mito, que tiene su raíz en *múo* y significa cerrar, posee una tradición popular que se nota en su relato impersonal *légetai*: se dice, se cuenta, se narra. El mito es palabra de parábola y por ende no exige ningún encadenamiento conceptual preciso ni argumental.

---

4. Hablando con propiedad se trata más bien de una alegoría pues es una creación *ad hoc* de Platón para decir cosas de otro modo o en forma analógica.

Texto:

«-Y a continuación –proseguí(está hablando Sócrates)-, compara con la siguiente escena el estado en que, con respecto a la educación o a la falta de ella, se halla nuestra naturaleza.

Imagina una especie de cavernosa vivienda subterránea provista de una larga entrada, abierta a la luz, que se extiende a lo ancho de toda la caverna, y unos hombres que están en ella desde niños, atados por las piernas y el cuello, de modo que tengan que estarse quietos y mirar únicamente hacia adelante, pues las ligaduras les impiden volver la cabeza; detrás de ellos, la luz de un fuego que arde algo lejos y en plano superior, y entre el fuego y los encadenados, un camino situado en alto, a lo largo del cual suponte que ha sido construida una tapia parecida a las mamparas que se alzan entre los titiriteros y el público, por encima de las cuales exhiben aquellos sus maravillas.

-Ya lo veo-dijo.

-Pues bien, figúrate ahora, a lo largo de esa tapia, unos hombres que transportan toda clase de objetos, cuya altura sobrepasa la de la pared, objetos que representan hombres o animales hechos de piedra y de madera y de toda clase de materias; entre estos portadores habrá, como es natural, unos que vayan hablando y otros que estén callados.

-¡Qué extraña escena describes-dijo-y qué extraños prisioneros!

-Iguales que nosotros-dije-, porque en primer lugar, ¿crees que los que están así han visto otra cosa de sí mismos o de sus compañeros sino las sombras proyectadas por el fuego sobre la parte de la caverna que está frente a ellos?

-¿Cómo—dijo-, si durante toda su vida han sido obligados a mantener inmóviles las cabezas?

-¿Y de los objetos transportados? ¿No habrán visto lo mismo?

-¿Qué otra cosa van a ver?

-Y si pudieran hablar los unos con los otros, ¿no piensas que creerían estar refiriéndose a aquellas sombras que veían pasar ante ellos?

-Forzosamente.

-¿Y si la prisión tuviese un eco que viniera de la parte de enfrente? ¿Piensas que, cada vez que hablara alguno de los que pasaban, creerían ellos que lo que hablaba era otra cosa sino la sombra que veían pasar?

-No, ¡por Zeus!- dijo.

-Entonces no hay duda-dije yo-de que los tales no tendrán por real ninguna otra cosa más que las sombras de los objetos fabricados.

-Es enteramente forzoso-dijo.

-Examina, pues—dije-, qué pasaría si fueran liberados de sus cadenas y curados de su ignorancia, y si, conforme a naturaleza , les ocurriera lo siguiente. Cuando uno de ellos fuera desatado y obligado a levantarse súbitamente y a volver el cuello y a andar y a mirar a la luz, y cuando, al hacer todo esto, sintiera dolor y, por causa del deslumbramiento, no fuera capaz de ver aquellos objetos cuyas sombras veía antes, ¿qué crees que contestaría si le dijera alguien que antes no veía más que sombras vanas y que es ahora cuando, hallándose más cerca de la realidad y vuelto de cara a objetos más reales, goza de una visión más verdadera, y si fuera mostrándole los objetos que pasan y obligándole a contestar a sus preguntas acerca de qué es cada uno de ellos? ¿No crees que estaría perplejo y que lo que antes había contemplado le parecería más verdadero que lo que entonces se le mostraba?

-Mucho más-dijo.

-Y si se le obligara a fijar su vista en la luz misma, ¿no crees que le dolerían los ojos y que se escaparía, volviéndose hacia aquellos objetos que puede contemplar, y que consideraría qué éstos, son realmente más claros que los que le muestra?

-Así es -dijo.

-Y si se lo llevaran de allí a la fuerza—dije-, obligándole a recorrer la áspera y escarpada subida, y no le dejaran antes de haberle arrastrado hasta la luz del sol, ¿no crees que sufriría y llevaría a mal el ser arrastrado, y que, una vez llegado a la luz, tendría los ojos tan llenos de ella que no sería capaz de ver ni una sola de las cosas a las que ahora llamamos verdaderas?

-No, no sería capaz-dijo-, al menos por el momento.

-Necesitaría acostumbrarse, creo yo, para poder llegar a ver las cosas de arriba. Lo que vería más fácilmente serían, ante todo, las sombras; luego, las imágenes de hombres y de otros objetos reflejados en las aguas, y más tarde, los objetos mismos. Y después de esto le sería más fácil el contemplar de noche las cosas del cielo y el cielo mismo, fijando su vista en la luz de las estrellas y la luna, que el ver de día el sol y lo que le es propio.

-¿Cómo no?

-Y por último, creo yo, sería el sol, pero no sus imágenes reflejadas en las aguas ni en otro lugar ajeno a él, sino el propio sol en su propio dominio y tal cual es en sí mismo, lo que. él estaría en condiciones de mirar y contemplar.

-Necesariamente—dijo.

-Y después de esto, colegiría ya con respecto al sol que es él quien produce las estaciones y los años y gobierna todo lo de la región visible, y que es, en cierto modo, el autor de todas aquellas cosas que ellos veían.

-Es evidente—dijo-que después de aquello vendría a pensar en eso otro.

-¿Y qué? Cuando se acordara de su anterior habitación y de la ciencia de allí y de sus antiguos compañeros de cárcel, ¿no crees que se consideraría feliz por haber cambiado y que les compadecería a ellos?

-Efectivamente.

-Y si hubiese habido entre ellos algunos honores o alabanzas o recompensas que concedieran los unos a aquellos otros que, por discernir con mayor penetración las sombras que pasaban y acordarse mejor de cuáles de entre ellas eran las que solían pasar delante o detrás o junto con otras, fuesen más capaces que nadie de profetizar, basados en ello, lo que iba a suceder, ¿crees que sentiría aquél nostalgia de estas cosas o que envidiaría a quienes gozaran de honores y poderes entre aquellos, o bien que le ocurriría lo de Homero, es decir, que preferiría decididamente «trabajar la tierra al servicio de otro hombre sin patrimonio» o sufrir cualquier otro destino antes que vivir en aquel mundo de lo opinable?

-Eso es lo que creo yo-dijo -: que preferiría cualquier otro destino antes que aquella vida.

-Ahora fíjate en esto-dije-: si, vuelto el tal allá abajo, ocupase de nuevo el mismo asiento, ¿no crees que se le llenarían los ojos de tinieblas, como a quien deja súbitamente la luz del sol?

-Ciertamente-dijo.

-Y si tuviese que competir de nuevo con los que habían permanecido constantemente encadenados, opinando acerca de las sombras aquellas que, por no habérsele asentado todavía los ojos, ve con dificultad -y no sería muy corto el tiempo que necesitara para acostumbrarse-, ¿no daría que reír y no se diría de él que, por haber subido arriba, ha vuelto con los ojos estropeados, y que no vale la pena ni aun de intentar una semejante ascensión? ¿Y no matarían; si encontraban manera de echarle mano y matarle, a quien intentara desatarles y hacerles subir?.

-Claro que sí-dijo.

-Pues bien- dije-, esta imagen hay que aplicarla toda ella, ¡oh amigo Glaucón!, a lo que se ha dicho antes; hay que comparar el antro subterráneo con este mundo visible y el resplandor del fuego que lo ilumina, con el poder del. sol. En cuanto a la subida al mundo de arriba y a la contemplación de las cosas de éste, si las comparas con la ascensión del alma hasta la región inteligible no errarás con respecto a mi vislumbre, que es lo que tú deseas conocer, y que sólo la divinidad sabe si por acaso está en lo cierto. En fin, he aquí lo que a mí me parece: en el mundo inteligible lo último que se percibe, y con trabajo, es la idea del bien, pero, una vez percibida, hay que colegir que ella es la causa de todo lo recto y lo bello que hay en todas las cosas; que, mientras en el mundo visible ha engendrado la luz y al astro que la genera; que en el mundo inteligible es ella la soberana y productora de verdad y conocimiento, y que tiene que tener los ojos fijos en ella quien quiera proceder sabiamente en su vida privada o pública.

-También yo estoy de acuerdo -dijo-, en el grado en que puedo estarlo».

Comentario

La caverna, en la descripción que hace Sócrates, es lo más parecido a un cine actual. Una larga entrada que proyecta la luz que refleja las formas de las sombras de los objetos transportados del otro lado de la tapia, proyectadas en el fondo de la caverna, a la que miran encadenados los espectadores prisioneros.

Y ése, es «el estado en que, con respecto a la educación o a la falta de ella, se halla nuestra naturaleza», según vimos se afirma al comienzo del mito.

Podemos definir al hombre como «el animal fanfarrón», es por eso, como observó Descartes al comienzo nomás de su *Discurso del Método*, que: *«El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo, pues cada cual piensa que posee tan buena provisión de él, que aún los más descontentos respecto a cualquier otra cosa, no suelen apetecer más del que ya tienen».*

Los hombres somos por naturaleza prisioneros que nos creemos poseedores de un conocimiento que termina siendo de sombras, y romper este corcet que nos tiene fijos a un espectáculo que creemos y consideramos verdadero es siempre doloroso.

Primero provoca dolor el hecho de desatarnos, segundo el tener que subir el escarpado sendero que nos lleva a la boca de la caverna, tercero la turbación que provoca la luz a la vista, que se turba de dos maneras: cuando pasa de la oscuridad a la luz o viceversa. Y en cuarto lugar, al pasar del otro lado de la tapia, aparece el dolor de comprobar que hemos sido engañados y que lo que creíamos real eran no sólo sombras, sino «sombras de sombras: «hombres que transportan a objetos que representan figuras de hombres y animales» dice el mito.

El paso de las tinieblas a la luz así como el paso de la ignorancia al saber es arduo, trabajoso, pero deslumbra. La función de «la educación (que los griegos llamaban paideia que podemos traducir mejor por formación) no es infundirle una visión al hombre pues ya la tiene, pero está desviada y no mira hacia donde debiera. Esto es lo que importa corregir»(518 d 2). Y para corregir esto se necesita una técnica pedagógica fundada en la Idea de Bien(el Sol en el mito) que es no sólo un concepto metafísico sino también ético.

Vemos, como ha hecho notar el más significativo estudioso argentino de Platón y maestro nuestro, Conrado Eggers Land, que «*sobre la base del camino que el alma debe recorrer de un ámbito a otro se hace necesaria una técnica pedagógica con sentido ético político en base al ejemplo del ascenso de los prisioneros de la caverna hacia la luz (y el descenso posterior aunque este sea ya político)*»[5].

Así el prisionero que se libera y ve la luz verdadera, no sólo la de la fogata sino la del Sol, en su descenso a la caverna en busca de sus antiguos compañeros se encontrará rechazado a dos puntas. Primero, porque deslumbrado por la luz no podrá competir en el certamen de sombras y segundo, porque al intentar desatarlos les provocará dolor.

El sentido genuino de la actividad política se funda en esta paradoja, pues a pesar de una actividad ingrata(no reconocida) debe ser siempre de liberación, cualquier otra forma de hacer o pensar la política, es política de entrega, de enajenación.

---

5. Eggers Land, Conrado: *El sol, la línea y la caverna*, Bs.As., Eudeba, 1975, p.57.-

El Mito de Er, el armenio (VII)

Ubicación:

La *República,* donde se encuentra el texto de este mito, constituye el principal diálogo que nos legara Platón, no sólo por su contenido que pinta de cuerpo entero todo el sistema platónico, sino por la completitud y acabamiento del texto que llegara hasta nosotros atravesando incólume veinticinco siglos de historia. El mito de Er de Panfilia se encuentra justo en el final del último de los diez libros que componen el mencionado diálogo. Los coordenadas para la ubicación del mito en la numeración de Stephanus son *614 b1-621 d.*

Texto:

-No voy a contarte, expliqué, un relato de Alcínoo[6]*, sino el de Er, hijo de Armenio, panfilio de origen. Había muerto en una batalla. Diez días después,*

6. Cuando se habla de «relato de Alcínoo» los griegos se referían a un cuento o exposición larga y llena de fábulas. Si bien el nombre de Er es de origen hebreo, Clemente de Alejandría, uno de los padres de la Iglesia, identifica a Er con Zoroastro que nos viene a relatar lo sucedido al alma en el más allá, después de la muerte.

cuando recogieron los cadáveres ya corrompidos, lo encontraron intacto y lo llevaron a su casa para tributarle honras fúnebres, y al día duodécimo, yacente ya en la pira, resucitó y refirió lo que había visto. Dijo que tan pronto como su alma había salido de su cuerpo, viajó con otras muchas hasta llegar a un lugar maravilloso donde se veían dos aberturas en la tierra, próximas una a la otra , y dos en el cielo enfrente de aquellas.

Entre esas dobles aberturas estaban sentados los jueces, y así que pronunciaban sus sentencias ordenaban a los justos que emprendieran su camino hacia la derecha por una de las aberturas del cielo, luego de haberles colgado por delante un cartel con el juicio dictado a su favor, y a los injustos se les ordenaba tomar el camino de la izquierda, hacia abajo, llevando también éstos en la espalda un cartel donde estaban señaladas sus acciones. Como le llegara a él su turno, le dijeron que debía ser portador, cerca de los hombres, de las noticias de aquel mundo, y le recomendaron que escuchara y observara todas las cosas de que iba a ser testigo. Y vio entonces que las almas, luego de ser juzgadas tomaban por una y otra de las aberturas del cielo y de la tierra, en tanto que por la otra abertura de la tierra subían más almas cubiertas de inmundicias y de polvo, y por la abertura correspondiente del cielo bajaban otras almas puras y sin mancha. Todas parecían llegar de un largo viaje, y acampaban alegres y gozosas en la pradera como en una asamblea del pueblo en fiesta; las que se conocían se saludaban cariñosamente, y las que llegaban de la tierra se informaban por las otras de las cosas del cielo, y las que descendían del cielo, de las cosas de la tierra. Unas referían sus aventuras entre gemidos y llantos recordando cuántos y cuán grandes males habían sufrido y visto sufrir en su viaje subterráneo, viaje que dura mil años, y las otras, que llegaban del cielo, referían la inconcebible belleza de sus placeres y de sus éxtasis. Mucho tiempo llevaría, Glaucón, contar detalladamente su relato, pero he aquí, según Er, lo principal: las almas eran castigadas diez veces por cada una de las injusticias que hubiesen cometido en vida, y cada castigo duraba cien años, duración de la vida humana, de suerte que cada castigo fuese el décuplo de la culpa. Por ejemplo, los que habían causado la muerte de muchos hombres, ya por haber traicionado a las ciudades o a los ejércitos, ya por haber sometido a los hombres a la esclavitud, ya por ser culpables de cualquier otro crimen semejante, eran atormentados diez veces por cada uno de sus crímenes; y por el contrario, aquellos que habían realizado obras buenas y habían sido justos y piadosos recibían su recompensa en la misma proporción. Acerca de los niños

que nacieron muertos o vivieron poco tiempo, contaba Er muchos detalles que no vale la pena referir. Además, según su historia, eran mayores los premios o los castigos por la piedad o la impiedad hacia los dioses o hacia los padres y por el homicidio a mano armada.

Se hallaba presente, agregaba, cuando un hombre preguntó a otro dónde estaba Ardieo el Grande. Ahora bien, este Ardieo había sido tirano de una ciudad de Panfilia mil años atrás; había matado a su padre y a su hermano mayor y cometido, según era fama, muchos otros sacrilegios. Cuenta Er que el interpelado respondió: «No ha venido a este lugar y es de creer que nunca venga.

Porque entre tantos espectáculos terribles, hemos presenciado el siguiente: Cuando estábamos a punto de salir de la abertura, después de haber cumplido el castigo señalado a nuestras culpas, vimos a Ardieo entre muchos otros, tiranos en su mayoría, aunque no faltaban algunos particulares que habían cometido grandes delitos. En el momento en que pensaban salir, la abertura los rechazó, lanzando un rugido todas las veces que intentaba alcanzarla alguno de aquellos cuya condición era de perversidad incurable o que no había expiado suficientemente su culpa. Unos hombres salvajes y ardientes, apostados junto a la abertura, al, oír el rugido les interceptaban el paso, obligándolos a retroceder, y a Ardieo y a los demás les ataron los pies, las manos y el cuello, y después de arrojarlos en tierra y desollarlos, los arrastraron fuera del camino, desgarrándolos contra las zarzas espinosas, y a los que pasaban constantemente les hacían saber el motivo por el cual trataban de aquel modo a esos criminales, agregando que los llevarían al Tártaro para precipitarlos desde allí.» Decía Er que entre los terrores de toda índole que les habían asaltado durante el viaje, ninguno podía compararse a la expectativa de que la abertura dejase oír su rugido en el momento de alcanzarla y que había sido para ellos un placer inigualable el no haberlo oído al tiempo de su salida. Tales eran, pues, las penas y los castigos y, por otro lado, las recompensas correspondientes.

Después de haber pasado siete días en la pradera. Al octavo debían ponerse en marcha hasta llegar, al cabo de cuatro días, a un lugar en donde se veía una luz que atravesaba desde lo alto la superficie toda de la tierra y el cielo, luz recta como una columna y muy semejante al arco iris[7]*, pero más resplandeciente y más*

7. Los comentaristas antiguos como Proclo y Cicerón ven en esta columna de luz la vía láctea, eje de la esfera celeste coincidente con nuestro planeta Tierra.

pura. Llegaron a ella después de otro viaje de un día y vieron allí, en la mitad de la luz, tendidas desde el cielo, las extremidades de sus cadenas, pues dicha luz encadena el cielo y mantiene toda su revolución esférica, a semejanza de las armaduras de los trirremes. Allí donde se juntan las extremidades está suspendido el huso de la Necesidad, en virtud del cual giran todas las esferas. Su vara y su gancho son de acero, y la tortera, de una mezcla de acero y otras materias. Ahora bien, la naturaleza de la tortera es la siguiente: por su forma se asemeja a las de la tierra, pero debemos imaginarla hueca y encerrando otra, menos grande, en su inmensa cavidad, como dos vasijas que se ajustan la una adentro de la otra; dentro de la segunda hay una tercera, en esta última una cuarta, y así sucesivamente hasta contar cuatro más. Son, pues, en total ocho por todas, dejando ver por la parte superior sus bordes circulares y presentado una superficie continua, como si fuera una sola tortera, alrededor de la vara, que atraviesa de parte a parte el centro de la octava. Los bordes circulares de la primera tortera, o sea de la exterior, son los más anchos; les siguen en tamaño los de la sexta, la cuarta, la octava, la séptima, la quinta, la tercera y la segunda. El círculo dela tortera mayor está bordado de estrellas; el de la séptima es el más brillante; el de la octava recibe su color del resplandor de la séptima; los de la quinta y la segunda son iguales y más amarillentos que los otros; el de la tercera es el más blanco; el de la cuarta tiene un color rojizo, y el de la sexta ocupa el segundo lugar en blancura. El huso entero gira sobre sí mismo con un movimiento uniforme, y en su interior las siete torteras concéntricas giran lentamente en dirección contraria. El movimiento de la octava es el más rápido. Los movimientos de la séptima, sexta y quinta son menores e iguales entre sí; después le sigue la cuarta; la tercera va en cuarto lugar, y la segunda en el quinto. El huso en sí gira en el regazo de la Necesidad. Sobre cada uno de estos círculos hay una sirena que gira con él y emite siempre su voz en el mismo tono, pero del conjunto de aquellas ocho voces resulta un solo acorde perfecto. Alrededor del huso y a distancias iguales se hallan sentadas tres mujeres, cada una en su trono. Son las Parcas, hijas de la Necesidad (Moira), vestidas de blanco y con ínfulas en la cabeza. Láquesis, Cloto y Atropo ajustan sus voces al acorde de las sirenas; Láquesis canta las cosas pasadas, Cloto las presentes, tocando a intervalos el huso con la mano derecha, le hace describir la revolución exterior; de igual modo Atropo, con la mano izquierda, impulsa los círculos interiores, y Láquesis, ya con la mano derecha, ya con la izquierda, va tocando sucesivamente el primero y los otros círculos.

Tan pronto como llegaban las almas, debían presentarse ante Láquesis. Una especie de adivino las hacía formar en fila y después, tomando del regazo de Láquesis unas suertes y modelos de vida, subía a un alto estrado y decía:

«He aquí la palabra divina de la virgen Láquesis, hija de la Necesidad: almas pasajeras, vais a comenzar una nueva carrera de índole perecedera y entrar de nuevo en un cuerpo mortal. No será un daimon[8] *quien os elija, sino vosotras quien elegiréis vuestro daimon. La que salga por suerte la primera escogerá en primer término la vida a que habrá que quedar ligada por la Necesidad. Pero la virtud no está sujeta a dueño y cada cual podrá poseerla en mayor o menor grado según la honre o la desdeñe. Cada cual es responsable de su elección. ¡La divinidad no es responsable!»*

Después de hablar así, echó las suertes sobre todos y cada uno recogió la que había caído junto a él, salvo Er, a quien no le estaba permitido, y al levantarla cada uno se enteró del rango dentro del cual le tocaba elegir. Acto seguido, colocó en el suelo, delante de ellos, los modelos de vidas en número muy superior al de los presentes. La variedad era infinita, pues todas las existencias animales estaban representadas y, sin excepción, todas las humanas. Hallábanse allí tiranías, algunas que duraban hasta la muerte del tirano mismo, otras alteradas por la mitad y que terminaban en la pobreza, el destierro o la indigencia. Había también vidas de hombres famosos, ya por la prestancia y la belleza ya por la fuerza y la superioridad en los combates, ya por el nacimiento y las virtudes de los antepasados.

Las había también de hombres oscuros bajo todos los aspectos, y lo propio ocurría con las mujeres. Pero no había categorías de almas, porque estas debían cambiar necesariamente según la elección que hicieran. Por lo demás, todos los accidentes de la condición humana se mezclaban entre sí, y con ellos la riqueza y la pobreza, la enfermedad y la salud, y había también términos medios entre esos extremos. Según parece, querido Glaucón, aquel es el momento crítico para el hombre, y por ello cada uno de nosotros debe preocuparse por encima de todo,

---

8. El daimon para el griego era la divinidad menor que acompaña al hombre toda su vida. Se ha traducido el término por «demonio» lo que provoca una gran confusión. El daimon es lo más parecido al «ángel de la guarda» del cristianismo. Al respecto existe una vieja oración que dice: *Angel de Dios, que eres mi custodio, ya que la soberana bondad te ha encomendado a mi, ilumíname, guárdame, rígeme y gobiérname* (en este día o en esta noche, según sea el momento de la oración).

aun descuidando otra clase de conocimientos, de buscar y adquirir la ciencia que le permita encontrar a quien lo haga capaz de discernir entre la vida dichosa y la miserable, y escoger en todo momento y donde quiera la mejor, en la medida de lo posible. Calculando qué efecto tienen, en la relación con la virtud en una vida, las circunstancias que acabamos de mencionar, ya combinadas entre sí, ya separadamente, cada uno puede prever el mal o el bien que produce la belleza, por ejemplo, unida a la riqueza o a la pobreza y a tal o cual disposición del alma, y también las consecuencias que tendrán el nacimiento ilustre u oscuro, los cargos públicos, o la condición de simple particular, el vigor o la debilidad física, la facilidad o la dificultad para aprender y, en suma, todas las diferentes cualidades del mismo orden, naturales o adquiridas, mezcladas las unas con las otras, de suerte que reflexionando sobre todo ello, y sin perder de vista la naturaleza del alma, sea uno capaz de elegir entre una vida mejor y una vida peor, teniendo por peor aquella que conduce al alma a ser más injusta y por mejor la que la vuelve más justa, y dejando de lado todo lo demás, pues ya hemos visto que esta elección es la única beneficiosa, tanto en vida como después de la muerte. Cada uno de nosotros debe, pues, llegar al Hades con esta convicción firme como el acero para no dejarse deslumbrar tampoco por las riquezas y otros males análogos y exponerse, precipitándose sobre la condición del tirano u otras semejantes, a cometer un gran número de males sin remedio y, por añadidura, a sufrirlos aun mayores, sino elegir el justo medio entre los extremos, rehuyendo los excesos en un sentido o en otro, ya en la vida presente, en cuanto le sea posible, ya en todas las demás vidas por las que haya de pasar. De tal modo, en efecto, el hombre alcanzará su mayor felicidad.

Y el mensajero del más allá contaba que el adivino había proseguido de la siguiente manera: «Hasta el último que llegue, con tal que escoja con discernimiento y observe después una conducta firme y juiciosa, podrá llevar una vida digna de vivirse. Que el primero, pues, no se descuide en la elección, y que el último no se desaliente.» Contaba además que no bien el adivino hubo dicho estas palabras, se adelantó el primero a quien le cayó la suerte y eligió la mayor de las tiranías, movido por su insensata avidez, sin haber examinado suficientemente todas las consecuencias de su elección y sin advertir, por lo tanto, que lo destinaba a devorar a sus propios hijos y a cometer otras abominaciones. Y cuando se hubo percatado de estas circunstancias, luego de examinarlas detenidamente, se golpeaba el pecho

y se lamentaba, no recordando los consejos del adivino, pues en lugar de culparse por su desgracia, acusaba de ella a la fortuna, a los daimones y a todo, en fin, menos a sí mismo. Y era uno de aquellos que llegan del cielo tras haber vivido su existencia anterior en una ciudad bien organizada, pero que debía su virtud a la fuerza de la costumbre, y no a la filosofía. Entre los así engañados, no eran pocos los que llegaban del cielo, pues carecían de una experiencia suficiente del sufrimiento, en tanto que los procedentes de la tierra, por haber sufrido ellos mismos y haber sido testigos del sufrimiento ajeno, no hacían su elección tan a la ligera. Por esta razón, y por el azar del rango obtenido en suerte, la mayoría de las almas cambiaban sus males por bienes, y viceversa. No obstante, si todas las veces que un hombre viene a este mundo se consagra a un estudio sensato de la filosofía, y no le tocara en suerte elegir entre los últimos, no solo tendría muchas posibilidades, según lo que relatan del más allá, de ser feliz en la tierra, sino de hacer el viaje de este mundo al otro, y de volver del otro mundo a éste, no por el escabroso sendero subterráneo, sino por la plácida vía celestial.

Era, según contaba, un espectáculo curioso ver de qué manera las diferentes almas elegían su vida; espectáculo que movía a piedad, risiblemente absurdo. Las más se guiaban en su elección por los hábitos de su vida precedente. Fue así como vio, decía, el alma que en otro tiempo fue de Orfeo elegir la condición de cisne por odio a las mujeres que le habían dado muerte, no queriendo ser engendrado en un vientre femenino; vio el alma de Támiras escoger la vida de un ruiseñor; había visto también a un cisne cambiar su existencia por la de un hombre, y lo mismo hicieron otros animales cantores. El alma a quien le tocó el vigésimo puesto en la suerte eligió la vida de un león; era la de Ayante, hijo de Telamón, que rehusó la condición de hombre en recuerdo del juicio de las armas. Le siguió la de Agamenón; ésta, asimismo, por odio a la estirpe humana en razón de sus pasados infortunios, optó por la condición de águila. Llamada por la suerte en mitad de la ceremonia, el alma de Atalanta, teniendo en cuenta los grandes honores que van unidos a la existencia del atleta varón, fue incapaz de sustraerse a ellos y la eligió; y después vio el alma de Epeo, hijo de Panopeo, preferir la condición de mujer industriosa[9]*. Vio también, entre las últimas en presentarse, el alma del bufón Tersites revestir la forma de un mono. Por fin el*

---

9. Debe considerarse a Epeo el primer travesti de la historia. Es el padre de los travestis.

alma de Ulises, a quien le tocara la última suerte, acudió a elegir; habiendo renunciado a toda ambición, en recuerdo de sus antiguos sinsabores, anduvo buscando por largo rato la vida tranquila de un simple particular, hasta que dio con ella en un rincón, desdeñada por los demás, y entonces la escogió alegremente, diciendo que aunque su turno hubiese sido el primero, no habría hecho otra elección. De igual manera procedían los animales: muchos pasaban a la condición de hombres o a la de otros animales, eligiendo las almas de animales injustos, especies feroces, y especies mansas, los justos; había, en suma, toda clase de mezclas.

Una vez que eligieron sus vidas, las almas se acercaron a Láquesis en el orden que les había tocado en suerte, y ésta les dio a cada uno el daimon que hubiera escogido, a fin de que le sirviera de guardián en la existencia y la ayudara a cumplir íntegramente su destino. El daimon la conducía primero cerca de Cloto, haciéndola pasar bajo su mano y bajo el huso que hace girar, para confirmar de tal modo la existencia que cada alma eligió dentro del rango que le tocara en suerte. Después de haber tocado el huso, la llevaba hasta el telar de Atropo, para hacer irrevocable lo hilado por Cloto; en seguida y no pudiendo ya retroceder, el alma y su daimon llegaban al trono de la Necesidad, bajo el cual pasaban. Una vez que todas hubieron pasado, se encaminaron juntas a la llanura del Olvido en medio de un calor sofocante y terrible, porque no hay en esa llanura ni un árbol, ni una planta. Al llegar la noche acamparon junto al río Ameleto(Desatención), cuyas aguas no pueden ser retenidas por vasija alguna. Es preciso que todas las almas beban de esta agua cierta cantidad, pero aquellas que por imprudencia beben más allá de la medida, pierden absolutamente la memoria. Después las almas se durmieron, pero hacia la medianoche retumbó el trueno, tembló la tierra, y de pronto fueron lanzadas como estrellas errantes, cada una por su lado hacia el mundo superior en donde debían renacer. A Er, según contaba, le impidieron beber el agua del río. Ignoraba por dónde y en qué forma se había reunido con su cuerpo, pero de pronto, al abrir los ojos, se había visto en la madrugada tendido sobre la pira.

Y es así, Glaucón, como no se perdió este mito y se salvó del olvido, y si le damos crédito puede salvarnos a nosotros mismos, porque pasaremos felizmente el río Leteo(del Olvido) y no mancillaremos nuestra alma. Por lo tanto, si me prestas fe, reconociendo que el alma es inmortal y capaz de todos los males como de todos los bienes, marcharemos siempre por el camino que conduce a lo alto,

practicando en toda forma la justicia con ayuda de la inteligencia, para ser amados por nosotros mismos y por los dioses, no solo mientras permanezcamos en la tierra, sino cuando hayamos recibido los premios que merece la justicia, a semejanza de los vencedores en los juegos, que son llevados en triunfo por sus amigos, y seremos dichosos aquí y en ese viaje de mil años cuya historia acabamos de relatar.

Comentario

Lo primero que nos muestra este mito de Er es la creencia en la reencarnación de las almas, que técnicamente se denomina metempsicosis pero que hablando más exactamente se trata de una metensomatosis pues lo que se relata es un cambio de cuerpo y no de alma. Y este cambio de cuerpo corresponde y es una decisión libre del hombre donde no interviene la divinidad. «*Cada cual es responsable de su elección. ¡La divinidad no es responsable!*»

La segunda idea que salta a la vista es la de *milenarismo*, que acá significa la expiación durante mil años por las faltas cometidas, antes de volver a encarnarse en otro cuerpo. A diferencia del mundo cristiano donde el término indica una de las etapas del fin de los tiempos después de la Parusía (segunda venida de Cristo) durante el cual los justos y en especial los mártires de Cristo reinarán con él.

La tercera idea es el establecer el momento crítico para el hombre y donde éste debe preocuparse al máximo y por encima de todo, que es el momento en que se debe distinguir y discernir entre la vida dichosa y la miserable, entre lo valioso y lo perverso. Es el momento de la decisión vital y así poder elegir en todo momento y en donde quiera lo mejor en tanto sea posible, y como los hombres no son capaces, en general, de hacer por sí mismos una buena elección deben dirigirse a los filósofos, los cuales tanto en moral como en política están capacitados para dirigir a los hombres. Salta una vez más el ideal del filósofo rey, del filósofo conductor, y de la bondad que ello supone para el pueblo y el Estado.

La cuarta idea, y vinculada con la anterior, es la crítica a la vida burguesa por la cual aquellos hombres que *«carecían de una experiencia suficiente del sufrimiento»* se equivocaban en el momento de «la elección vital». Pues «*eran aquellos que tras haber vivido su existencia anterior en una ciudad bien organizada, pero que debía su virtud a la fuerza de la costumbre* (la clásica ciudad burguesa),*y no a la filosofía*».

Con lo cual Platón quiere significar que el orden de la filosofía no es el estrecho y limitado orden de la repetición de lo mismo, como lo piensan en general, tanto los gobiernos de fuerza como los burgueses, sino el orden en vista a la jerarquía de los fines, donde la subordinación de unos a otros está pensada en beneficio del menos dotado, del más pobre, del más humilde, del más indefenso. A todo esto debe sumarse el rechazo a la tiranía con los castigos terribles pintados en el mito, así como la función social y política del olvido, *«quien no permite mancillar nuestra alma»* con el rencor y el resentimiento, facilitando la restauración de la convivencia entre los hombres.

Hoy nuestros gobiernos «progresistas» de América del Sur, por el contrario, exaltan la memoria de la dictaduras pasadas transformándolas en «un pasado que no pasa», lo que les sirve como cortina de humo para ocultar sus gravísimos errores de conducción de gobierno. Así, manejan la *res publica,* la cosa pública, en nombre de los pobres pero fabricando más pobres. Nos otorgan derechos humanos en número infinito, pero derechos incumplibles. Lo único que se nos prohíbe es ser infelices, como irónicamente lo sancionó la última constitución del Brasil.

Políticamente la memoria colectiva es una creación ideológica de Durkheim y Halbwachs quienes inventaron para la Francia una memoria colectiva autoidentificada con la república. Lo que existe realmente es la memoria de la experiencia individual e intransferible y a la que no se puede renunciar pues ella constituye mi identidad personal – el hombre se reconoce a sí mismo como una unidad identitaria a través del tiempo de su vida, solo por su memoria-. El origen moderno de la identidad colectiva viene de las siete «pes» alemanas: profesores, priester(sacerdotes), políticos, poetas, prensa,

propaganda…La memoria común de un pueblo siempre está dividida entre unos y los otros, que al pretender inventar una memoria común de una sola pieza lo que se hace es suprimir una de las memorias. De allí a la supresión, a la negación, a la eliminación del otro hay solo un pequeño paso.

El criterio es entonces discutir sobre las diferencias sin simulacros, partir del disenso como la «otra visión» para llegar el reconocimiento del otro. *«En el reconocimiento del otro como enemigo y no como encarnación del mal que se debe erradicar ya se alberga una esperanza de paz»* [10]. En definitiva, si se niega la memoria del otro pretendiendo construir una memoria colectiva única y monolítica se corre el riesgo de intentar suprimirlo.

---

[10] Koselleck, R.: *Historia y hermenéutica,* Barcelona, Paidós, 1997, p. 77

El mito del carro alado (VIII)

Ubicación:

El *Fedro* compone junto con el *Banquete, Fedón* y *República* los diálogos de madurez de Platón. La riqueza temática del *Fedro* al tener no uno sino tres objetos primordiales de desarrollo: el amor, el alma y la retórica, lo vincula a los otros tres diálogos mencionados. Así, el amor lo vincula al *Banquete*, el alma a la *República* y al *Fedón*. Las coordenadas para la ubicación del mito del Carro Alado en la numeración de Stephanus son 246 a 2 a 249 d 2.

Texto:

«Cómo es el alma , requeriría toda una larga y divina explicación; pero decir a qué se parece, es ya asunto humano y, por supuesto, más breve.

Podríamos entonces decir que se parece a una fuerza que, como si hubieran nacido juntos, lleva unidos a una yunta alada y a su auriga. Pues bien, los caballos

y los cocheros de los dioses son todos ellos buenos, y buena su casta, la de los otros es mezclada.

Por lo que a nosotros se refiere, hay, en primer lugar, un conductor que guía una yunta de caballos y, después, estos caballos de los cuales uno es bueno y hermoso, y está hecho de esos mismos elementos, y el otro de todo lo contrario, como también su origen. Necesariamente, pues, nos resultará difícil y duro su manejo.

Y, ahora, precisamente, hay que intentar decir de dónde le viene al viviente la denominación de mortal e inmortal. Todo lo que es alma tiene a su cargo lo inanimado, y recorre el cielo entero, tomando unas veces una forma y otras otra. Si es perfecta y alada, surca las alturas, y gobierna todo el Cosmos. Pero la que ha perdido sus alas va a la deriva, hasta que se agarra a algo sólido, donde se asienta y se hace con cuerpo terrestre que parece moverse a sí mismo en virtud de la fuerza de aquella. Este compuesto, cristalización de alma y cuerpo, se llama ser vivo, y recibe el sobrenombre de mortal. El nombre de inmortal no puede razonarse con palabra alguna; pero no habiéndolo visto ni intuido satisfactoriamente, nos figuramos a la divinidad, como un viviente inmortal, que tiene alma, que tiene cuerpo, unidos ambos, de forma natural, por toda la eternidad. Pero, en fin, que sea como plazca a la divinidad, y que sean estas nuestras palabras.

Consideremos la causa de la pérdida de las alas, y por la que se le desprenden al alma. Es algo así como lo que sigue.

El poder natural del ala es levantar lo pesado, llevándolo hacia arriba, hacia donde mora el linaje de los dioses. En cierta manera, de todo lo que tiene que ver con el cuerpo, es lo que más unido se encuentra a lo divino. Y lo divino es bello, sabio, bueno y otras cosas por el estilo. De esto se alimenta y con esto crece, sobre todo, el plumaje del alma; pero con lo torpe y lo malo y todo lo que le es contrario, se consume y se acaba. Por cierto que Zeus, el poderosos señor de los cielos, conduciendo su alado carro, marcha en cabeza, ordenándolo todo y de todo ocupándose. Le sigue un tropel de dioses y dáimones ordenados en once filas. Pues Hestia(la Tierra) se queda en la morada de los dioses, sola, mientras todos los otros, que han sido colocados en número de doce, como dioses jefes, van al frente de las órdenes a cada uno asignados. Son muchas, por cierto, las beatíficas visiones que ofrece la intimidad de las sendas celestes, caminadas por el linaje de los felices

dioses, haciendo cada uno lo que tiene que hacer, y seguidos por los que, en cualquier caso, quieran y puedan. Está lejos la envidia de los coros divinos. Y, sin embargo, cuando van a festejarse a sus banquetes, marchan hacia las empinadas cumbres, por lo más alto del arco que sostiene el cielo, donde precisamente los carros de los dioses, con el suave balanceo de sus firmes riendas, avanzan fácilmente, pero a los otros les cuesta trabajo. Porque el caballo entreverado de maldad gravita y tira hacia la tierra, forzando al auriga que no lo haya domesticado con esmero. Allí se encuentra el alma con su dura y fatigosa prueba. Pues las que se llaman inmortales, cuando han alcanzado la cima, saliéndose fuera, se alzan sobre la espalda del cielo, y al alzarse se las lleva el movimiento circular en su órbita, y contemplan lo que está del otro lado del cielo.

A este lugar supraceleste, no lo ha cantado poeta alguno de los de aquí abajo, ni lo cantará jamás como merece[11]*. Pero es algo como esto – ya que se ha de tener el coraje de decir la verdad, y sobre todo cuando es de ella de la que se habla-: porque, incolora, informe, intangible esa esencia cuyo ser es realmente ser, vista sólo por el entendimiento, piloto del alma, y alrededor de la que crece el verdadero saber, ocupa, precisamente, tal lugar. Como la mente de lo divino se alimenta de un entender y saber incontaminado, lo mismo que toda alma que tenga empeño en recibir lo que le conviene, viendo, al cabo del tiempo, el ser, se llena de contento, y en la contemplación de la verdad, encuentra su alimento y bienestar, hasta que el movimiento, en su ronda, la vuelva a su sitio. En este giro, tiene ante su vista a la misma justicia, tiene ante su vista a la sensatez, tiene ante su vista a la ciencia, y no aquella a la que le es propio la génesis, ni la que, de algún modo, es otra al ser en otro – como ese otro que nosotros llamamos entes -, sino esa ciencia que es de lo que verdaderamente es ser. Y habiendo visto, de la misma manera, todos los otros seres que de verdad son, y nutrida de ellos, se hunde de nuevo en el interior del cielo, y vuelve a su casa. Una vez que ha llegado, el cochero detiene los caballos ante el pesebre, les echa pienso, ambrosía, y los abreva con néctar.*

Tal es, pues, la vida de los dioses. De las otras almas, la que mejor ha seguido al dios y más se le parece, levanta la cabeza del auriga hacia el lugar exterior, siguiendo, en su giro, el movimiento celeste, pero, soliviantada por los

---

11. Recuerda esto la afirmación de San Pablo cuando hablando del cielo dice: *Ni ojo vio, ni oído oyó lo que tiene preparado Dios para los que le aman».*

caballos apenas si alcanza a ver los seres. Hay alguna que, a ratos, se alza, a ratos se hunde y, forzada por los caballos, ve unas cosas sí y otras no. Las hay que, deseosas todas de las alturas, siguen adelante, pero no lo consiguen y acaban sumergiéndose en ese movimiento que las arrastra, pateándose y amontonándose, al intentar ser unas más que otras. Confusión, pues, y porfías y supremas fatigas donde, por torpeza de los aurigas, se quedan muchas renqueantes, y a otras muchas se le parten muchas alas. Todas, en fin, después de tantas penas, tienen que irse sin haber podido alcanzar la visión del ser; y, una vez que se han ido, les queda sólo, la opinión por alimento. El por qué de este empeño por divisar dónde está la llanura de la Verdad, se debe a que el pasto adecuado para la mejor parte del alma es el que viene del prado que allí hay, y el que la naturaleza del ala, que hace ligera al alma, de él se nutre.

He aquí ahora la ley de Adrastea: Toda alma que, en el séquito de algún dios, haya vislumbrado algo de lo verdadero, estará indemne hasta el próximo giro y, siempre que haga lo mismo, estará libre de daño. Pero, cuando por no haber podido seguirlo, no lo ha visto, y por cualquier azaroso suceso se va gravitando llena de olvido y dejadez, debido a este lastre, pierde las alas y cae a tierra.

Entonces es de ley que tal alma no se implante en ninguna naturaleza animal, en la primera generación, sino que sea la que más ha visto la que llegue a los genes de un varón que habrá de ser amigo del saber, de la belleza o de las Musas tal vez, y del amor; la segunda, que sea para un rey nacido de leyes o un guerrero y hombre de gobierno; la tercera, para un político o un administrador o un hombre de negocios; la cuarta, para alguien a quien le va el esfuerzo corporal, para un gimnasta, o para quien se dedique a cuidar cuerpos; la quinta habrá de ser para una vida dedicada al arte adivinatorio o a los ritos de iniciación; con la sexta se acoplará un poeta, uno de ésos a quienes les da por la imitación; sea la séptima para un artesano o un campesino, y para un tirano la novena. De entre todos estos casos, aquel que haya llevado una vida justa es partícipe de un mejor destino, y el que haya vivido injustamente, de uno peor. Porque allí mismo de donde partió no vuelve alma alguna antes de diez mil años –ya que no le salen alas antes de ese tiempo -, a no ser en el caso de aquel que haya filosofado sin engaño, o haya amado a los jóvenes con filosofía. Éstas, en el tercer período de mil años, si han elegido tres veces la misma vida, vuelven a cobrar sus alas y, con ellas, se alejan

al cumplir esos tres mil años. Las demás, sin embargo, cuando acabaron su primera vida, son llamadas a juicio y, una vez juzgadas, van a parar a prisiones subterráneas, donde expían su pena; y otras hay que, elevadas por la justicia a algún lugar celeste, llevan una vida tan digna como la que vivieron cuando tenían forma humana. Al llegar el milenio, teniendo unas y otras que sortear y escoger la segunda existencia, son libres de elegir la que quieran. Puede ocurrir

entonces que una alma humana venga a vivir a un animal, y el que alguna vez fue hombre se pase, otra vez de animal a hombre.

Porque nunca el alma que no haya visto la verdad puede tomar figura humana.

En efecto, conviene que el hombre comprenda según lo que se llama «idea», yendo de muchas sensaciones a una sola cosa comprendida por el razonamiento. Esto es, por cierto, la reminiscencia de lo que vio, en otro tiempo, nuestra alma, cuando iba de camino con la divinidad, mirando desde lo alto a lo que ahora decimos que es, y alzando la cabeza a lo que es en realidad. Por eso es justo que sólo la mente del filósofo sea alada, ya que en su memoria y en la medida de lo posible, se encuentra aquello que siempre es y que hace que, por tenerlo delante, el dios sea divino. El varón, pues, que haga uso adecuado de tales recordatorios, iniciado en tales ceremonias perfectas, sólo él será perfecto. Apartado, así, de humanos menesteres y volcado a lo divino, es tachado por el vulgo como de perturbado, sin darse cuenta de que lo que está, es «entusiasmado», poseído por un dios».

Comentario:

En este mito Platón va a hablar sobre el alma y su naturaleza, diciéndonos que se parece a un carro alado conducido por un cochero y tirado por dos caballos. Así, al comienzo nomás va a retomar su teoría de que el alma tiene tres partes. La concupiscible que es la mayor parte, la irascible y la racional. De la mayor o menor primacía de una de estas partes o funciones deriva Platón los principales caracteres de los hombres: *«el filósofo o teorético, el político o ambicioso y voluptuoso o codicioso»*

(República: 581 c 4)[12]. Esto mismo afirma en la República(435 c) cuando vincula las tres partes del alma con las clases que constituyen la ciudad: los artesanos y comerciantes, los soldados o fuerzas auxiliares y los gobernantes.

A su vez Platón deriva sus virtudes luego llamadas cardinales (*cardinis* = gozne) sobre las que girarán todas las otras de las partes del alma. Así la *sophrosyne* o templanza será la virtud de la parte concupiscible; la *andreia* o fortaleza de la irascible y la *phrónesis* o prudencia de la racional. Y sobre ellas, responsable de su equilibrio, la *dikaiosyne* o justicia.

En el presente mito las partes están vinculadas a los dos caballos y al conductor. El caballo blanco y manso corresponde a la parte irascible del alma, que mira hacia arriba, mientras que el negro y mañero representa el aspecto concupiscible que tira siempre para abajo. El conductor o látigo es el parte racional, en tanto que el carro alado representa el equilibrio de la marcha cuando el conductor logra conducir, como hacen los dioses, sin sobresaltos y dulcemente sus caballos.

En este mito se quiere mostrar que, a pesar de todo, cuando el cochero logra dominar el caballo mañero y puede echar una mirada hacia arriba, más allá de la bóveda celeste donde circulan los carros de los dioses, al mundo de las Ideas, que son la verdadera realidad, esto le permitirá al alma cuando se encarne en un cuerpo recordar ese mundo ideal y le vuelven a crecer las alas que la llevan a un impulso hacia el más allá, de la mera materia. Este es el impulso de los poetas, de los filósofos, de los sabios, de los artistas quienes «*así apartados de humanos menesteres y volcados a lo divino, son tachados por el vulgo como de perturbados, sin darse cuenta de que lo que está, es «entusiasmado», poseído por un dios*».

---

12. Esta tripartición del alma está presente de la misma manera en Aristóteles cuando afirma en la Etica Nicomaquea: «*Tres son los principales tipos de vida: de la que acabamos de hablar(la voluptuosa), la vida política y la vida contemplativa*» 1095 b 17.-

Este «dios» debe entenderse como todos los grandes valores que dan sentido superior a la vida como lo son la búsqueda de la belleza, la verdad, la justicia, el amor, la bondad, el goce, la paz y la salud en su doble sentido, como sanidad y como salvación.

Viene luego la ley de Adrastea, epíteto de Mémesis, que significa la justicia distributiva, término que podemos traducir por lo inevitable, según la cual toda alma que haya visto algo de lo verdadero no se implantará en ningún animal sino en el hombre, pues sólo éste puede comprender la Ideas, «,yendo de muchas sensaciones a una sola cosa comprendida por el razonamiento. Esto es, por cierto, la reminiscencia de lo que vio, en otro tiempo, nuestra alma, cuando iba de camino con la divinidad».

Recurre finalmente Platón a su teoría de la reminiscencia (*anámnesis*) que consiste en el despertar del conocimiento que el alma poseía antes de venir a este mundo por haber disfrutado de la contemplación de las Ideas. Aprender no es adquirir nuevos conocimientos sino recordar lo conocido en la existencia anterior. En el Menón realiza un prueba experimental apelando a la mayéutica socrática y a través de preguntas hábilmente dirigidas logra que un esclavo ignorante demuestre el teorema de Pitágoras.

El mito de las marionetas (IX)

Ubicación:

Este mito se ubica en el último y más voluminoso de los grandes diálogos de Platón, *Las Leyes,* que está compuesto por doce libros, en el primero de los cuales se sitúa el texto del mito de los hombres marionetas. Las coordenadas para la ubicación del mito son: 644d - 645c.

Texto:

Ateniense: *..ya convinimos en que los hombres de bien son aquellos que tienen un imperio absoluto sobre sí mismos, y los malos los que no le tienen.*

Clinias: *Es cierto.*

Ateniense: *Reproduzcamos y desenvolvamos más lo que entendemos por esto, y permitidme que haga un ensayo para ver si con el auxilio de una imagen puedo ver más claro en mi explicación.*

Clinias: *Con mucho gusto.*

Ateniense: *¿No admitimos que cada hombre es uno?*

Clinias: *Sí.*

Ateniense: *¿Y que dentro de él hay dos consejeros insensatos, en oposición uno con el otro, que se llaman placer y dolor?*

Clinias: *Así es.*

Ateniense: A esto es preciso añadir el presentimiento del placer y del dolor futuro, al que se da el nombre común de espera; pero la espera del dolor se llama propiamente temor; y la del placer, esperanza. La razón preside a todas estas pasiones, y ella declara lo que tienen de bueno y de malo; y cuando el juicio de la razón se convierte en una decisión general para un Estado, entonces toma el nombre de ley.

Clinias: *Alguna dificultad tengo en seguirte; pero no por eso dejes de continuar.*

Megilo: *En el mismo caso de Clinias me encuentro yo.*

Ateniense: *De todo esto formemos ahora el concepto siguiente: figurémonos, que cada uno de vosotros es una marioneta, ya que sale de la mano de los dioses, ya la hayan hecho por divertirse, ya en vista de un plan serio, porque en este punto nada sabemos. Lo que sí sabemos es que las pasiones de que acabamos de hablar, son otras cuerdas o hilos que tiran cada uno por su lado, y que a consecuencia de la oposición de sus movimientos, nos arrastran a cometer acciones opuestas; que es lo que constituye la diferencia entre el vicio y la virtud. En efecto, el buen sentido nos dice que es un deber nuestro obedecer sólo a uno de estos hilos, y resistir con firmeza a todos los demás. Este hilo no es otro que el hilo de oro y sagrado de la razón, llamado ley común del Estado. Los otros hilos son de hierro y ásperos, mientras que éste es suave, porque es de oro; además no tiene más forma que una, mientras los otros tienen muchas y de muchas especies. Es preciso sujetar y someter todos estos hilos a la dirección perfecta del hilo de la ley porque la razón, aunque excelente por su naturaleza, como es dulce y extraña a toda violencia, tiene necesidad de auxiliares para que el hilo de oro gobierne a los demás. Esta manera de representarnos cada uno de nosotros como una marioneta, mantiene a la virtud todos sus derechos, explica lo que quiere decir ser superior o inferior a sí mismo, y hace ver que todo hombre, que sabe cómo deben moverse todos estos hilos, ha de conformar su conducta a este conocimiento; y que todo*

Estado, ya sea deudor de este conocimiento a un dios, ya lo sea a un sabio, que por si mismo lo haya adquirido, debe convertirlo en ley de su administración, así interior como exterior. Este conocimiento nos da nociones más claras del vicio y de la virtud, y estas nociones, a su vez, nos harán conocer quizá mejor lo que es la educación y las demás instituciones humanas; y en cuanto a los banquetes que podía uno sentirse tentado a admirar como un objeto de muy escasa importancia, para que nos hayamos ocupado de él mucho tiempo....

Clinias: *No, todo lo contrario; bien merece que lo hayamos tratado detenidamente.*

Ateniense: *Muy bien; procuremos llegar en ese punto a alguna conclusión digna de tan largo discurso.*

Clinias: Habla, pues.

Ateniense: *Dime, ¿qué sucedería a esta marioneta, si la hiciese beber mucho vino?*

Clinias: *¿Con qué intención me haces esa pregunta?*

Ateniense: *No es aun tiempo de explicarla. Sólo pregunto en general qué efecto producirá la bebida en la marioneta; y para que comprendas mejor el sentido de mi pregunta, te suplico me digas, si el efecto del vino es dar un nuevo grado de vivacidad a nuestros placeres y a nuestras penas, a nuestros enojos y a nuestros amores.*

Clinias*: Sin duda.*

Ateniense: *¿Da asimismo una nueva actividad a nuestros sentidos, a nuestra memoria, a nuestras opiniones y a nuestros razonamientos? ¿O más bien el vino, cuando se bebe hasta embriagarse, extingue en nosotros todo esto?*

Clinias: *Enteramente lo extingue.*

Ateniense: *La embriaguez reduce, pues, al hombre, en cuanto al alma, al mismo estado que cuando era niño.*

Clinias: *Precisamente.*

Ateniense: Sin duda que en tal situación está muy distante de ser dueño de sí mismo.

Clinias: *Sí, ciertamente.*

Comentario:

El contexto de este mito está dado por la conversación entre un viejo ateniense, probablemente Platón, durante un recorrido por la ciudad de Knosos con dos viejos como él: Clinias de la isla de Creta y Megilo de Esparta quienes tienen preferencia por la vida militar y la virtud de la valentía, de acuerdo con sus antiguas constituciones instituidas por Minos y Licurgo. Mientras que el ateniense sostiene que las mejores leyes son aquellas que tienen por objeto no una sola virtud sino la armonía de todas ellas, y muestra el beneficio individual y social de la templanza.

En este diálogo escrito en el anochecer de su existencia, Platón, curado ya de su entusiasmo juvenil, se va a ocupar específicamente de los fines de la legislación (I-III), la organización del Estado (IV-VIII) y al código de premios y castigos para mantener la ley (IX-XII).

El argumento de Platón frente al de Clinias y Megilo se resume unos párrafos antes del comienzo del mito cuando afirma: *«Nunca una buena educación ha sido funesta para nadie, mientras que las victorias han sido y serán, más de una vez, funestas para los vencedores»* (642 d).

Luego desarrolla el mito sosteniendo que existen en el hombre dos consejeros insensatos, no racionales, que son el placer y el dolor, pero que debe ser la razón la que presida todas las pasiones con su hilo de oro suave y persuasivo que hace que los otros hilos, ásperos y duros, no la tironeen cada cual para su lado. Pero la razón, como es dulce y extraña a toda violencia, tiene necesidad de auxiliares para gobernar a los demás, y su auxilio principal es la ley, que no es otra cosa que *«la razón sin pasión»* como la definiera su discípulo Aristóteles años después.

Ahora bien, para gobernar esos dos consejeros pasionales – el placer y el dolor- es necesario liberarlos plenamente, darles vivacidad, para así, mostrados en todas sus aspectos, encontrarle el remedio justo. Y para ello, nada mejor que el festín báquico, pues es el vino quien muestra mejor que nadie nuestros enojos y nuestros amores. Y termina

el libro I de *Las Leyes* recomendando el banquete bien regado en vino como la manera más segura, corta y menos costosa para sondear el alma del otro. Como vemos el método es mucho más agradable y explícito que el psicoanálisis moderno para el conocimiento del otro y sus problemas.

Vemos, pues, como el idealismo platónico acá ha desaparecido por completo, para venir a decirnos que de las tres partes del alma(*nous- thumo- epitumía*) la mayor es la última, la concupiscible, cuya función es desear, que está ubicada en el vientre y que prima en los voluptuosos y codiciosos, que son la mayoría de los ciudadanos de la polis, quienes socialmente están representados por los comerciantes y artesanos, hombres sensuales con gran avidez material. Cualquier comparación con nuestros «hombres de negocios» actuales la dejamos al lector. Es entonces una función del Estado, individual y socialmente conveniente, la de promover la templanza, como virtud de la medida, en todo su amplio campo de alcance.

Obsérvese que el Platón viejo ofrece fórmulas de una practicidad asombrosa como ésta. Pues el Estado, sin violentar ninguna conciencia, puede exigir a todos los ciudadanos limpieza e higiene mínima tanto personal como pública. Puede exigir precisión en los precios y medidas del mercadeo y en la calidad de los productos comerciados. Puede exigir moderación en los ruidos y la música. Puede fijar el lugar y la hora donde arrojar los residuos. Estas y tantísimas más son normas y disposiciones vinculadas a la virtud de la medida, cuya aplicación efectiva ya hace de suyo vivible a una comunidad política.

El mito de la reminiscencia (X)

Ubicación:

El diálogo *Menón* forma parte junto con el *Gorgias*, el *Eutidemo*, el *Menéxeno* y el *Cratilo* de los diálogos del período de transición entre los escritos anteriores y los grandes diálogos como *La República*. El tema central del *Menón* es despejar si la virtud es enseñable o no, y termina respondiendo que no es enseñable, sino que es un don intransferible. La ubicación del mito en el texto según la numeración de Stephanus va del 81 a al 81 d. Este mito se repite también en el *Fedro* (249c - 250b).

Texto:

Menón:- ¿De qué manera buscarás, Sócrates, aquello que ignoras totalmente qué es? ¿Cuál de las cosas que ignoras vas a proponerte como objeto de tu búsqueda? Porque si dieras efectiva y ciertamente con ella, ¿cómo advertirás, en efecto, que es ésa que buscas, desde el momento que no la conocías?

Soc.- Comprendo lo que quieres decir, Menón,. ¿Te das cuenta de la discusión vana que empiezas a entretejer: que no es posible a nadie buscar ni lo que sabe ni lo que no sabe? Pues ni podría buscar lo que sabe –puesto que ya lo sabe y no hay necesidad alguna de búsqueda -, ni tampoco lo que no sabe –puesto que en tal caso, ni sabe lo que ha de buscar-.

Men.- ¿No te parece, Sócrates, que ese razonamiento está correctamente hecho?

Soc.- A mí no.

Men.- ¿Podrías decir por qué?

Sóc.- Yo sí. Lo he oído, en efecto, de hombres y mujeres sabios en asuntos divinos.

Men.- ¿Y qué es lo que dicen?

Sóc.- Algo verdadero, me parece y también bello.

Men.- ¿Y qué es, y quiénes lo dicen?

Sóc.- Los que lo dicen son aquellos sacerdotes y sacerdotisas que se han ocupado de ser capaces de justificar el objeto de su ministerio. Pero también lo dice Píndaro y muchos otros de los poetas divinamente inspirados. Y las cosas que dicen son éstas –y tú pon atención si te parece que dicen verdad -: afirman, en efecto, que el alma es inmortal, y que a veces termina de vivir –lo que llaman morir - , a veces vuelve a renacer, pero no perece jamás. Y es por eso que es necesario llevar la vida con la máxima santidad, porque de quienes....

Perséfone el pago de antigua condena
haya recibido, hacia el alto sol en el noveno año
el alma de ellos devuelve nuevamente,
de las que reyes ilustres
y varones plenos de fuerza y en sabiduría insignes
surgirán. Y para el resto de los tiempos héroes sin mácula
por los hombres serán llamados.

El alma, pues, siendo inmortal y habiendo nacido muchas veces, y visto efectivamente todas las cosas, tanto las de aquí como la del Hades, no hay nada que no haya aprendido; de modo que no hay de qué asombrarse si es posible que recuerde, no solo la virtud, sino el resto de las cosas que, por cierto, antes también conocía. Estando, pues, la naturaleza toda emparentada consigo misma, y habiendo el alma aprendido todo, nada impide que quien recuerde una sola cosa

–eso que los hombres llaman aprender -, encuentre él mismo todas las demás, si es valeroso e infatigable en la búsqueda. Pues, en efecto, el buscar y el aprender no son otra cosa, en suma, que una reminiscencia.

No debemos, en consecuencia, dejarnos persuadir por esta tu argumento vano, pues nos volvería indolentes y es propio de los débiles escuchar lo agradable; el mío, por el contrario, nos hace laboriosos e indagadores. Y porque confío en que es verdadero, quiero buscar contigo en qué consiste la virtud.

Comentario

La argumentación vana, erística (discutidora), típica de los sofístas parte de la pregunta: ¿Cómo podemos buscar lo que no conocemos? Y se desarrolla a través del siguiente razonamiento: aquello que sabemos no lo buscamos porque ya lo poseemos, pero aquello que no sabemos no lo buscamos porque lo ignoramos, luego el acto de búsqueda del saber es inteligible.

Muchos siglos después Martín Heidegger va a resolver la cuestión sosteniendo que todo preguntar en el hombre es un buscar, que posee un llamado previo que viene de lo buscado, con lo cual rompe la disyuntiva del razonamiento sofístico.

Platón, por su lado, utiliza el mito para afirmar la proposición: *saber es recordar*. Pero no solo saber sino sobre todo y fundamentalmente, aprender.

Así el hombre aprende en la medida en que va recordando y ello supone un método, la mayéutica, por el cual Sócrates a través de un sistema de preguntas y respuestas dirigido va logrando que el esclavo de Menón, para nada letrado, pueda llegar a demostrar la duplicación del cuadrado, algo similar al teorema de Pitágoras, reencontrando en su propio interior aquello que ya sabía, y que era un saber aprendido en otro tiempo. La interrogación bien guiada de Sócrates ha despertado el recuerdo.

Así, el saber está en nosotros pero necesita del maestro para ser despertado y organizado, para ser aprendido. Y ello supone un método y un esfuerzo, lo que nos *hace laboriosos e indagadores.*

Los hombres somos *arkheguetas*, eternos comenzantes para los cuales la verdad es descubrir, retirando el velo que cubre las cosas, y nadie mejor que Platón y su filosofía en este tan delicado tema. Pues verdad en griego se dice *alétheia.* Y así mientras que el adjetivo *alethes* significa franco, correcto y si le quitamos la alpha inicial queda *lethes,* olvidado, de allí que Platón considere la verdad como «recuerdo», que extrae del olvido y saca a luz. *«Por otra parte,* afirma el filósofo Wagner de Reyna, *lethe remite al verbo lathein «estar oculto», «ser desconocido o inadvertido», «encubierto» y por eso es que Heidegger traduzca alétheia por «des –cobertura»»*[13]

Esta teoría de las reminiscencia está en el corazón mismo de la teoría platónica del conocimiento y es uno de los fundamentos de su sistema filosófico.

Lo paradójico, lo inesperado es que este mito de la reminiscencia se funda según leemos en la creencia de otros mitos como lo son la preexistencia y la transmigración de las almas. Pero al mismo tiempo estos mitos, como el de la inmortalidad del alma, se vienen a explicar por la reminiscencia. De modo tal que se produce una circularidad de sentido que los hace a la vez fundantes y consecuencias unos de otros.

13. Wagner de Reyna, Alberto: *Verdad y Fe,* Roma, Ed.IVE, 2006, p. 17.-

Mito del nacimiento de Eros (XI)

Ubicación

Este mito está radicado en el diálogo *Simposium* conocido también como *El Banquete*. Sus coordenadas según la numeración de Stephanus el editor de la *opera pinceps* de Platón son 203b a 204 c.

El mito comienza cuando Sócrates le pregunta a Diotima, una mujer que aparece experta en asuntos religiosos y de la cual no se tiene ninguna noticia en ningún otro diálogo salvo en este pasaje, acerca del amor.

Texto:

«¿Y quién es su padre y su madre?- dije yo. (afirmó Sócrates preguntando por el nacimiento de Eros)

Es muy largo- dijo- *de contar, pero, con todo, te lo diré. Cuando nació Afrodita, los dioses celebraron un banquete y, entre otros, estaba también Poros, el hijo de Metis. Después que terminaron de comer, vino a mendigar Penía, como era de esperar en una ocasión festiva, y estaba cerca de la puerta. Mientras. Poros,*

embriagado de néctar – pues en esa época aún no había vino- entró en el jardín de Zeus y, entorpecido por la embriaguez, se durmió. Entonces Penía, impulsada por su carencia de recursos, pensando en hacerse un hijo de Poros se acuesta a su lado y concibió a Eros. Por esta razón, precisamente es Eros también acompañante y escudero de Afrodita, al ser engendrado en la fiesta de nacimiento de la diosa, y al ser a la vez, por naturaleza un amante de lo bello, dado que también Afrodita es bella. Siendo hijo, pues, de Poros y Penía, Eros se ha quedado con las siguientes características. En primer lugar, es siempre pobre, y lejos de ser delicado y bello como cree la mayoría, es más bien duro y seco, descalzo y sin casa, duerme siempre en el suelo y descubierto, se acuesta a la intemperie en las puertas y al borde de los caminos, compañero siempre inseparable de la indigencia por tener la naturaleza de su madre. *Pero, por otra parte, de acuerdo con la naturaleza de su padre, está al acecho de lo bello y de lo bueno; es valiente, audaz y activo, hábil cazador, siempre urdiendo alguna trama, ávido de sabiduría y rico en recursos, un amante del conocimiento a lo largo de toda su vida, un formidable mago, hechicero y sofista. No es por naturaleza inmortal ni mortal, sino que en el mismo día unas veces florece y vive, cuando está en la abundancia, y otras muere, pero recobra la vida de nuevo gracias a la naturaleza de su padre. Mas lo que consigue siempre se le escapa, de suerte que Eros nunca ni está falto de recursos ni es rico, y está además, en medio de la sabiduría e ignorancia. Pues la cosa es como sigue: ninguno de los dioses ama la sabiduría ni desea ser sabio, porque ya lo es, como tampoco ama la sabiduría cualquier otro que sea sabio. Por otro lado, los ignorantes ni aman la sabiduría ni desean hacerse sabios, pues en esto precisamente es la ignorancia una cosa molesta: en que quien no es ni bello, ni bueno, ni inteligente se crea a sí mismo que lo es suficientemente. Así pues, el que no cree estar necesitado no desea tampoco lo que no cree necesitar.*

¿Quiénes son, Diótima, entonces – dije yo- los que aman la sabiduría, si no son ni los sabios ni los ignorantes?

- Hasta para un niño es evidente- dijo- que son los que están en medio de estos dos, entre los cuales estará también Eros. La sabiduría, en efecto, es una de las cosas más bellas y Eros es amor de lo bello, de modo que Eros es necesariamente amante de la sabiduría, y por ser amante de la sabiduría está, por tanto, en medio del sabio y del ignorante. Y la causa de esto es también su

nacimiento, ya que es hijo de un padre sabio y rico en recursos y de una madre no sabia e indigente. Esta es pues, querido Sócrates, la naturaleza de este daimon[14].

Comentario

Sabemos por la lectura completa de este diálogo que Sócrates cree en las enseñanzas que Diotima le brinda y vemos en ellas que Eros es un ser intermedio *(metaxý)* pues no es ni bello ni feo, ni bueno ni malo ni hombre ni dios, ni sabio ni ignorante sino un *dáimon* y que esa naturaleza intermedia le viene por su origen ya que es hijo de la riqueza (Poros) y de la pobreza (Penía), por un lado es búsqueda de la adquisición y por otro pérdida.

Platón desliza en este mito su idea de la filosofía como una búsqueda de la sabiduría y no como búsqueda del saber como la entendió muchos siglos después el movimiento de la Enciclopedia y la Ilustración en el *flourit* de la modernidad racionalista occidental. Esta búsqueda de la sabiduría se sitúa en un terreno intermedio entre el sabio y el ignorante. Eros es sobre todo un filósofo, un *arkegueta,* un eterno comenzante que está en la búsqueda.

Este saber como búsqueda no implica un relativismo que afirme que nada es verdadero ni nada es falso como equivocadamente pudiera pensarse, sino que es una búsqueda que se detiene, que descansa en la posesión del bien.

Los dioses al ser sabios no aman la sabiduría porque ya la poseen. Ama la sabiduría quien está en camino, quien está en búsqueda. Y Eros es el motor de esa búsqueda como intermediario entre el ignorante y el sabio. Pero lo paradójico es que el hombre no puede descansar en la

---

14. El término griego *daimon* ha sido traducido usualmente por genio, duende, demonio(sin la connotación cristiana del concepto), pero todas estas traducciones no terminan de volcar el significado completo del término griego, es por eso que la moderna crítica prefiere no traducirlo. Son, como lo dice el texto, seres cósmicos intermedios entres los dioses y los hombres. Como sugerimos antes podemos realizar una analogía con los ángeles de la guarda del cristianismo.

sabiduría sino que siempre, como eterno comenzante, está obligado a profundizar su búsqueda. De ahí el principio: *en la vida espiritual el que no avanza, retrocede*.

El hombre como Eros, es rico y pobre a la vez en este esfuerzo por un saber sapiencial. Rico en la medida en que lo logra, que accede a él. Y pobre cuando se da cuenta de lo que no sabe. El «*sólo sé que no sé nada*» de la sentencia socrática adquiere aquí toda su plenitud.

La sapiencia, el término sabiduría es demasiado intelectual, se funda en esta doble tensión. Por un lado tenemos conciencia que sabemos algunas cosas y, por otro, que ignoramos muchas más. Ahora bien, el fundamento de la sapiencia es el conocimiento de «lo que es», del ser de las cosas. Del ser del ente para hablar como filósofo. De allí la reserva de nuestros viejos padres criollos a la educación libresca e ilustrada cuando nos hacían recitar:

Hay gente que sabe cosas
La gente de este albardón
Hay gente que sabe cosas,
Pero cosas que no son.

El mito de la Atlántida (XII)

Ubicación:

El diálogo Timeo tiene como rasgo particular que todo él es un gran discurso mitológico en donde se suceden los mitos de la Atlántica, la creación del mundo, de los seres divinos, de los hombres y del resto de los animales. Las coordenadas de este mito en la numeración de Stephanus son 20 d a 26 d.

Donde Critias relata a Sócrates, al comienzo del diálogo, una antigua saga que siendo niño escuchó de su abuelo, también llamado Critias. Historia trasmitida por Solón, uno de los siete sabios griegos[15], quien a su vez la escuchó de boca de un sacerdote egipcio cuando viajó hasta allá. Se cuenta, en ella, el mito de la isla Atlántida, tanto su gloria como su perecimiento.

---

15. Platón los va a enumerar en el *Protágoras* 343 a: Tales, Pítaco, Bías, Solon, Cleóbulo, Misión y el espartano Quilón.

Texto:

(21 e) «En Egipto, comenzó Critias, *donde la corriente del Nilo se divide en dos en el extremo inferior del delta, hay una región llamada Saítica, cuya ciudad más importante, Sais, tiene por patrona una diosa cuyo nombre en egipcio es Neith y en griego, según la versión de aquéllos, Atenea. Afirman que aprecian mucho a Atenas y sostienen que en cierta forma están emparentados con los de esta ciudad. Solón contaba que cuando llegó allí recibió de ellos muchos honores.*

(24 e) En efecto, nuestros escritos – le relata el sacerdote egipcio- *refieren como vuestra ciudad, Atenas, detuvo en una ocasión la marcha insolente de un gran imperio, que avanzaba del exterior, desde el Océano Atlántico, sobre toda Europa y Asia. En aquella época, se podía atravesar aquel océano dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros llamais columnas de Heracles*[16]*. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el auténtico océano, puesto que lo que quedaba dentro de la desembocadura que mencionamos parecía una bahía con un ingreso estrecho. En realidad era mar y la región que lo rodeaba totalmente podría ser llamada con absoluta corrección tierra firme. En dicha isla, Atlántida, había surgido una confederación de reyes grande y maravillosa que gobernaba sobre ella y muchas otras islas, así como partes de la tierra firme. En este continente, dominaban también los pueblos de Libia, hasta Egipto, y Europa hasta Tirrenia*[17]*. Toda esta potencia unida intentó una vez esclavizar en un ataque a toda vuestra región, la nuestra y la interior de la desembocadura. Entonces, querido Solón, el poderío de vuestra ciudad se hizo famoso entre todos los hombres por su excelencia y fuerza, pues superó a todos en valentía y en artes guerreras, y condujo en un momento de la lucha a los griegos, luego se vio obligada a combatir sola cuando los otros se separaron, corrió los peligros más extremos y dominó a los que nos atacaban.*

---

16. Como una de las columnas de Heraclés, vulgarmente llamado Hércules, estaba apoyada en Gibraltar y la otra enfrente en Ceuta en la costa de Africa. La situación geográfica de la Atlántida se sitúa al frente del estrecho pero un poco más al oeste de las islas Azores.
17. La Italia occidental.

Alcanzó así una gran victoria e impidió que los que todavía no habían sido esclavizados lo fueran y al resto, cuantos habitábamos más acá de los confines de Hércules, nos liberó generosamente.

Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de la Atlántida desapareció también de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aún ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad.

Acabas de oír un resumen, Sócrates, de lo que me relató mi abuelo Critias según el cuento de Solón».

Comentario:

Hay que hacer notar que este mito de la Atlántida no tiene antecedentes ni en Homero ni en Hesíodo ni en toda la literatura griega anterior a Platón y que éste lo trata también de manera expresa en el diálogo inconcluso Critias que es considerado como una continuación del Timeo que tratamos acá. Ambos relatos son complementarios y sus diferencias radican en que mientras que en el Timeo tenemos una descripción completa del mito, en el Critias se limita a describir la geografía y la organización política de las fuerzas enfrentadas: la de la Atenas primordial (109b-112b) y a de la Atlántida (113 a -120d).

Respecto de la Atlántida, el mito platónico que recibió a lo largo de 2600 años los mayores comentarios, existen tres posturas básicas 1) Fue un hecho real y la Atlántida tuvo una existencia histórica. 2) Fue una pura invención y creación exclusiva de Platón. 3) Fue una transcripción alegórica de hechos reales.

La primera de las tesis fue estudiada hasta bien entrado el siglo XX e incluso se ubicó geográficamente la Atlántica en el océano homónimo. Sondeos al norte de las islas Azores han extraído lava vitrificada, algo que sólo se forma bajo presión atmosférica anterior a

la época del hundimiento de los volcanes en el fondo del océano. Asimismo los archipiélagos de las islas Azores, Madeira, Cabo Verde y Canarias conservan aún la fauna de origen continental tanto de las costas de Africa (Senegal) como de las Antillas Americanas. Fauna y descripción geológica, por otra parte, descripta también por Platón.

Es improbable que el mito fuera una pura invención platónica debido fundamentalmente a que él trabaja sobre la base de materiales ya presentes en la tradición griega: Atlas como el primer rey de los atlantes; la leyenda de las Héspérides mencionada por Hesíodo; la existencia de Gadiria en el norte de África, etc.

Y por último tenemos la tesis: que el mito de la Atlántida fue una transcripción alegórica de hechos que realmente sucedieron pero que Platón buscó esta forma de exposición –ello se descubre, especialmente, en sus detalles– para hablar de la existencia de intenciones ocultas muchas de las cuales han quedado en el anonimato.

En nuestra opinión, aquello que encierra el mito es una descripción indirecta del sentido de la historia para Platón. Como se sabe, él tiene una visión decadente de la historia del hombre y sus creaciones, la principal de las cuales es la política. Y así, mientras que en la Atenas primitiva los atenienses son los jefes de la ciudad y todos los griegos son nobles por ser hijos de las tierra misma (mito de la autoctonía), en los atlántidas solo los reyes tienen titulo de nobleza.

Es que Platón entiende la política y con ella la historia como un proceso de paulatina decadencia que va desde la sociedad natural hasta la tiranía, a través de la descomposición, por perversión, de las distintas formas políticas. Así, los atlántidas son bárbaros como lo son los Persas y por ello tienen un régimen monárquico, mientras los antiguos griegos poseían un gobierno de aristócratas.

Atenas es una potencia terrestre autocentrada, que vive de los productos de su suelo y en el interior de sus fronteras, mientras que la Atlántida es una potencia marítima orientada siempre hacia el exterior con un deseo desmedido de riquezas.

La lucha entre estos dos modelos, Atenas y Atlántida, con sus distintas percepciones sobre el hombre, el mundo y su organización

política nos trae inmediatamente a la memoria las meditaciones contemporáneas del politólogo Carl Schmitt en su obra cumbre *El Nomos de la tierra*, en donde estudia en forma detallada la tensión geoestratégica entre tierra y mar. Así como toda la meditación geopolitológica desde Karl Haushoffer (1869-1946) hasta nuestros días.

El mito de los ciclos invertidos del cosmos (XIII)

Ubicación:

El Político está vinculado y sigue al *Sofista* y su fecha de composición está situada luego del segundo viaje a Sicilia entre el 366 y 362. Su objeto es mostrar la íntima vinculación entre la política y método dialéctico. Este mito también denominado mito del Político es el más extenso de todos dado que sus coordenadas van del 268d al 274 e.

Texto:

«*Extranjero - Intercalemos algo así como un juego de niños; convine en efecto, utilizar un extenso fragmento de un largo mito y, en lo que falta, al igual que hicimos antes, seguir continuamente de parte en parte haciendo divisiones, hasta llegar a la cima del objeto que buscamos ¿no debe ser así?*

El Joven Sócrates - Exactamente

Extr-Pero no olvides que has de poner la máxima atención a este mito mío, como los niños; en todo caso, no estas muy lejos por tu edad de los juegos infantiles.

El J. Socr -Ve contando

Extr -Hubo, pues, y seguirá habiendo, multitud de antiguas leyendas, y entre ellas aquel portento que se mostró con motivo de la célebre discordia de Atreo y Tiestes (se disputan el trono de Argos)[18]*. Sin duda las has oído contar, y recuerdas lo que dicen que ocurrió entonces.*

El J. Socr - Es Quizá al prodigio de la oveja de oro, a lo que te refieres.

Extr - En modo alguno, sino al que causó el cambio de la puesta y salida del sol y los demás astros; y así, por donde sale ahora, es el mismo lugar por el que entonces se ponía, mientras salía del opuesto, y en aquella ocasión fue precisamente cuando, dando testimonio el dios a favor de Atreo, lo cambió para dejarlo en la forma actual.

El J. Socr -Efectivamente: también se cuenta eso.

Extr-Por otra parte, sin duda, también hemos oído hablar a muchos del reinado de Cronos.

El J. Socr -A muchísimos, desde luego.

Extr-¿Y que? ¿Aquello de lo que nuestros antepasados nacían de la tierra, sin engendrarse unos de otros?

El J. Socr -También es ésta una de las antigua leyendas.

Extr-Pues bien: esos prodigios provienen todos del mismo fenómeno y, como ellos, otros incontables, y aún mas sorprendentes que éstos, pero, por culpa del largo tiempo pasado, unos se han perdido, otros, dispersos, se cuentan independientemente, sin conexión entre sí. Y en que consiste el fenómeno causante de todos ellos, nadie lo ha dicho, mas ahora es llegada la ocasión de explicarlo, pues convendrá su relato para la exposición de lo que es el rey.

El J. Socr -Muy bien dicho, y ve contando sin omitir nada.

Extr- Escucha: el universo que ves, unas veces el dios por si mismo lo guía en su marcha, y lo hace girar acorde, otras, lo abandona, cuando las revoluciones alcanzan la medida de tiempo que le corresponde, y entonces el universo vuelve

---

18. Hermes hace nacer en el rebaño de Atreo un carnero con pelaje de oro y éste lo esgrime para legitimar su derecho al trono. Tiestes seduce a su cuñada y se adueña del reino. Atreo reclama a Zeus un signo a su favor y éste invierte la marcha de los astros.

por si mismo en sentido contrario al movimiento circular, por ser viviente y partícipe de la inteligencia recibida de aquel que lo conformó al principio.

Y esto de la marcha retrógrada resulta necesariamente innato de él, por el motivo siguiente.

El J. Socr -¿Por cual?

Extr-El mantenerse perpetuamente en la misma situación e idéntico modo, así como ser siempre el mismo, es cosa que corresponde exclusivamente a los más divinos entre todos los seres, mientras la naturaleza corporal no entra en esta jerarquía. En cuanto a aquel que llamamos cielo y mundo, son muchos y felices bienes los que ha recibido de quien lo engendró, más, desde luego, por fuerza ha tenido que participar también del cuerpo. De ahí que le resulte imposible estar totalmente exento de cambio, si bien, según sus medio y en el máximo grado que está a su alcance, se mueve sobre el mismo punto en una marcha idéntica y única; por eso participa de la retrogradación circular, una rotación en retroceso, la mínima variación posible de su propio movimiento.

El hacerse girar a sí mismo constantemente es algo apenas realizable para ningún ser, excepción hecha del que conduce a todos los demás mientras se mueven; pero tampoco es ley de éste el mover a los demás ahora en un sentido, ahora en el opuesto. Así, pues, por todas las razones no hay que decir del mundo, ni que gira por sí mismo siempre, ni que, en su totalidad y si cesar, está por obra de un dios girando con dobles y contrarias revoluciones, ni tampoco que dos determinados dioses, con designios entre sí contrarios, lo hacen girar; sino, que, según expuesto ahora, la única explicación que queda es: Que unas veces va conducido por una extraña y divina causa, recobrando su vida e inmortalidad, restaurada por el creador; que otras, en cambio, cuando es abandonado, marcha él por sí mismo, pues quedo suelto en ocasión tal, que continúa su marcha con movimiento retrógrado durante muchas miríadas de revoluciones, debido, naturalmente, a que, grandísimo como es y en perfecto equilibrio, va girando sobre un punto de apoyo extremadamente pequeño.

El J. Socr -Desde luego, parece ser muy verosímil todo cuanto acabas de exponer.

Extr-Razonemos, pues, y partiendo de lo que queda dicho, vamos a considerar el fenómeno que, según afirmamos, es causante de todas esas maravillas. Y sin duda alguna consiste en esto mismo.

El J. Socr -¿En que?

Extr-En que la marcha del universo se verifica, unas veces, en la dirección en que actualmente gira, otras, en la contraria.

El J. Socr -¿Cómo eso?

Extr-Este cambio se debe considerar entre todas las revoluciones que tienen lugar en el ámbito del cielo, como la mayor y más completa.

El J. Socr -Así parece al menos.

Extr-Y, por lo mismo es preciso creer que también en tal ocasión tiene lugar los mayores cambios en nosotros, los que habitamos en su interior.

El J. Socr -También eso es natural.

Extr-Y tratándose de cambios grandes, numerosos y diversos, producidos a la vez, ¿acaso no sabemos que la naturaleza de los seres vivos los soporta difícilmente?

El J. Socr-¿Y como no?

Extr-En consecuencia, ocurren entonces por necesidad las mayores destrucciones de vivientes y, entre ellos, por supuesto, del genero humano queda poca cosa; y sobre éstos se precipitan a un tiempo muchos accidentes, sorprendentes y nuevos, pero he aquí el más importante y que acompaña a la reinversión del universo, en el momento en que sobreviene la fase contraria a la que actualmente hay establecida.

El J. Socr-¿Cuál es él?

Extr-Cualquiera que fuera la edad en que se hallaba cada uno de los seres vivos, ésta se detuvo primero bruscamente en todos ellos, y todo lo que era mortal cesó de pronto en su marcha hacia el aspecto de un envejecimiento progresivo; y evolucionando después otra vez en sentido contrario, fue entrando en un estado de mayor juventud y lozanía. Y así, en los viejos, los blancos cabellos se volvieron negros, mientras, en aquellos cuya barba apuntaba ya, las mejillas fueron alisándose hasta dejar de nuevo a cada cual en su pasada juventud; en cuanto a los adolescentes, sus cuerpos, suavizándose y haciéndose más pequeños cada día y noche que pasaba, volvieron a tomar la figura del niño recién nacido, conformándose con ella lo mismo en el alma que en el cuerpo. A partir de entonces, ya en franca consunción los mortales acabaron desapareciendo totalmente. Y en el caso de los que sufrían muerte violenta por aquel tiempo, el cuerpo del difunto

iba pasando por idénticos cambios hasta que muy pronto, en pocos días quedaba enteramente destruido sin dejar rastro.

El J. Socr- Y la generación, ¿Cómo se efectuaba entonces en los vivientes, extranjero? ¿De qué modo se engendraba entre ellos?

Extr- Es evidente, Sócrates, que en la naturaleza de entonces no se realizaba entre ellos la reproducción, sino que la raza nacida de la tierra, que, según se cuenta, existió antaño, era precisamente la que por aquella época volvía antaño, era precisamente la que por aquella época volvía surgir de la tierra, la que recordaban nuestros primeros antepasados[19]*. Ellos alcanzaron el tiempo que siguió inmediatamente al primer giro, y nacieron al principio del actual, ellos son, pues, los que nos sirvieron de mensajeros de esas tradiciones que ahora por muchos no son creídas, sin razón, por cierto, porque, en mi opinión, es preciso suponer lo siguiente: como consecuencia de la evolución que llevó a los viejos al estado infantil, a su vez, los muertos, que yacían por tierra, iban rehaciéndose de nuevo en ella, y volvían a la vida, siguiendo aquella vuelta, al girar totalmente, en sentido contrario la generación; y, nacidos así, por fuerza, de la tierra, conforme a este proceso, tienen por ellos su nombre y su tradición todos aquellos a quienes un dios nos llevó a otro destino.*

El J. Socr- desde luego que esto es consecuencia indudable de los anterior. Pero, dime: el modo de vida que, según tu existió bajo del Cornos ¿se dio el giro anterior o en el presente? Pues es claro que con cada uno de estos giros coincide un cambio en la dirección del sol y de las estrellas

Extr-Bien has seguido, y con atención, la marcha de mi discurso. En cuanto a tu pregunta sobre eso de hacer todo espontáneamente para los hombre, de ningún modo corresponde tal situación al movimiento establecido en la actualidad, sino que también correspondía al anterior. Entonces, en efecto, el dios dirigía y cuidaba ante todo el movimiento circular en su totalidad, lo mismo que ahora, e igual se hacía por regiones: todas la partes del mundo estaban distribuidas bajo el mando de dioses que las gobernaban. Y así, también los animales se hallaban distribuidos por especies y rebaños entre genios divinos al estilo de pastores, que se bastaban en todo por si mismos cada cual para atender a los que estaban

---

19. Los hombres en la época de Cronos nacen adultos de la tierra e inmediatamente comienzan su envejecimiento.

confiados a su guarda, de forma que nada había en estado salvaje, ni se devoraban unos a otros y no existía entre ellos guerra ni disensión de ningún genero; y las ventajas que se derivaban de semejante ordenación del mundo, podrían ser contadas por millares. Y en cuanto a que se refiere de la vida «espontánea» de los hombres, la razón es la siguiente. Dios los apacentaba ejerciendo su mando sobre ellos personalmente, como ahora los hombres, por ser un tipo especial de viviente más divino, apacientan otras especies inferiores a ellos. Y bajo el pastoreo de aquel no existían regimientos políticos no se tenían mujeres ni hijos, pues todos volvían a la vida saliendo de la tierra, sin acordarse para nada de su pasado; al contrario, semejante existencia había desaparecido por completo, y tenían, en cambio, frutos abundantes de árboles de muchos bosques de distintas clases: aquéllos no se producían por cultivo, sino que espontáneamente los daba la tierra. Desnudos y sin cama, se pasaban al aire libre la mayor parte del tiempo, ya que las estacione se cambiaban entre sí sin rigor alguno para ellos, y tenían blandos lechos en césped que abundante brotaba de la tierra. Ahí tienes, Sócrates, la vida que vivieron los hombres bajo Cronos; en cuanto a la que, según dicen, está bajo Zeus, la actual, quiero decir, la conoces por ti mismo, pues estás presente en ellas; y por lo que toca a cuál de las dos resulta más venturosa ¿podrías y desearías decirlo tu?

El J. Socr -De ningún modo.

Extr-¿Quieres entonces que sea yo mismo quien de alguna forma los determine?

El J. Socr - Desde luego.

Extr- Pues bien: si los pupilos de Cronos- teniendo a su disposición tantísimo tiempo libre y facultad para poder entablar conversaciones, no ya con hombres, sino incluso con animales- utilizarán todos estos bienes con vistas a la filosofía, relacionándose igual con las bestias que entre ellos, y procurando inquirir en toda clase de seres, por si alguno, dotado de una especial virtud, acertaba a descubrir algo excepcional, y para el acopio de la sabiduría es fácil decidir que, en comparación con los de ahora, los entonces estaban, en punto a felicidad, infinitamente mejor.

Si, por el contrario, atiborrándose de alimentos y bebidas hasta saciarse, conversaban entre sí y con animales sobre mitos como los que ahora se cuentan a propósito de ellos, también entonces, si he de expresar mi opinión, el problema es bien fácil de resolver.

Sea como fuere, dejemos esta cuestión, hasta que se nos presente algún interprete capacitado para decidir cuáles eran las aficiones de los hombres de aquel tiempo respecto a las ciencias y al uso del discurso.

En cuanto al objeto que nos ha movido a suscitar este mito, hay que exponerlo, para después de ello seguir adelante en el desarrollo del tema. Una vez, pues, que se concluyó el tiempo de todas estas cosas, y tenía que producirse un cambio, y, además, se había consumido totalmente la raza terrigena, por haber dado cada alma todas las generaciones que le correspondían y haber caído como semilla en la tierra las veces dispuestas para ella, en aquel preciso instante, el piloto del universo, soltando lo que podríamos llamar la caña del timón, se retiró a su puesto de vigilia, y, a partir de ese momento, el mundo se dio de nuevo la vuelta por obra de fatal e innata inclinación. Entonces, todos los dioses que por las regiones compartían el gobierno con la divinidad suprema advirtiendo al punto lo que sucedía, abandonaron a su vez la parte del mundo confiada a su cuidado. Y éste, dándose la vuelta, contrayéndose, con un impulso que hacía del fin principio y del principio fin, y provocando en su seno una intensa sacudida, consumó otra vez la destrucción de vivientes de todas clases.

A continuación, transcurrido suficiente tiempo, cuando ya había cesado en su confusión y desorden y había logrado calamar sus sacudidas, prosiguió su marcha ordenando en su acostumbrada y propia carrera, con cuidado y dominio de lo que en él había, a la vez que de sí mismo, recordando en lo posible la enseñanza de su creador y padre. Y si bien al principio lo cumplía con mayor exactitud, al final, en cambio, lo hizo mas torpemente. Y esto se lo causa el elemento corporal de su composición, el inherente a su naturaleza de antaño, porque era mucha la confusión en que ésta se hallaba antes de llegar al actual orden cósmico. En efecto, del que lo conformó ha heredado todo lo que tiene de hermoso; y, en cambio, de su estado anterior, cuantas desgracias y extravíos ocurren en el cielo, de éste las recibió, y no sólo las padece él mismo, sino que además las produce en los seres vivos. De modo que, mientras criaba a los vivientes en su seno con la asistencia del piloto, eran pequeños los males, grandes, sin embargo, los bienes que en ellos engendraba. Mas, separado de aquél, en la época que sigue inmediatamente cada vez al desprendimiento, todo lo lleva con la mayor perfección. Pero, según avanza el tiempo y se produce en él el olvido, aumenta también su dominio del estado de la antigua discordancia, y al cabo llega a su colmo, y son

pocos los bienes, grande, en cambio, la mezcla de principios adversos que va amontonado en su interior hasta ponerse en el riesgo de su propia ruina y la de los seres que en él habitan. He aquí por qué, a partir de entonces, el dios que lo ordenó, al verle en difícil trance, temeroso ya de que, víctima de la tempestad deshecho por la confusión acabe por hundirse en el mar insondable de la desemejanza, se sienta de nuevo al timón, y cambiando las partes enfermas y dispersas en el primer ciclo que el mundo realizó por si solo, lo ordena y, enderezándolo, lo deja al fin inmortal y exento de vejez.

Y bien, tal es el fin de todo lo expuesto. Ello será suficiente para nuestra explicación de la figura del rey, si a partir de lo anterior reanudamos el discurso. Cuando, en efecto, se dio la vuelva otra vez el mundo, tomando el camino de la actual generación, el curso de la edad se detuvo de nuevo, continuando después en sentido contrario al de entonces. Y así, los vivientes que por su empequeñecimiento casi habían desaparecido ya, comenzaron a crecer, mientras los cuerpos recién nacidos de la tierra, encaneciendo sin más, de nuevo morían y la tierra bajaban. Y todos los demás iban variando su rumbo, imitando y siguiendo la misma suerte del universo. De igual modo, también la concepción, la generación y la nutrición imitaban y seguían la marcha universal por necesidad. Ya no era posible, pues, que naciese el viviente en el seno de la tierra y por reunión de elementos extraños, sino que, lo mismo que al mundo se le había ordenado ser dueño absoluto de su propia marcha, de idéntico modo también a sus partes se les ordenó concebir, engendrar y nutrir ellas mismas por si solas, en la medida de sus fuerzas, bajo una regla semejante y ahora, he aquí que estamos el objeto mismo a que tiende todo nuestro discurso. Efectivamente: con relación a los demás animales, sería larga y prolija la exposición del estado originario de cada uno, y las causas por las que ha cambiado; en relación a los hombres, por el contrario, resulta mas breve y conveniente. Pues bien: una vez privados de la protección del genio a quien correspondía la propiedad y pastoreo sobre nosotros, mientras la mayoría de las bestias, ya desuyo insociables por naturaleza, se hicieron del todo salvajes los hombres, débiles he indefensos, eran despedazados bajo sus garras. Además, aún estaban sin medios y sin artes en esos primeros tiempos, cosa natural cuando faltaba el alimento espontáneo, sin que supieran, en cambio, procurárselo todavía, puesto que ninguna necesidad les había forzado hasta entonces. Como consecuencia de todo esto, se hallaban en grandes apuros. De ahí proviene precisamente que

hallamos recibido de los dioses los obsequios referidos de antiguo, juntamente con la necesaria enseñanza e instrucción: el fuego, de Prometeo; las artes de Hefesto y su compañera de oficio, las semillas y así mismo, y las plantas, de otros[20]*. Y todo cuento contribuye a facilitar la vida humana, de allí procede una vez que el cuidado de los dioses, según se dijo ahora, dejó de asistir a los hombres, y que éstos, por si solos, debían llevar personalmente la existencia y el cuidados de si mismo, al igual que todo el mundo, al que imitamos y seguimos estrechamente unidos en la eternidad del tiempo, todo viviendo y naciendo; ahora de este modo; entonces, de aquel.*

Y en cuanto al mito tenga aquí su fin. Más nos serviremos de él para considerar hasta que punto hemos faltado cuando expusimos al varón real y al político en nuestro anterior discurso.»

Comentario:

El político es un pastor de hombres en la edad de oro de Cronos. El relato de los dos ciclos del universo es presentado como una broma pero al mismo tiempo le permite a Platón expresar la nostalgia del mundo antiguo feliz y delicioso. Tal como lo hace Hernández en el Martín Fierro: *Yo he conocido esa tierra en que el paisano vivía y su ranchito tenia y sus hijos y mujer, era una delicia el ver cómo pasaba los días.* Y manifiesta sus temores ante la inexorable degradación de las sociedades civilizadas. Platón acá intenta una filosofía de la historia, pues él está en la búsqueda de tal sentido.

Así cuando el universo sigue su marcha divina gira como las agujas del reloj y así todos los seres van de la vejez, la madurez y la infancia para terminar en polvo y renacer de la tierra misma como hijos de la tierra. Mientras que cuando el universo se degrada y queda abandonado de la mano divina, girando en sentido contrario, los seres van del nacimiento a la madurez, a la muerte, y se reproducen engendrándose

---

20. De Demeter las semillas, su hija Perséfone. Triptolemo de pié entre las dos recibiendo las espigas de trigo y de Dionisio, el vino y también la protección de la agricultura.

mutuamente. Este es el ciclo actual que estamos viviendo de degradación progresiva: hoy todo indica que hemos empezado a girar a la inversa de las agujas del reloj. Ciertamente que estamos en el comienzo de un *nuevo eón*.

Así mientras Dios=Cronos conduce el universo todo va viento en popa, en cuanto deja el timón a los hombres el mundo se degrada. La humanidad en ausencia de Dios y abandonada a sus propias fuerzas esta condenada a la desgracia.

La divinidad como timonel del navío del mundo puede ser interpretada como la razonabilidad en el pensar y el actuar que cuando falta produce el descalabro personal y colectivo.

Finalmente, en la edad de Zeus, aquella de los hombres, el político deja de ser «pastor de crianza» (*trophé*) como los pastores de ovejas para transformase en «pastor de cuidado»(*epiméleia*). Y así lo afirma terminado el mito: *habría que corregir el nombre (del político), acercándolo a la noción de «cuidado» más que a la de «crianza»*. Porque la noción de crianza corresponde a todos los pastores, y los políticos son pastores especiales que no tienen por objeto criar a los hombres sino cuidarlos para que viviendo en comunidad lleguen a su plenitud.

Esa virtud del cuidado que caracteriza a los buenos conductores de hombres se trasunta en la preocupación, la ocupación previa del que conduce, por los detalles y necesidades de sus conducidos y que, normalmente, escapan a los otros. Esta virtud que no es ni filosófica ni teologal sino la específica de la conducción política que a través de ella logra la obediencia y el seguimiento por persuasión y no por coacción.

El mito escatológico (XIV)

Ubicación:

El *Fedón* compone junto con *Banquete, Fedro y República* los diálogos de madurez de Platón. Una vieja tradición nos cuenta que el subtítulo de este diálogo es *Sobre el alma,* dado que está ubicado, como lo están la *Apología, Critón y Eutifrón,* en el momento dramático del Sócrates condenado a muerte. Las coordenadas del mito son 107d- 114d.

Texto:

Fedón: -Sócrates prosiguió:

«Pero es justo, mis amigos, reflexionar que, si el alma es inmortal, es necesario cuidar de ella, no solamente durante este tiempo que llamamos «vida», sino durante la totalidad del tiempo; y ahora parece terrible el peligro que se corre si uno la descuida. En efecto, si la muerte fuera una separación de todas las cosas, sería para los malos un regalo caído del cielo: al morir se desembarazarían del cuerpo, y a la vez, junto con su alma, de su propia maldad. Pero ahora que parece que el alma es inmortal, no habrá ninguna otra escapatoria de los males ni salvación

alguna, excepto el devenir mejor y más sabio. Cuando el alma parte hacia el Hades, en efecto, no cuenta con otras cosas que con su educación y su modo de vida, las cuales, según se narra, benefician o perjudican al máximo a quien ha muerto, ya enseguida al comienzo del camino al más allá. Lo que se narra es lo siguiente: después de que cada uno muere, su daimon –el que le ha tocado en suerte durante la vida- está encargado de conducirlo a algún lugar, donde se reúnen los que han de ser juzgados[21]*; tras lo cual marchan hacia el Hades junto al guía que les ha sido asignado para hacer la travesía desde este mundo hacia el otro. Una vez que han corrido la suerte que debían correr, y que han permanecido allí el tiempo debido, un nuevo guía los trae de regreso, (y esto ocurre) durante muchos y extensos períodos de tiempo. La travesía no es por consiguiente, como la describe el Télefo de Esquilo*[22]*. En efecto, éste declara que es un sendero simple el que conduce al Hades. A mí, en cambio, no me parece que sea simple ni único; pues en ese caso no se necesitaría de guía, ya que nadie extraviaría el camino, si éste fuera uno solo. Por el contrario, parece tener muchos desvíos y bifurcaciones: para conjeturar esto, me apoyo en los ritos y costumbres que se observan en este mundo. Ahora bien, el alma ordenada y sabia sigue el camino y no desconoce lo que ahora le sucede. En cambio, la que se aferra al cuerpo sensualmente –tal como he dicho antes– luego de haber estado excitada largo tiempo por el cuerpo y (en general) por la región visible, parte en forma violenta y penosa, tras debatirse mucho y padecer mucho, conducida por el daimon que ha sido asignado. Una vez llegada a donde están las demás, el alma que no se ha purificado de lo que haya hecho –sea que haya perpetrado homicidios injustos o cometido otros crímenes afines a aquéllos, por ser obra (propia) de almas afines (al alma homicida)– es rehuida y hecha a un lado por todos; nadie está dispuesto a convertirse en su compañero de viaje ni en su guía. Por ello anda errante, poseída por toda clase de dudas*[23]*, durante un cierto tiempo, transcurrido el cual es llevada por la necesidad a la*

21. La idea de un juicio final es de origen órfico, aún cuando ni Esquilo, ni Píndaro ni Platón remiten a los órficos pero llega a Grecia con el auge del comercio en el siglo VII a.C. que aportaron de medida y compensación sugeridas por el uso de la balanza como observa Pierre Máxime Schuhl en *L´Oeuvre de Platon.*
22. Es una obra perdida de Esquilo.
23. El término utilizado es aporías que podemos traducir como problema, o sea dificultad en recorrer un camino

morada adecuada a ella. Aquella que, en cambio, ha pasado la vida en forma pura y mesurada, halla a dioses como compañeros de viaje y guías, y habita en el lugar que individualmente le corresponde a ella. Ahora bien, hay muchas regiones maravillosas en la tierra, pero que no son, ni cualitativa ni cuantitativamente, como piensan los que suelen hablar de la tierra; alguien me ha convencido de ello.»

Fedón: - Entonces Simmias dijo:

«¿Qué quieres decir con eso, Sócrates? Porque yo también he oído muchas cosas acerca de la tierra, pero seguramente no aquellas de las que tú te has convencido. Con mucho gusto te escucharía hablar de eso.»

«Bien Simmias; no se necesita el arte de Glauco[24]*, al menos para contar esas cosas; pero en cuanto a si son verdaderas o no, eso ya me parece que es demasiado difícil, hasta para el arte de Glauco. En primer lugar, seguramente yo no sería capaz (de saber si son verdaderas o no); y en segundo lugar, aunque tuviera el conocimiento adecuado, me parece, Simmias, que mi vida no me alcanzaría, dada la extensión que requeriría el discurso. Pero en cuanto a cómo es el aspecto de la tierra y sus regiones, según me he convencido, nada me impide decirlo.»*

«Con eso será suficiente», replicó Simmias.

«Pues bien , en primer lugar, me he convencido de que, si la tierra está en el centro del universo y es esférica, no necesita, para no caer, del aire ni de ninguna otra fuerza de esa índole, sino que para mantenerse le basta con la homogeneidad que el universo tiene en todos sentidos, y con el equilibrio de la tierra misma. Un objeto que está en equilibrio, en efecto, y colocado en el centro de algo homogéneo, no podrá inclinarse más hacia un lado que hacia otro; en tales condiciones permanece fijo. Esto es lo primero de que me he convencido.»

«Y con justicia», dijo Simmias.

«Lo segundo es que se trata de algo inmenso, y nosotros –los que vivimos entre las columnas de Hércules y el río Fasis[25]*- ocupamos solo una pequeña porción,*

---

24. Comienza aquí el relato de la geografía mítico-escatológica al estilo de Julio Verne y su *Viaje al centro de la tierra* donde sobre la base de numerosos datos científicos el autor da libre expresión a su fantasía. La expresión "el arte de Glauco" equivale a decir: no es necesario ser un sabio.
25. Las dos piernas del gigante Hécules están apoyadas, una en Gibraltar, llamado antes Calpe, y otra en Abila, hoy Ceuta. Y el río Fasis es el límite entre Europa y Asia.

y habitamos alrededor del mar como hormigas o ranas alrededor de un estanque; pero muchos otros habitan en otras muchas regiones análogas. En efecto, hay en la tierra muchas cavidades, del más diverso aspecto y tamaño, en las cuales confluyen el agua, la niebla y el aire. En cuanto a la tierra misma, en su pureza, se encuentra en el cielo puro, en el cual están los astros, al cual la mayoría de los que acostumbran hablar de estas cosas llaman «éter», y del cual son un sedimento aquellas cosas que confluyen siempre hacia las cavidades de la tierra (o sea el agua, la niebla y el aire). Nosotros vivimos en las cavidades, pero sin darnos cuenta de ello, y decimos que habitamos encima de la tierra; supongamos que alguien habitase en la mitad de la profundidad del mar, y se figurara que vive sobre el mar y, causa de mirar al sol y los demás astros a través del agua, creyera que el mar es cielo. Debido a su pereza y debilidad, jamás llegaría al tope del mar, ni emergería desde el mar hasta esta región (terrestre), asomando la cabeza para poder ver cuánto más pura y más bella es que la suya; ni siquiera prestaría oídos (acerca de ella) a alguien que la hubiera visto. Esto mismo es lo que nos sucede a nosotros; en efecto, habitando en una cavidad de la tierra, nos figuramos que habitamos encima de ella, y llamamos al aire «cielo», como si fuera el cielo en que los astros se desplazan. Y el caso es el mismo (que en el supuesto habitante del mar): debido a la debilidad y a la pereza, no somos capaces de atravesar el aire hasta su límite. Si alguien llegara hasta su tope, o bien le crecieran alas y volara, tras asomar la cabeza se pondría a mirar, tal como aquí los peces, al asomar la cabeza desde el mar, miran este mundo; de ese mismo modo contemplaría lo que hay allí. Y si su naturaleza fuera capaz de soportar la contemplación, tomaría conocimiento de aquél que es el verdadero cielo y la verdadera luz y la verdadera tierra. Porque esta tierra, las piedras y toda la región de acá abajo están corrompidas y corroídas, tal como las cosas que están en el mar corrompidas y corroídas, por obra del agua salada; y en el mar no crece nada digno de mención, y puede decirse que no hay en él nada perfecto: grutas, arena, una cantidad enorme de barro, y hay pantanos donde se junta con la tierra, y en general nada que pueda considerarse valioso en comparación con las bellezas que tenemos entre nosotros. Pero a su vez aquellas cosas (de allá arriba) son muy superiores a las que hay entre nosotros. Y si es bueno contar un mito, Simmias, vale la pena escuchar cómo son las cosas que hay en aquella tierra que está bajo el cielo.»

«Por cierto», dijo Simmias, «que escucharíamos ese mito con mucho gusto.»

«Pues bien, lo que se cuenta, en primer lugar, es que, para quien la contempla desde lo alto, esta tierra ofrece el aspecto de una de esas pelotas hechas de doce tiras de cuero pintadas en distintos colores (de los cuales los colores que hay aquí –especialmente aquellos que usan los pintores- son como muestras). Allí toda la tierra consta de colores de ese tipo, y mucho más brillantes y puros aún que éstos: en parte de una púrpura admirable por su hermosura, en parte como oro, en parte de un blanco más blanco que la tiza o la nieve; y del mismo modo consta de los demás colores, más numerosos y más bellos que cuantos hemos visto. Incluso estas mismas cavidades suyas, al estar llenas de agua y de aire, ofrecen el aspecto (siempre para quien mire desde lo alto) de un color refulgente entre el abigarramiento de los demás colores, de modo que la tierra presenta la apariencia de un colorido único y continuo; y en ella, por ser tal como es, todas las cosas que crecen –árboles, flores y frutos- lo hacen proporcionadamente. Igualmente pasa con las montañas: según la misma proporción, tienen las piedras más hermosas en cuanto a la tersura, a la diafanidad y al colorido. Las piedritas que vemos aquí, incluso las preciosas, son sólo partículas de aquéllas, tanto la sardónica, como el jaspis y la esmeralda y otras piedras análogas, allá todas las piedras son como éstas pero mucho más bellas. La causa de ello es que aquellas piedras son puras, y no se corroen ni corrompen, como las de aquí, por obra de la putrefacción y del salitre que se originan al confluir (el agua, niebla, aire, etc.) en esta cavidad. Pues eso es lo que produce a las piedras, a la tierra, a los animales y a las plantas la fealdad y las enfermedades. En cambio, la tierra en sí se halla embellecida por todas esas piedras, y además por el oro, plata y todas las cosas de esa índole. Por naturaleza, en efecto, esas cosas en sí mismas, que son muchas en cantidad, grandes y se hallan en la tierra por doquier, están expuestas a la vista, de modo que éste constituye un espectáculo para los bienaventurados que pueden contemplarlo. Hay sobre ella muchos otros seres vivos y también hombres, unos que habitan la región mediterránea, otro que viven alrededor del aire como nosotros lo hacemos alrededor del mar; otros en islas bañadas a su alrededor por el aire y próximas a la tierra firme. En una palabra lo que el agua y el mar son para nosotros respecto de nuestras necesidades, eso es el aire allí; lo que es para nosotros el aire, lo es para aquéllos el éter. El clima del que disfrutan es tal que nunca están enfermos, y viven mucho más tiempo que los hombres de aquí. La distancia que los separa de nosotros en cuanto a vista, oído, inteligencia, etc., es análoga a

la que guarda el aire con el agua y el éter con el aire en cuanto a pureza. También tienen bosques sagrados y templos para los dioses, en los cuales realmente habitan dioses; y logran comunicarse con ellos frente a frente mediante signos, profecías y percepciones sensibles de los dioses. En cuanto al sol, la luna y los astros, son vistos por ellos tal como son, lo cual constituye una dicha acorde con la que se les brinda en otros aspectos.»

«Tal, pues, es la naturaleza de la tierra en su conjunto y de lo que la rodea; pero hay también en ella, distribuidos circularmente a lo largo de toda su superficie, numerosas regiones que corresponden a sus cavidades: unas más profundas y más abiertas que aquella en la cual habitamos nosotros; otras que, aunque son también más profundas cuentan con una abertura menor que la de nuestra región; y finalmente otras cuya profundidad es inferior a la de aquí, pero que son más anchas. Todas ellas están conectadas entre sí bajo tierra por muchos puntos, y tienen conductos a veces más estrechos, a veces más amplios; por lo cual corre mucha agua de una a otra, como en esos vasos en que se mezclan bebidas, y (se forman) ríos subterráneos de una extensión inmensa, que siempre fluyen, a veces con aguas calientes, a veces frías. Hay allí también mucho fuego, incluso enormes ríos de fuego; muchos son de barro líquido, a veces más puro, a veces más fangoso, tal como los ríos de barro que en Sicilia fluyen antes de la lava, y tal como la lava misma. Estos ríos llenan cada una de las regiones, según alrededor de cuál de ellas en los distintos momentos fluya cada río. Todos ellos se mueven hacia arriba y hacia abajo, como si hubiera dentro de la tierra una cierta oscilación. Esta oscilación se debe a la siguiente conformación natural: entre las aberturas de la tierra hay una que, además de ser la más grande de todas atraviesa la tierra entera de lado a lado. A ella se refiere Homero cuando dice:

«Muy lejos, bajo tierra, en lo más profundo, hay un abismo», al cuál él y muchos otros poetas han llamado Tártaro. Hacia esta abertura confluyen todos los ríos, y desde él nuevamente manan, y cada uno llega a ser semejante a la tierra a través de la cual fluye. La causa de que todos los ríos emanen y desemboquen allí es que el agua no cuenta en ese punto con ningún remanso donde depositarse, y así oscila y bulle hacia arriba y hacia abajo, y el aire y el viento que lo rodea hacen lo mismo, acompañándolo tanto cuando se lanza hacia el otro lado de la tierra como cuando lo hace de este lado. Tal como cuando uno respira, el aire que se exhala e inhala constituye una corriente continua, así también el aire allí oscila junto con el agua y produce vientos enormes y terribles que entran y salen. Cuando

el agua se retira hacia la región que se denomina inferior fluye hacia los terrenos que se extienden a lo largo de aquellos ríos (que corren hacia abajo) y los llena, tal como cuando se irriga la tierra. Si el agua, en cambio, abandona aquellos lugares y se lanza hacia aquí, les toca a estos ríos el turno de ser llenados. Una vez llenos, corren a través de pasajes y atraviesan la tierra, y llegan a cada una de las regiones hacia las cuales se ha hecho como un camino, creando mares y lagos, ríos y arroyos. Después se hunden nuevamente bajo tierra, rodeando algunos a numerosas y extensas regiones, otros a menos regiones y más pequeñas, tras lo cual se arrojan de nuevo en el Tártaro; unos, mucho más abajo que lo que están donde nacen; otros sólo un poco, pero todos corren por debajo de su cabecera; algunos hacia el lado opuesto, otros por el mismo lado (del centro de la tierra) en que han surgido. Hay algunos que dan una vuelta completa, serpenteando una y más veces alrededor de la tierra como víboras, hasta caer nuevamente lo más bajo posible para arrojarse (en el Tártaro). Pero a unos y a otros es posible descender hasta el centro (de la tierra), mas no más allá, pues la parte (de la tierra) que está a cada uno de los lados (del centro) se vuelve cuesta arriba por las corrientes de uno y otro lado. Hay, por cierto, muchas otras corrientes, grandes y variadas, pero entre todas ellas hay cuatro ríos que destacaré especialmente, el más grande de los cuales, y a la vez el que corre más cerca del exterior y circularmente, es el que se llama Océano. En el lado opuesto corre, en sentido contrario, el Aqueronte, el cual fluye bajo tierra a través de diversas regiones desiertas hasta llegar al lago Aquerusiano. Allí arriban la mayoría de las almas de los muertos y , luego de permanecer el tiempo que les ha sido decretado –más largo para unos, más corto para otros- son enviados nuevamente hacia donde nacen los seres vivos. El tercero de los ríos que he mencionado nace en medio de los otros dos y, muy cerca de su cabecera, cae en una vasta región donde arde mucho fuego y forma un lago más grande que nuestro mar, en el cual bullen agua y barro. Desde allá se desplaza, enturbiado y fangoso, en forma circular y, serpenteando dentro de la tierra, llega hasta los bordes del lago Aquerusiano, pero sin mezclarse con sus aguas; finalmente, tras numerosos serpenteos subterráneos, se arroja en una parte baja del Tártaro. Éste es el río al que se le pone el nombre de Pyriflegetonte, partículas de cuya lava son expulsadas en diversos lugares de (nuestra) tierra. Opuesto a su vez a éste, el cuarto río desemboca primeramente en una región terrible y salvaje, según se cuenta, que en su totalidad posee un color como el de lapislázuli, y a la

que se le da el nombre de Estigia, y el de Estigio al lago que, al bajar, forma el río. Después de sumergirse en el lago sus aguas adquieren terribles propiedades y luego se hunden bajo tierra; allí serpenteando, se desplaza en sentido contrario el Pyriflegetonte y se encuentra (con él) en el lago Aquerusiano, pero proviniendo del lado opuesto. Las aguas de este río no se mezclan con las de ningún otro, sino que corre circularmente hasta desembocar en el Tártaro, por el lado opuesto al que lo hace el Pyriflegetonte. Su nombre, según dicen los poetas, es Cocito. Tal es la conformación natural de estas regiones.»

Fedón: - «Ahora bien», prosiguió Sócrates, «cuando los muertos llegan al lugar adonde el daimon individual los conduce[26]*, en primer término son sometidos a juicio, tanto los que han vivido virtuosa y santamente como los demás. Y aquellos que se considere que no han vivido ni muy bien ni muy mal son encaminados hacia el Aqueronte y, subidos en embarcaciones que hay especialmente para ellos, llegan al lago (Aquerusiano). Allí se quedan residiendo para ser purificados y expiar sus crímenes; y unos son absueltos de las injusticias que hayan cometido, así como otros reciben honores por sus buenas acciones, cada uno según sus merecimientos. Pero a aquellos que son considerados incurables a causa de las magnitud de sus delitos, por haber cometido muchos y enormes sacrilegios o crímenes injustos, así como numerosas transgresiones de toda índole, les toca en suerte ser arrojados al Tártaro, de donde jamás volverán a salir. Los que aunque hayan cometido grandes faltas –por ejemplo, que hayan obrado violentamente, impulsados por la cólera, con el padre y la madre, pero arrepintiéndose durante el resto de su vida, o bien que hayan cometido homicidios de una manera semejante -, son tenidos por curables, también es forzoso que caigan en el Tártaro; pero luego de haber caído y permanecer allí un año, el oleaje los expulsa, a los homicidas río abajo por el Cocito(lamento); a los que han golpeado al padre y a la madre, por el Pyriflegetonte(ardiente con fuego).*

Cuando han sido transportados hasta el nivel del lago Aquerusiano, gritan y llaman a aquellos a los que han asesinado o ultrajado, clamando y suplicándoles que les permitan salir por el lago y los reciban. Si los persuaden, salen y cesan sus males; si no, son transportados nuevamente hacia el Tártaro, y de allí nuevamente por los ríos, y sus sufrimientos no cesan antes de lograr persuadir a sus víctimas: pues ésta es la pena que los jueces les han impuesto. En cuanto a

26. Comienza aquí a relatar el destino de los muertos en el más allá.

aquellos que son considerados como habiendo vivido en forma especialmente santa, son hechos libres y desembarazados, como de prisiones, de las regiones interiores de la tierra, y llegan hasta la morada pura que hay arriba y se quedan a vivir allí, sobre la tierra. Y entre éstos, los que se han purificado suficientemente por medio de la filosofía viven absolutamente sin cuerpo por todo el tiempo siguiente y llegan a moradas aún más bellas que las anteriores, que no es fácil describir ni alcanza ahora el tiempo. Pero lo que importa es que, en vista de estas cosas que hemos descrito, Simmias, es necesario no ahorrar esfuerzo para participar, durante la vida, de la virtud y de la sabiduría. Bella es, en efecto, la recompensa, y grande la esperanza. Claro que no será propio de un hombre sensato empeñarse en sostener que dichas cosas son tal como las he descrito; no obstante, me parece propio (que sostenga) que, puesto que el alma ha mostrado ser inmortal las cosas pasan así o de manera parecida con respecto a nuestras almas y a sus moradas, (me parece) también que es algo por lo cual vale la pena que se arriesgue el que crea que es así. En efecto, el riesgo es hermoso; y con tales cosas es cuestión (de crearse) algo así como un encantamiento; por eso es que me he tomado tanto tiempo en contar este mito. Pues bien, en vista de estas cosas, ha de tener confianza con respecto a su propia alma el varón que durante su vida ha rechazado a los placeres y adornos corporales por ser ajenos (a sí mismo) y por considerar que hacen más mal que bien; en cambio se ha esforzado por los placeres que conciernen al estudio, y así, tras adornar su alma no con adornos extraños sino con el suyo propio –vale decir, con templanza, justicia, fortaleza, libertad y verdad- aguarda el viaje hacia el Hades, de modo de poder hacerlo cuando el destino lo llame. Ustedes también, Simmias, Cebes, todos los demás harán el viaje, cada uno a su tiempo; pero a mí, como diría un héroe de tragedia, el destino me llama ahora. Incluso es casi hora de que me vaya a dar un baño; pues me parece mejor bañarme antes de beber el veneno, y no dar a las mujeres el trabajo de lavar un cadáver.»

Comentario:

Este mito ubicado al final del diálogo da por supuesta la inmortalidad del alma que Platón ya se dedicó a demostrar por dos veces, en una primera a través del argumento de la reminiscencia y de

la compensación de los argumentos contrarios, luego responde a las objeciones de Simmias y Cebes para pasar a la segunda argumentación, aquella de la simplicidad y trascendencia del alma respecto del cuerpo.

El mito nos relata el viaje tanto del mundo subterráneo como supraterrestre así como el destino de las almas tras el juicio final; de ahí que sea conocido como el mito escatológico. Afirmaba nuestro viejo profesor de filosofía antigua Conrado Eggers Land que «*lo que importa en el mito es su sentido, sentido ante todo funcional*»[27] pues están orientados a la defensa de los intereses de las argumentaciones previas.

Poco después del comienzo Platón nos habla *del alma ordenada y sabia sigue el camino y no desconoce lo que ahora le sucede*, con lo que se refiere al alma del filósofo que sabe lo que le espera en el más allá. Los estudiosos siempre comparan este párrafo con el comienzo del poema de Parménides para hacer notar que ambos filósofos han tenido presente el mismo mito, aquel en que los *daimones* son los que conducen al hombre que sabe hasta la morada de la verdad.

El mito se divide en tres partes, la que relata el viaje al más allá, el relato de la geografía escatológica y el del destino de los muertos. Es interesante notar que concluye esta última parte afirmando que si bien no sería sensato sostener las cosas que ha descripto, sin embargo es muy probable que con el alma inmortal suceda algo parecido. Para terminar afirmando que hay que crearse un encantamiento tal. Este escepticismo que se trasunta se confirma cuando cierra el mito con un toque de humor sobre sí mismo: «*me parece mejor bañarme antes de beber el veneno, y no dar a las mujeres el trabajo de lavar un cadáver.*»

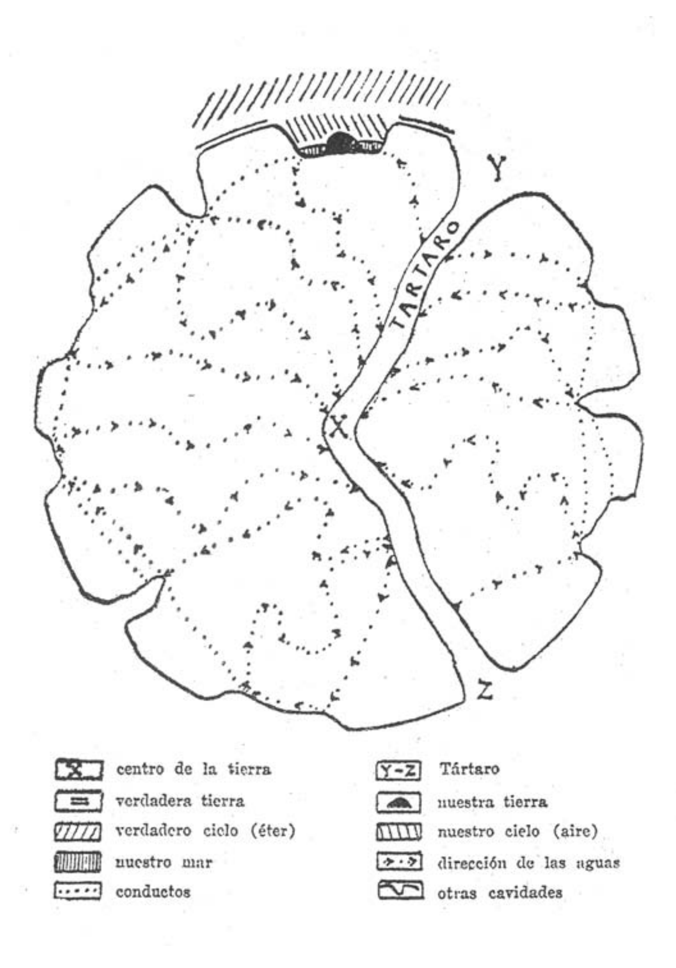
Como vemos, Platón es consecuente con su teoría de que las creencias forman parte del mundo de la opinión (*doxa*) según lo muestra en la alegoría de la línea de *la República* y ,por lo tanto, sostiene sin convicción científica (*episteme*) que es probable que al alma inmortal le suceda algo parecido a lo relatado y es conveniente crearse este tipo

---

27. Eggers Land, C.: *Fedón,* Buenos Aires, Eudeba, 1976 p.58 y sigs.

de encantamiento para asumir así, con tranquilidad, la muerte como hace Sócrates, que se va a duchar.

Esta es la representación gráfica realizada por Eggers Land en donde se muestra que el centro de la tierra es el punto más profundo, no obstante no se depositan las aguas que fluyen por el Tártaro, debido a la fuerza de la corriente. Esto es lo que produce la oscilación mencionada en 111e-112b y que hace que los ríos se muevan hacia arriba y hacia abajo alternativamente, llenando así o vaciando los conductos respectivos y la regiones regadas por ellos.



El mito del Demiurgo (XV)

Ubicación:

Dentro del *corpus platonicum* el *Timeo* se sitúa junto al *Critias* y seguido por el *Filebo,* redactados los tres en el período final de la vida de Platón que termina con el más abultado diálogo: *Las Leyes* y el más breve: *Epinomis.*

Timeo, el discutidor principal que tiene Sócrates, es un célebre astrónomo y político destacado que viene de Lócride, lo que indica su ascendencia pitagórica. Las coordenadas del mito son 29c – 30c.

Texto:

Timeo.- Por lo tanto, Sócrates, si en muchos temas, los dioses y la generación del universo, no llegamos a ser eventualmente capaces de ofrecer un discurso que sea totalmente coherente en todos sus aspectos y exacto, no te admires. Pero si lo hacemos tan verosímil como cualquier otro, será necesario alegrarse, ya que hemos

de tener presente que yo, el que habla, y vosotros, los jueces, tenemos una naturaleza humana, de modo que acerca de esto conviene que aceptemos el relato probable y no busquemos más allá.

Sócrates.- Absolutamente bien, Timeo, y hay que aceptarlo como mandas. Nos ha agradado sobremanera tu preludio, interprétanos a continuación el tema[28].

Timeo.- Digamos ahora por qué causa el hacedor hizo el devenir y este universo. Es bueno y el bueno nunca anida ninguna mezquindad acerca de nada. Al carecer de ésta, quería que todo llegara a ser lo más semejante posible a él mismo. Haríamos muy bien en aceptar de hombres inteligentes este principio importantísimo del devenir y del mundo. Como el dios quería que todas las cosas fueran buenas y no hubiera en lo posible nada malo, tomó todo cuanto es visible, que se movía sin reposo de manera caótica y desordenada, y lo condujo del desorden al orden, porque pensó que éste es en todo sentido mejor que aquél. Pues al óptimo sólo le estaba y le está permitido hacer lo más bello. Por medio del razonamiento llegó a la conclusión de que entre los seres visibles nunca ningún conjunto carente de razón será más hermoso que el que la posee y que, a su vez, es imposible que ésta se genere en algo sin alma. A causa de este razonamiento, al ensamblar el mundo, colocó la razón en el alma y el alma en el cuerpo, para que su obra fuera la más bella y mejor por naturaleza. Es así que según el discurso probable debemos afirmar que este universo llegó a ser verdaderamente un viviente provisto de alma y razón por la providencia divina (pronoia= inteligencia que ve antes).

Comentario:

Hay quienes sostienen que el *Timeo* es todo él un gran mito y que ninguna de las obras de Platón ejerció más influencia durante toda la Edad Media hasta Galileo que ella. De allí que Rafael, cuando pinta a Platón y Aristóteles en su cuadro *La Escuela de Atenas*, lo dibuja a Platón llevando en una mano el *Timeo* y con la otras señalando el cielo, en

28. Realiza Sócrates un juego de palabras al interpretar *nomos*, que designa tanto «el canto a una sola voz» (monodia) acompañada por cítara o flauta, como ley, uso o costumbre.

tanto que Aristóteles lo escucha e indica con su índice la tierra. Marcando así el idealísmo y el realismo de uno y otro.

El mito no busca un rigor científico sino simplemente plausible, pues *no somos más que hombres, de manera que en estas materias nos basta con aceptar una narración verosímil (eikos mythos).*

Timeo expone la construcción y organización del mundo por parte de un demiurgo quien no crea ni produce, como va a ocurrir con el Dios cristiano que crea el nihílo, sino simplemente ordena lo que ya existe según un modelo. Ordena el caos original, y lo hace a partir de la bondad divina que inspira toda su actividad. Así el caos original, por obra del demiurgo apoyado en la buena voluntad divina, se transforma en *cosmos,* esto es «algo bello». Este último significado resuena aún en nuestros días en el término «cosmética», tan caro a las mujeres.

Al final del mito el demiurgo introduce «el alma del mundo» que es la inteligencia *(nous)* y que es el principio de los movimientos ordenados del universo. Este demiurgo que muy a menudo denomina Dios (*theos)*, provisto de razonamiento y de bondad y entendido como causa eficiente, nos está indicando que Platón quiere despegar «su Dios» de los «dioses populares, rivales de los hombres, crueles y celosos» pertenecientes a la antigua mitología greca.

El mito del Juicio Final (XVI)

Ubicación:

El diálogo de *Gorgias* es el cuarto diálogo en extensión de entre todos. Y es el diálogo escrito en forma más apasionada y desde siempre se mantiene la polémica si el tema de discusión es sobre la moral o sobre la retórica, pues en realidad el objeto de todo este diálogo es como afirmara Olimpiodoro, miembro de la escuela de Alejandría en el siglo VI,:«*discutir sobre los principios morales que nos conducen al bienestar político*». Se lo sitúa históricamente luego del primer viaje a Sicilia de Platón, junto al *Menéxeno, Eutidemo, Menón y Cratilo*. Sus coordenadas son, en la numeración de Henricus Stephanus 523 a – 524 a.

Texto:

Sócrates: Escucha, pues, como dicen, un precioso relato que tú, según opino, considerarás un mito, pero que yo creo un relato verdadero, pues lo que voy a contarte lo digo convencido de que es verdad. Como dice Homero, Zeus, Poseidón

y Plutón se repartieron el gobierno cuando lo recibieron de su padre. Existía en tiempos de Cronos, y aún ahora continúa entre los dioses, una ley acerca de los hombre según la cual el que ha pasado la vida justa y piadosamente debe ir, después de muerto, a las islas de los bienaventurados y residir allí en la mayor felicidad, libre de todo mal; pero el que ha sido injusto e impío debe ir a la cárcel de la expiación y del castigo, que llaman Tártaro. En tiempos de Cronos y aun más recientemente, ya en el reinado de Zeus, los jueces estaban vivos y juzgaban a los hombres vivos en el día en que iban a morir; por tanto, los juicios eran defectuosos. En consecuencia, Plutón y los guardianes de las Islas de los Bienaventurados se presentaron a Zeus y le dijeron que, con frecuencia, iban a uno y otro lugar hombres que no lo merecían. Zeus dijo:

«Yo haré que esto deje de suceder. En efecto, ahora se deciden mal los juicios; se juzga a los hombres –dijo- vestidos, pues se los juzga en vida. Así pues, dijo él, muchos que tienen el alma perversa están recubiertos con cuerpos hermosos, con nobleza y con riquezas, y cuando llega el juicio se presentan numerosos testigos para asegurar que han vivido justamente; los jueces quedan turbados por todo esto y, además, también ellos juzgan vestidos; sus ojos, sus oídos y todo el cuerpo son como un velo con que cubren por delante su alma. Éstos son los obstáculos que se les interponen y, también, sus ropas y las de los juzgados; así pues, en primer lugar, dijo, hay que quitar a los hombres el conocimiento anticipado de la hora de la muerte, porque ahora lo tienen. Por lo tanto, ya se ha ordenado a Prometeo que les prive de este conocimiento[29]*. Además, hay que juzgarlos desnudos de todas estas cosas. En efecto, deben ser juzgados después de la muerte. También es preciso que el juez esté desnudo y que haya muerto; que examine solamente con su alma el alma de cada uno inmediatamente después de la muerte, cuando está aislado de todos sus parientes y cuando ha dejado en la tierra todo su ornamento, a fin de que el juicio sea justo. Yo ya había advertido esto antes que vosotros y nombré jueces a hijos míos*[30]*, dos de Asia, Minos y Radamantis, y uno de Europa: Éaco. Éstos, después de que los hombres hayan muerto, celebrarán los juicios en*

---

29. Prometeo, aquel que prevee, había enseñado a los hombres el arte de preveer la hora de su muerte, arte que Zeus ordena se lo quiten.
30. Radamantis, juez y legislador, es hijo de Zeus y de Europa y Eaco, famoso por su piedad, es hijo de él y de Egina, mientras que Minos es el famoso rey de Creta.

la pradera donde se encuentra la encrucijada de la que parten los dos caminos que conducen el uno a las Islas de los Bienaventurados y el otro al Tártaro. A los de Asia les juzgará Radamantis, a los de Europa, Éaco; a Minos le daré la misión de pronunciar la sentencia definitiva cuando los otros dos tengan duda, a fin de que sea lo más justo posible el juicio sobre el camino que han de seguir los hombres.»

Esto es, Calicles, lo que he oído decir, y tengo confianza en que es verdad.

Comentario:

La primera y fundamental enseñanza que nos deja el mito es que la muerte no tiene en sí nada de espantoso y horrible, salvo para el culpable. Comienza el relato destacando la pareja mito–logos en la que Sócrates afirma: *tu consideras a este relato un mito y yo lo creo verdadero.* Donde Sócrates valora más al mito que al logos, aun cuando él es uno de los principalísimos agentes del paso del mito al logos en la historia de Occidente.

En este mito Zeus aparece por primera vez juzgando a los hombres no según lo que eran en el momento de su muerte como sucedía en antiguo, en la época de Cronos, sino según aquello que han sido en la integralidad de su vida. Los hombres ya no serán juzgados bajo una apariencia (cualidades, status social, vestimentas, etc.) sino desnudos, por lo que son y han sido en sí mismos durante toda su vida. La imparcialidad de los jueces busca una justicia en la propia justicia. Y además no hay un solo juez para todos los hombres sino dos que conocen cada uno los usos y costumbres de la zona o ecúmene en que habitan y que en caso de duda intervendrá un tercero, el justo rey Minos de Creta, *a fin de que sea lo más justo posible el juicio sobre el camino que han de seguir los hombres.*

Y para que sea más justo aun se le quita a los hombres el conocimiento anticipado de la hora de su muerte. Este rasgo añadido al de la desnudez busca equiparar a todos los hombres en la línea de

llegada en la carrera de la vida, pues la vida no es otra cosa que una enfermedad mortal, decía Kierkegaard, sin ventajas para ninguno.

Esto hace resaltar los méritos o deméritos propios en orden a su bienaventuranza o castigo en la vida de ultratumba.

Mirado desde la eternidad, aquello que busca Platón es la igualdad en el punto de partida, tan distinta al igualitarismo moderno que nos define a cada uno de nosotros como «todos por igual».

El mito de la autoctonía o de las clases (XVII)

Ubicación:

El diálogo *República,* en griego *Politeia* es sin lugar a dudas el más importante de los diálogos platónicos. Cronológicamente se sitúa en el período de madurez salvo el libro I que corresponde al final del período juvenil. El mito está ubicado al final del libro III y sus coordenadas son 414d – 415d.

Texto:

-Habla sin miedo- dijo.

-Lo haré, pero no se de dónde sacar la audacia ni cómo encontrar las palabras que necesito para expresarme; trataré de persuadir primero a los gobernantes y a los guerreros, y después al resto de los ciudadanos, de que toda la educación e instrucción que han recibido de nosotros y cuyos efectos han creído sentir no era otra cosa que un sueño y que en realidad han sido formados y educados en el seno

de la tierra, ellos, sus armas y todo cuanto les pertenece, y que después de haberlos enteramente formado, la tierra, su madre, los ha dado a luz, por lo que ahora deben considerar la tierra que habitan como su madre y nodriza y defenderla si alguien la ataca, y considerar también a los demás ciudadanos como hermanos que han surgido, a semejanza de ellos, del seno de la tierra.

-No sin razón- dijo- vacilabas en contarnos esa fábula.

-Es natural- asentí -, pero escucha, pues, el final de la leyenda: «Los que formáis parte de la ciudad sois, pues, hermanos –les diremos continuando la ficción-, pero el dios que os ha formado hizo entrar oro en la composición de aquellos de vosotros que sois propios para gobernar a los demás; por tanto, son éstos los más nobles; hizo entrar plata en la composición de los auxiliares, y hierro y bronce en la de los labradores y demás artesanos[31]*. Como todos tenéis un origen común, vuestros hijos serán semejantes a vosotros, pero puede suceder que de un ciudadano de la especie del oro proceda un vástago de la especie de la plata, o que uno de la especie de la plata tenga un descendiente de la del oro, y que lo mismo ocurra con los dos metales restantes. Ahora bien, el dios ordena ante todo y sobre todo a los gobernantes que presten especial atención al metal con que se haya forjado el alma de sus descendientes, y si sus propios hijos tuvieran alguna mezcla de bronce o de hierro deben, pues, los gobernantes, sin honrarlos más de lo que conviene a su naturaleza, obrar sin conmiseración alguna y relegarlos a la condición de los artesanos o labradores; por el contrario, si de éstos nacen hijos con mezcla de oro o de plata, elevarlos en el primer caso al rango de los destinados a guardianes de la ciudad, y de auxiliares en el segundo, porque hay un oráculo según el cual la ciudad perecerá cuando sea guardada por el hierro o el bronce». ¿Conoces tú algún medio de hacer creer esta fábula?*

-Ninguno- dijo- para hacerla creer a aquellos a quienes hablas, mas sí para hacerla creer a sus hijos, a sus nietos y a los que nazcan después.

-Pues bien- contesté -, aunque limitáramos a ellos nuestra acción, sería un medio excelente para que cuidaran mejor de la ciudad y de sus conciudadanos, porque me parece comprender tu pensamiento.

---

31. Esta caracterización fue realizada por Hesídodo en el número 109 de *Los trabajos y los días*.

-Pero dejemos, por ahora, que nuestra fábula haga su camino y se divulgue hasta donde la creencia popular lo quiera. Por nuestra parte, dediquémonos a armar a estos hijos de la tierra y hagámoslos actuar bajo la dirección de sus jefes.

Comentario:

Era muy común en la antigüedad clásica comparar los metales de cierto valor con las cualidades de los hombres, de las culturas y de los pueblos. En la tradición bíblica la estatua de Nabucodonosor está esculpida en oro, plata, bronce, hierro y barro.

Platón acá nos propone una sociedad estamental en donde el oro se asimila a los nobles, la plata a los auxiliares o guardianes, y el hierro y bronce a los labradores y demás artesanos.

Es interesante notar que no incluye en su República a los esclavos, pero no porque fuera antiesclavista, rasgo inverosímil, pues también Platón es hijo de su tiempo y no puede saltar sobre él. No los incluye porque no les encuentra ninguna función que no sea «servir como esclavos».

Antes, en el libro II (369d a 371c), había hablado de la polis sana donde priman labradores, albañiles, zapateros, carpinteros, boyeros, pastores, marinos mercaderes, y asalariados. Y de la polis enferma, (372b-374c) donde tienen primacía los imitadores de todo tipo, poetas, actores, bailarines, nodrizas, institutrices, modistas, peluqueros, pedagogos, confiteros, médicos y militares.

Cualquier similitud con las actividades que privilegia nuestra sociedad actual es obra de la casualidad, podríamos afirmar irónicamente.

El gran crítico contemporáneo de este mito ha sido el pensador liberal Karl Popper en su libro *La sociedad abierta y sus enemigos* (1981), quien rechaza todo tipo de jerarquía político-social.

Platón, que fue sobrino de dos de los Treinta Tiranos que gobernaron Atenas cuando él era joven y no sacó ningún provecho de

ello, se opone abiertamente al nepotismo como la enfermedad mortal de la polis. Y viene a sostener que Dios ordena a los gobernantes que presten especial atención a cómo está formada el alma de sus descendientes y que le den la función adecuada.

Esto nos recuerda el dicho criollo: *cada lechón en su teta, es la forma de mamar*. Donde se quiere destacar la proporcionalidad entre capacidades y funciones. Si este principio no se respeta surgue la *hybris*, la desmesura, tan temida por los griegos pues ella implica la destrucción del hombre y la polis.

Comentario final

Con el surgimiento de la filosofía griega a partir de la escuela jónica de Mileto compuesta por Tales, Anaximandro y Anaxímenes, el discurso lógico comienza a reemplazar al relato mítico. Se produce así el paso del *mythos al logos*.

Ello conduce a un dilema del que aún hoy no nos hemos podido liberar, pues por un lado el razonamiento lógico conceptual rechaza al mito, pero por otro la verdad no se deja atrapar totalmente por la razón conceptual y calculadora. ¿Será por aquello que afirmó Ortega y Gasset que: *el hombre es una isla racional rodeado por un mar de irracionalidades?*.

Y es en Platón donde se notan más estas ambigüedades, pues si bien excluyó a los poetas antiguos como Homero y Hesíodo de su *República*, porque encuentra indignas sus representaciones de Dios, al mismo tiempo hace uso de los mitos antiguos e incluso inventa algunos y los pone en función de las necesidades en las discusiones de su diálogos.

En una obra reciente *Platon, les mots et les mythes,* Paris, Máspero, 1982, el estudioso Luc Brisson analiza puntillosamente qué dice Platón de los mitos y en casi cien lugares a través de todos sus diálogos los caracteriza en forma muy dispar, sea como fabulación cercana a la mentira (*Rep. 377ª);* diversión y cuentos de vieja (*Pol. 268e)* y (*Gorgias.527ª);* palabra sagrada (*Fedro 274d);* creencia (*Menón 86b);* hipótesis verosímil (*Timeo 29d);* convicción religiosa (*Gorgias 524c* y *Rep.612b).*

Como vemos, ni Platón ni los eruditos nos ofrecen una definición unívoca de los mitos platónicos.

Incluso los filósofos no se ponen de acuerdo, así por ejemplo para Hegel en sus *Lecciones de filosofía de la historia,* los mitos griegos que recogen la religión natural son los que llevan a los misterios, pero en Platón tienen los mitos un sentido irónico que se pone, emblemáticamente, de manifiesto al final del gran mito escatológico del *Fedón*, cuando Platón, por boca de Sócrates, afirma: *me parece mejor bañarme antes de beber el veneno, y no dar trabajo a las mujeres de lavar mi cadáver*. Por el contrario, otro gran filósofo como Pieper afirma: «*Mi tesis, pues, es ésta: Platón ha considerado como verdad intangible el contenido de los mitos*»[32].

¿Qué es, entonces, el mito en Platón?. Nosotros, humildemente, sostenemos que es un relato ficticio, una narración que viene a completar el discurso dialéctico y conceptual del diálogo. Que busca exponer no la verdad sino lo verosímil y que tiene una finalidad pedagógica que está al servicio de la reflexión que se viene realizando en el diálogo donde se utiliza el mito.

Es que el mito fue en la antigüedad greco pagana una doctrina libre que no estuvo sujeta a ninguna autoridad que lo custodiase oficialmente, incluso los oráculos, que como enseña Heráclito no hablaban sino sólo indicaban, no eran guardianes de los mitos sino, en el mejor de los casos, sus transmisores. Es que la particularidad de los griegos es que, a diferencia de otros pueblos, no tuvieron «libros

---

32. Pieper, Josef: *Sobre los mitos platónicos,* Barcelona, Herder, 1984, p. 53

sagrados». Los mitos vinieron así a llenar ese vacío teológico religioso que al ser mal descripto por sus poetas fundadores Homero y Hesíodo, Platón los excluye de su *República*.

Y si bien los mitos le permitieron a los griegos gozar de *la tranquila religiosidad pagana*, esa muchedumbre de dioses con todos los vicios humanos, *«ocultó a los griegos algo más excelso, a saber, que a la unidad se la conoce como Dios, el espíritu uno»*.[33]

(*) filósofo, o mejor aún arkegueta, eterno comenzante, como gustaba decir de sí mismo Platón

alberto.buela@gmail.com
Casilla 3198
(1000) Buenos Aires

33. Hegel: *Lecciones de filosofía de la historia,* Barcelona, Ed.Zeus, 1970, p.270